

Émile Pataud
Émile Pouget

**COMO HAREMOS
LA REVOLUCIÓN**



Publicada en 1909, esta novela de Pataud y Pouget es una más de las utopías de inspiración anarquista que surgieron en la Europa de entre los siglos XIX y XX.

Eminentemente enraizada en su contexto político y social, la novela utópica parece a los anarquistas mucho más “una pregunta planteada a su tiempo que una visión profética.

Así, los comunistas-libertarios en su mayoría, cercanos a Kropotkine abogan por un anarquismo científico basado en la solidaridad natural entre los individuos. Están esperando una revolución política que permita la construcción de una sociedad libertaria igualitaria. Los militantes del sindicalismo revolucionario creen, por su parte, que la gran revolución sólo puede realizarse a través de la acción militante en el sindicato y la práctica de la huelga general expropiatoria.

Dentro de este contexto y siguiendo este último planteamiento, es donde podemos situar la novela de Pataud y Pouget que aquí presentamos.

Émile PATAUD — Émile POUGET



COMMENT NOUS FERONS LA RÉVOLUTION

(1909)

LES ÉDITIONS INVISIBLES

Émile Pataud y Émile Pouget

COMO HAREMOS LA REVOLUCIÓN

Título original: *Comment nous ferons la Révolution*

1909

Recuperado el 23 de septiembre de 2017 de
es.wikisource.org

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

A los lectores

I. La debacle

II. Consecuencias de la masacre

III. La declaratoria de huelga

IV. ¡Que haya oscuridad!

V. Los funerales de las víctimas

VI. La situación del gobierno

VII. Comienza el ataque ofensivo

VIII. Requisición revolucionaria

IX. La rebelión del ejército

X. La decadencia del parlamentarismo

XI. ¡Abajo los bancos!

XII. La huelga en las provincias

XIII. La moción de los campesinos

XIV. El fin del comercio

XV. Ferrocarriles y P.T.T.

- XVI. Vida en la ciudad
- XVII. La organización de la producción
- XVIII. El Congreso Confederal
- XIX. La tierra a los campesinos
- XX. Armamento del pueblo
- XXI. La agonía de la reacción
- XXII. Expropiaciones y permutas
- XXIII. Las profesiones liberales
- XXIV. Educación
- XXV. La creación de la abundancia
- XXVI. Complicaciones externas
- XXVII. La última guerra
- XXVIII. Productos de lujo
- XXIX. Arte y religión
- XXX. Liberación femenina
- Acerca de los autores

A LOS LECTORES

En el bautismo, nuestro volumen cambió de nombre. La culpa es de nuestro editor que, al presentar su portada en tintas de imprenta, que son la pila bautismal del Libro, lo ha saboteado descaradamente.

No estando de mal humor, no le guardamos rencor... y defenderemos su caso con usted.

Y, sin embargo, ¡el sabotaje es obvio!

En lugar del título anacrónico que se extiende sobre la portada, debería resplandecer en tres líneas:

CÓMO HICIMOS LA REVOLUCIÓN

Este es el título que debe llevar nuestro libro.

Porque, todos lo saben, ¡la Revolución está cumplida!... El capitalismo está muerto.

Durante mucho tiempo, la *Camarde* observó la vieja sociedad. La agonía fue dura. La bestia no quería morir. Y, sin

embargo, ¡Dios sabe lo enferma que estaba!... Finalmente, llegó su última hora.

El evento se esperaba desde hace tanto tiempo que la clase obrera, que esperaba la herencia, no lo tomó por sorpresa. Es porque, previamente, se había realizado en ella un trabajo de gestación y de reflexión que, llegado el momento psicológico, le permitió vencer las dificultades: poco a poco, había adquirido la capacidad social, se había hecho capaz de gestionar sus asuntos, sin intermediarios ni mandatarios.

La clase obrera había hecho suya la palabra que Sieyes aplicaba, a finales del siglo XVIII, al Tercer Estado, y *Cansada de ser nada, ¡quería serlo todo!*

Oponiéndose a la clase burguesa, se proclamó en permanente insurrección contra ella y se preparó para sucederla. En las grietas de las instituciones capitalistas, depositó las semillas de nuevas instituciones y, animada por el concepto de la huelga general, se familiarizó con la obra de expropiación que afirmó necesaria y fatal.

Ya en 1902, la Confederación General del Trabajo había llevado a cabo una investigación que establecía las intenciones del Proletariado:

Había llamado la atención de los sindicatos sobre lo que tendrían que hacer en caso de una huelga general

triunfante. Les pidió que consideraran cómo harían para transformarse de grupos de lucha en grupos de producción. ¿Cómo se apropiarían de las herramientas y qué concepción tenían de la reorganización de fábricas y talleres? ¿Qué roles pensaban que jugarían las federaciones corporativas y las bolsas de trabajo en la sociedad reorganizada? ¿Sobre qué base previeron que se llevaría a cabo la distribución de productos?

Todo el problema social estaba planteado en signos de interrogación.

Esta indagación no era, además, el único síntoma de las preocupaciones que absorbían cada vez más a la clase obrera. El “¿Qué hacer después de la Huelga General?” se volvió obsesivo, se incrustó en los cerebros, se condensó y aclaró allí.

Y por eso, cuando estalló el gran levantamiento revolucionario, las masas populares no estaban ignorantes e indefensas. ¡Por eso, después de haber luchado, después de haber demolido, pudieron reconstruir!

Fue un período de magnífico entusiasmo. Los más fríos, los más inconscientes fueron sacudidos, calentados.

¡Ay! ¡los grandes y hermosos días de tumulto y fiebre! Si trágicos fueron para vivir... dulces son para recordar.

Lo que fue esta Revolución, la más grande y profunda que ha tenido lugar hasta ahora, estamos a punto de contarlo.

Vamos a evocar y revivir este período maravilloso y sublime. Vamos a presenciar el nacimiento de un mundo nuevo.

Emilio Pataud.

Emilio Pouget.

I. LA DEBACLE

En esta tarde de domingo de primavera, en el año 19..., miles de huelguistas de la construcción habían ido al carrusel de Saint–Paul. La multitud, acumulada en la sala, ya sobreexcitada por las largas jornadas de huelga, electrificada por el júbilo de las palabras, irritada por el pisoteo en el serrín con hedor a estiércol, se exasperó, se tornó tormentosa.

Había una tormenta en el aire. Podía sentirse la ira retumbando, lista para explotar.

Hacía una buena quincena que se suspendía el trabajo y toda la corporación estaba en lucha.

Los trabajadores, obstinados en su resistencia, querían vencer y los patronos, seguros del apoyo del gobierno, se negaban a hacer las más mínimas concesiones.

La reunión había terminado.

La salida se vio obstaculizada por las habituales medidas policiales. La facilidad para bloquear la estrecha calle donde se ubicaba la Armería había permitido compactar los cordones policiales. Y, por exceso de precaución, un filtrado riguroso y de una lentitud enervante impidió la evacuación de la sala.

La multitud estaba irritada por el embotellamiento que se le impuso. Como un elemento demasiado comprimido, se relajó de pronto y, en un furioso empujón, dislocó los cordones policiales. A pesar de su estatura y su número, los agentes de las brigadas centrales fueron rechazados y la salida se realizó con mayor rapidez.

Los policías, enojados por el fracaso de sus precauciones, ordenaron la manifestación y lanzaron sus tropas contra la multitud que fluía ruidosamente por la rue Saint-Antoine.

Los huelguistas enfrentaron el ataque y, en poco tiempo, la lucha degeneró en refriega: unas mesas y sillas, sacadas de las terrazas de los cafés, tablones, un tranvía volcado, se esbozaron en barricada. La resistencia de los trabajadores fue fuerte; luchamos ferozmente.

Mientras ocurrían estos incidentes en la Rue Saint-Antoine, una columna de huelguistas se desvió por la Rue de Rivoli y se dirigió a los Grands Boulevards. Como los

pocos sargentos de la ciudad dispersos, no más que los pocos puestos de soldados que custodiaban los sitios desiertos o acampaban aquí y allá, no eran lo suficientemente grandes como para obstaculizar su camino, lo lograron sin obstáculos.

Los bulevares estaban entorpecidos por la multitud de paseantes, así como de consumidores sentados en las terrazas de los cafés. La manifestación sembró sorpresa, tumulto y pavor en esta multitud que, en parte arrastrada, descendió como un torrente hacia la Madeleine, hinchada de jóvenes curiosos.

Apenas fue informado, el prefecto de policía dio la orden de dirigir bandas de agentes contra los manifestantes. Para ir rápido, se amontonaron en el metro y se estacionaron en la Place de l'Opéra. Estas bandas, aumentadas por los soldados que montaban guardia en el lugar y en los sitios vecinos, fueron enviadas al encuentro de los huelguistas.

El choque se produjo cerca del Vaudeville. La policía, sacando rápidamente sables, se abalanzó sobre los manifestantes. Estos, indignados y exasperados, no se dieron por vencidos. Se defendieron lo mejor que pudieron, usando lo que encontraron cerca de ellos. Pero, ¡qué desigual fue la lucha! Pronto, sonaron algunos disparos. ¿De dónde vinieron los primeros? ¿Agentes?... ¿Huelguistas?... ¡No lo sabemos! Aún así, los revólveres de los sargentos

causaron más víctimas del pueblo que las pistolas de los manifestantes.

Todavía se mantuvieron firmes y la lucha solo aumentó su coraje. ¿Cómo terminaría esto? Aunque pobremente armada, la multitud era formidable en su furia e impetuosidad. Sin embargo, los policías no querían que sus hombres retrocedieran; llamaron a las tropas.

Los soldados, más inconscientes aún por la fiebre de la batalla, por los golpes recibidos, obedecieron como autómatas. ¡A las órdenes que les dieron, se echaron los fusiles al hombro, dispararon!...

Hubo un tremendo retroceso de la multitud. ¡Parecía una guadaña pasando sobre ella! Ahora los gritos de dolor se mezclaron con los gritos de maldición y la ira. Además de los heridos, del lado de los trabajadores, ¡hubo muchos muertos!

La caballería, convocada a toda prisa, acudió al rescate. Corrió por los bulevares de las calles adyacentes y logró disolver la manifestación. Pero la multitud, aunque dividida en secciones, no se dispersó. Los grupos, expulsados de la arteria principal, se coagularon nuevamente y se dirigieron a los suburbios, se dirigieron a los salones donde, por la noche, se realizaban las reuniones. En el curso, gritaron su indignación y esparcieron por todas partes la noticia de la batalla, de la matanza.

Después del gran tiroteo, hubo un breve momento de agonizante calma. Los manifestantes recogieron a los heridos y los trasladaron a farmacias cercanas. En cuanto a los muertos, sus cuerpos, ferozmente custodiados por sus camaradas, habían sido tendidos en autos y, en una lúgubre procesión, transportados a la sede de la Federación de Construcción. Allí, en una sala transformada apresuradamente en morgue, se depositaban los cadáveres de los desdichados.

La tragedia de este día, tan abruptamente elevada al grado de guerra social, no estalló en un cielo despejado. La atmósfera ya estaba cargada de resentimiento e ira. Estábamos pasando por un momento problemático y aterrador. Uno sentía, por el nerviosismo y el malestar general, que los incidentes menores podían reverberar en eventos de intensidad creciente.

Un invierno largo y duro había acentuado las causas de la ansiedad. Había habido severos sufrimientos en los hogares obreros: a las penurias de la temporada se había sumado el resentimiento de un alto costo de los productos que la escasez no podía explicar. La gente culpó a los acaparadores.

También, a partir de la reactivación, se acentuó el hervidero de protestas. Se diría que, bajo las caricias del sol, por poco que calentase, los trabajadores se apoderaron de la necesidad de actuar, de relajar los músculos, de poner a

prueba su vigor, para asegurarse de que la aspereza del invierno no había debilitado su resistencia.

El antagonismo entre obreros y patronos había llegado, además, a tal grado que se podía suponer que se había alcanzado la tensión máxima. Ambos bandos se consideraban en estado de guerra permanente, interrumpido sólo por armisticios que sólo provocaban un breve mejoramiento en las relaciones entre empleados y patronos.

Ambos bandos estaban fuertemente organizados para la lucha. Frente a los sindicatos y sus federaciones corporativas, que estaban unidas por la Confederación del Trabajo, los capitalistas, en muchas ramas, habían monopolizado la industria o, al menos, constituido asociaciones para la protección y defensa contra las huelgas. Además, tan pronto como un paro de trabajo amenazaba su seguridad, los patronos respondían con un cierre empresarial, expulsando indiscriminadamente de las fábricas o talleres a muchos trabajadores de la corporación.

Estas prácticas de defensa patronal habían causado, en muchas circunstancias, dolorosas repercusiones en las filas de los trabajadores, sembrando allí la miseria y, durante un tiempo, dislocando a los sindicatos interesados. Como estas crisis habían sido sólo momentáneas y parciales, los sufrimientos que habían implicado no habían excedido un

radio restringido. En su conjunto, la clase obrera había afrontado el efecto de estas medidas con solidaridad: así, lejos de atenuar la virulencia de sus demandas, las habían fortalecido y acentuado.

Su efecto, por tanto, había sido diametralmente opuesto al esperado por los patronos: no habían deprimido a los fanáticos, sino que habían lanzado a la órbita sindical a los más indecisos, a los más inertes, a los menos combativos entre los proletarios.

Sucedió lo que sucede siempre en tiempos de efervescencia revolucionaria: los intentos de frenar el crecimiento del movimiento subversivo se vuelven en su beneficio.

Dadas las circunstancias, la consecuencia más tangible de los esfuerzos de incompresión de los capitalistas fue hacer más profunda y completa la ruptura entre ellos y la clase obrera. Fue hasta el punto de que, ahora, los períodos de calma eran raros.

Cuando la crisis se calmaba en una corporación, se intensificaba en otra. Las huelgas siguieron a las huelgas; los cierres fueron respondidos con boicots; el sabotaje proliferaba con una intensidad ruinosa.

Tanto es así que los industriales y comerciantes llegaron a considerar su posición privilegiada como poco envidiable, incluso insostenible.

Desde el punto de vista político, el horizonte no era menos sombrío que desde el punto de vista económico. La República había perdido su antiguo atractivo. Había defraudado todas las esperanzas. En lugar de convertirse en lo que, bajo el Imperio, la gente había soñado que sería –un régimen social esbozo de un nuevo mundo–, lo que la estructura de la sociedad hizo inevitable fue un gobierno que, como los predecesores, solo favorecía los asuntos de la clase propietaria, de la burguesía.

Los partidos se habían sucedido en el poder sin que el pueblo sintiera ninguna mejora, sin que viera ningún progreso perceptible. Los hombres que parecían conservadores se habían entregado a adversarios que se hacían pasar por renovadores, se lucían de socialismo. Pero este último que, en la oposición, había luchado por grandes principios, ¡por la justicia! por la verdad! –una vez ascendido al poder, habiéndose convertido en el más fuerte, no había sido mejor que los demás. Y esto había completado la ruina de las ilusiones populares; era evidente, a los ojos de los menos prejuiciados, que el parlamentarismo tenía en su seno gérmenes morbosos que disolvían la buena voluntad, pudrían las conciencias.

Para colmo, los vicios del gubernamentalismo se extienden más crudamente que nunca: mala gestión, tráfico de influencias, saqueo del erario público, todo el regateo, toda la villanía, todos los escándalos. Los ministerios eran tiendas donde el comercio menos desleal era el de las condecoraciones, que sólo dañaban las bolsas de los vanidosos.

Todo este lodo, toda esta vergüenza, que inevitablemente brotaba del Estado, no fluyó más negra y fétida que bajo los viejos regímenes. Pero el sentido crítico de la gente se había desarrollado, su clarividencia había aumentado y sentían repulsión por lo que antes los había dejado insensibles. Además, su disgusto y resentimiento no le hicieron perder el sentido de la realidad: no miró hacia atrás y no esperó nada provechoso de un retorno a formas de gobierno obsoletas. Si estaba saturado de escepticismo y sometido al parlamentarismo –como una enfermedad de la que uno no sabe curarse–, al menos sabía que ninguna de las especificidades políticas sería un remedio eficaz.

Esta madurez de razonamiento, este aumento de conciencia, que iba ganando cada vez más gente, no los alumbraba hasta el punto de iluminar plenamente su camino. Intuyó que los agregados de la nueva vida estaban más allá del parlamentarismo; vislumbró sus semillas en el federalismo económico anunciado por los sindicalistas;

sintió crecer dentro de él un poder social que eliminaría la fuerza militar, gubernamental y capitalista en su declive... Pero estas eran sólo vagas aspiraciones. Para darles sustancia, se necesitaba una fertilización revolucionaria.

Contra la clase obrera, cada vez más vigorosa y fuerte, siempre desarrollándose en conciencia, los gobiernos habían utilizado unas veces la vía blanda, otras la vía fuerte. Pero ni la loca represión y la furiosa persecución, ni la dulce corrupción y el reparto de favores la habían ablandado. La masa popular estaba sostenida por tal voluntad, estaba tan profundamente saturada del espíritu de rebelión que nada la deprimía. Había en él una fuerza de ímpetu que desconcertó todos los proyectos de la reacción y abortó las medidas opresivas que parecían mejores combinadas; mientras que, por el contrario, las miserias del pueblo, su torpeza y también sus faltas sirvieron al éxito de su causa.

Este fenómeno, que ya se había observado muchas veces, se iba a observar aún más, a medida que los acontecimientos se iban a acentuar.

Las organizaciones sindicales, centros de las aspiraciones populares, eran el peligro permanente que las autoridades buscaban romper, ya sea atacándolas frontalmente o socavándolas hipócritamente. ¡Nada fue efectivo!

Cuando el gobierno se mostró amistoso, conciliador y trató de apaciguar a los trabajadores, éstos, lejos de dejarse

empantanar, aprovecharon las circunstancias para acentuar su acción.

Asimismo, no se dejaron vencer cuando, cambiando de táctica, el gobierno volvió a la forma brutal y, al menor conflicto, movilizó al ejército, hizo vivac de campo de ataque en campo de ataque y multiplicó los trágicos incidentes.

En un caso, como en el otro, la clase obrera se estaba endureciendo. Se apoderó de las calles, se familiarizó con las tácticas de resistencia. Aprendió a no disolverse frente a las bandas policiales y a neutralizar las tropas lanzadas contra ella.

Al ser mimada o castigada sucesivamente, tenía en profundo desprecio al gobierno, no sentía por él más que odio, y día a día perdía la pasividad.

Y por eso la salida llena de acontecimientos de la reunión en el carrusel de Saint-Paul se había convertido tan de repente en una batalla, en un motín.

Durante quince días, la huelga de la construcción había estado agitando a París. Había comenzado con una pequeña disputa, en una obra: al llamado de solidaridad de algunos trabajadores heridos, sus compañeros de las distintas especialidades habían dejado las herramientas y, rápidamente, toda la obra se había puesto en huelga. Los patronos, embriagados por su fuerte coalición, en lugar de

tratar de circunscribir el conflicto, habían creído rentable escalarlo y, de repercusión en repercusión, la huelga había ganado toda la industria.

Simultáneamente, se producían otras huelgas, tanto en París como en provincias, que agravaban el malestar, sobreexcitando la mente de la gente.

Sólo en París, las estadísticas más aproximadas calculaban que cien mil obreros, de diversas categorías, estaban en combate.

En las provincias, aunque más dispersas, la agitación no fue menos viva. Y, síntoma característico, el paro no se circunscribió a los centros industriales; las áreas agrícolas también fueron contaminadas. En todas partes, al más mínimo incidente, la tensión y los enfrentamientos entre el trabajo y el capital florecían en violentos conflictos, en huelgas de intensidad cada vez mayor.

En este ambiente recalentado, donde el odio contra la patronal y el gobierno hervía –y se intensificaba– se extendía, con la espontaneidad de una descarga eléctrica, la noticia de las peleas en torno al carrusel de Saint–Paul y del drama que se había producido posteriormente mancharon con sangre obrera el pavimento de los grandes bulevares.

Al principio hubo asombro, consternación. Luego, con los puños apretados, la ira estalló. La masa del pueblo,

angustiada, indignada, vibró y la excitación llegó al paroxismo.

¡La tormenta estaba rompiendo!

Esta masacre –no más sanguinaria que tantas anteriores– acababa de precipitar los acontecimientos, de crear una situación revolucionaria.

II. CONSECUENCIAS DE LA MASACRE

El lunes por la mañana, París tenía el aspecto febril de los grandes días. Un sol rojizo apenas atravesaba el cielo bajo y gris. El viento soplab a ráfagas, trayendo un frío punzante del este. Se hubiera dicho que la atmósfera reflejaba el estado de ánimo de la gente: pensamientos oscuros y tumultuosos se arremolinaban a su alrededor, que el viento de la ira presagiaba cargados de revuelta.

Desde boss-minette, la multitud de los suburbios había deambulado menos compacta que de costumbre. Los vagones del metro, autobuses, tranvías estaban menos concurridos.

Los obreros que por costumbre habían salido de sus casas para ir a trabajar leían con avidez el diario, comprado en el quiosco, recién salido de las prensas, todavía emborronado y arrastrando tras de sí el insípido olor a tinta de imprenta.

Presencias dolorosas, una vaga angustia se extiende, corazones estremecidos, rostros contorsionados.

Siguieron breves conversaciones, puntuadas por brutales reflexiones, por las que el gobierno pagó el precio.

La nota dominante era pesimista: “Se iba a poner feo...”, decían los circunspectos.

Aquí y allá, algunos movimientos bruscos e impetuosos, algunas exclamaciones furiosas sacudían el sopor tímido.

Los que habían ido a trabajar eran los trabajadores dóciles, flexibles, resignados. Ahora, por encima de estos incluso pasaron bocanadas de ira, estallando en violentas interjecciones.

En las fábricas, en los talleres, los equipos estaban incompletos. Y, además, los trabajadores presentes no pusieron el ardor habitual en el trabajo; sus gestos delataban la inquietud y la ansiedad que se apoderaban de ellos.

El día anterior, en las distintas reuniones que se realizaron por la tarde –reuniones, veladas familiares o recreativas–; los acontecimientos del día habían sido comentados por oradores cuya indignación era elocuente.

Estas reuniones, una tras otra, los miembros de los comités de huelga las habían visitado. Para dramatizar sus palabras, habían representado la agonía de las víctimas,

habían revivido el dolor de sus seres queridos, dicho el horror y la desesperación de las viudas, de los niños. Reclamando la furia con la que se desbordaban, concluyeron que la solidaridad proletaria debía manifestarse mediante el cese total del trabajo: debía realizarse inmediatamente, sin esperar a que las organizaciones sindicales dieran la señal.

La consigna se propagó, por vibraciones espontáneas, por acuerdo tácito. Y por eso, desde la mañana del lunes, la corriente favorable al paro ya era importante y la reanudación de labores muy parcial.

Pronto las calles se surcaron de una multitud nerviosa, en busca de noticias, dirigiéndose hacia la rue Grande-aux-Belles y hacia la Bolsa del Trabajo y, sobre todo, teniendo como punto de atracción el teatro de la matanza, las esquinas de los grandes bulevares, donde habían caído las víctimas.

Todo el día peregrinaron por allí. El caudal humano descendía, recogía, se movía, sin que brotaran más gritos que los llamados de los vendedores ambulantes ofreciendo las últimas ediciones de los periódicos. Cuando había un alboroto en la multitud, cuando se formaban grupos, la policía los disolvía inmediatamente; en su tradicional "circular", lanzado con un escrúpulo inusual, fue obedecido a regañadientes. Era como si la multitud despertara de un

largo entumecimiento. Consideraba a la policía como un objeto de horror sin tener todavía la energía para resistir.

En la noche habían traído haces de flores y las habían amontonado en pirámides, en lugares manchados de sangre. Las autoridades, temiendo aumentar la excitación popular, se limitaron a acentuar las medidas policiales y a reforzar los puestos de soldados, en las obras y en los cruces.

Los consejos de los sindicatos, los comités de las federaciones y de la CGT se habían reunido de urgencia. La decisión prevista en sus deliberaciones estaba a punto de ejecutarse: el paro solidario.

Se acordó invitar a los trabajadores de todas las corporaciones a suspender el trabajo y continuar la huelga hasta el día en que el gobierno se comprometiera a procesar a los artilleros y buscar a los verdaderos responsables, además de los ejecutores reales, las cabezas que habían ordenado.

La declaratoria de huelga, pronto conocida, se propagó con tal rapidez que –aunque se había decidido salir recién al día siguiente– el paro de labores se prolongó considerablemente en el transcurso de la tarde. Se formaron columnas de manifestantes que, yendo de talleres a fábricas, anunciaron la decisión de huelga y avergonzaron a los indecisos reacios a dejar el trabajo. En la mayoría de los

casos, las largas objeciones eran superfluas; la extensión se llevó a cabo sin mucha tensión.

Mientras el pueblo se movía, los acontecimientos que lo conmovían se deslizaban por la epidermis de los parlamentarios. Un recurso de interpelación, presentado en la Cámara por los diputados socialistas, fue recibido con frialdad por el gobierno y los derechistas, formando un bloque contra los sindicatos. Los ministros se negaron a dar explicaciones y eligieron eludir el debate; más tarde, cuando se restableciera la calma, responderían a los interrogadores. Además, con el optimismo y la ceguera que siempre caracterizan a los gobiernos en vísperas de las revoluciones, anunciaron que no había que tomarse las cosas trágicamente y que, en pocos días, el orden reinaría de nuevo. Sin duda, una mayoría compacta lo aprobó.

El pueblo, lejos de esperar nada favorable del parlamento, lo consideraba con razón su enemigo. Respondió con desprecio y sarcasmo a su indiferencia. Así que no estaba indignado por su actitud. Ya no esperaba nada de él y supo marcarlo con su renuencia a ir al Palais-Bourbon.

La Place de la Concorde donde, en los tiempos turbulentos de fines del siglo XIX, ansiosa por las decisiones de la Cámara, se desplegó una oleada humana, era poco más que un centro de dispersión.

La gente, que desbordaba los bulevares, a donde había venido por simpatía –o por simple curiosidad– para ver el escenario de la masacre, fue atraída hacia la Madeleine y la Place de la Concorde.

¡Venía hacia allí, empujada y no atraída!

Alrededor del Obelisco y las fuentes que lo rodeaban, la multitud retrocedía, retenida por un momento por la magia del espectáculo que tenía ante sí: el sol se hundía tras el Arco del Triunfo, iluminaba la avenida, incendiaba las ramitas aún negruzcas. de los árboles Y las miradas, encantadas, no se desviaban del palacio legislativo, cuya masa aplastada, sumida en la sombra, parecía un monumento funerario, daba la impresión de entrar en la noche, de ser cosa muerta, de ser ya pasado.

La jornada terminó sin incidentes demasiado graves. Un día de expectación en el que los adversarios se observan más que chocan. Hubo peleas solo en algunos puntos. Los excitó la torpeza de los agentes que, sin darse cuenta de hasta qué punto había disminuido la docilidad habitual de la multitud, creyendo que podrían empujarlos como de costumbre, tuvieron la imprudencia de intentar arrestarlos. Pero el pueblo, pronto a enojarse, intervino y perseveró, descansando sólo después de haber obtenido, o llevado a cabo por la fuerza, la liberación de los prisioneros. Esta falta

de respeto por el uniforme, estos repentinos y aún inofensivos desaires, eran un mal augurio para la autoridad.

Cuando llegó la noche, la agitación fue de otro orden, pero no se calmó: como el día anterior, se concentró en numerosas reuniones: reuniones de grupos, asambleas sindicales. Los salones rebosaban de oyentes febriles, y los recién llegados, por falta de espacio, se agolpaban en las puertas. Sobrios fueron los discursos. Ya no era el momento de hablar largo rato, sino de asesorar sobre las medidas a tomar, de actuar con decisión y vigor, para acentuar el movimiento huelguístico, acelerarlo y amplificarlo hasta hacerlo unánime.

Todas las organizaciones sindicales tenían sus comités permanentes. El Comité Confederal, en un primer manifiesto, había fijado las condiciones de la huelga, definió el ultimátum al gobierno, poniéndolo sobre aviso para enjuiciar a los asesinos, para hacer justicia a la clase obrera.

Es necesario un paréntesis: en el umbral de esta huelga, cuyas consecuencias serían incalculables, los iniciadores la redujeron a un ultimátum al gobierno. No hay motivo para sorprenderse. Es con los cataclismos sociales como con los organismos vivos: nacen de una célula, de un germen que se desarrolla gradualmente. Al principio, el ser es débil, la revolución no tiene forma. Es incluso tan informe que sus más fervientes defensores, aquellos que en el fondo de su

corazón llaman a su llegada y quisieran impulsarlo hasta sus últimos desarrollos, lo desean más de lo que prevén.

Así ha sido con todas las revoluciones anteriores: han sorprendido a sus adversarios y, en ocasiones, a sus más fieles seguidores. Pero, en el transcurso de todo, lo que caracterizó a los hombres profundamente revolucionarios fue que supieron aprovechar los acontecimientos. Estuvieron siempre a su altura, nunca fueron superados por ellos... Ocurrió de la misma manera, una vez más.

Dicho esto, volvamos al Comité Confederal: en el momento presente, el pensamiento que lo animaba y que resumía las aspiraciones comunes, era el de llevar a cabo una suspensión de los trabajos tan completa que el gobierno sería sacudido por ella. ¡Por lo demás, las circunstancias decidirían!

Entonces el Comité lanzó su manifiesto. Después de lo cual, se puso de acuerdo con los consejos federales de las corporaciones, para el envío de delegados a las provincias. Estos se dieron a la tarea de dirigirse primero a los puntos industriales y comercialmente estratégicos: a las principales arterias de tránsito, a los centros cuya producción era de primordial utilidad para el funcionamiento social. Estaban allí para explicar los motivos de la huelga, para inspirar entusiasmo, para reavivar el coraje que, empañado por las

noticias falsas, dudaría en actuar. Tal era su tarea, de centro a centro.

Los grupos sindicales no estaban solos en la agitación. Todas las aglomeraciones de revolucionarios, grupos antimilitaristas y organizaciones clandestinas se reunieron, preocupándose por el apoyo que se le daría al movimiento, por las buenas iniciativas que se tomarían.

Más que nada, los grupos antimilitaristas se agotaron. Su actividad se había multiplicado por diez con la huelga de la construcción. Se les ofreció un campo fértil de propaganda; frenar a los soldados, dispersos en el campamento atrincherado en que parecía haberse convertido París, recordarles que antes de ser soldados eran hombres y que no debían ensuciarse con la sangre de sus hermanos trabajadores.

Estos grupos se dedicaron a esta labor con incansable y ardiente pasión.

Si por el lado del pueblo se coordinó el paro, por su parte el gobierno no se quedó inactivo. Estimando superfluo acentuar las medidas defensivas ya respetables que había tomado, se cuidó de evitar la suspensión del trabajo. También estaba muy confiado. Dado que los intentos anteriores de huelga general nunca habían sido más que parciales, supuso que esta vez sería lo mismo. Sin embargo, no quería que lo tomaran por sorpresa; tenía la intención de

demostrar su capacidad para frenar el peligro social, tanto para mantener su prestigio como para evitar emociones en la burguesía. Sólo podía hacerlo obviando los problemas de la huelga, gracias al trabajo militar. Así que dio instrucciones en ese sentido.

Rápidas pesquisas, cerca de los sindicatos patronales y de las grandes empresas operadoras, habían dado a conocer, aproximadamente, las cantidades de soldados necesarias para remediar la huelga asegurando el trabajo lo mejor posible. En consecuencia, se preparó una movilización para industrializar el ejército.

Algunos propusieron que, sin demora, se instalaran inmediatamente soldados cerca de los trabajadores. Ninguno de estos, aseguraron, viendo a su lado a su reemplazante dispuesto a reemplazarlo, se atrevería a atacar.

Los patronos, más psicólogos, objetaron que este proceso tendría efectos desastrosos y que haría rebelar a los más timoratos. Se limitaron a confeccionar la lista de profesiones y categorías a las que, llegado el caso, se incorporarían los soldados.

Y mientras por ambos bandos hacíamos los últimos arreglos de lucha, la noche avanzaba.

La enorme ciudad estaba entumecida en un letargo ansioso y, contrastando con el ruido del día, un silencio lúgubre se extendía sobre ella. Sólo lo inquietaba la cadencia de las patrullas, zigzagueando de calle en calle.

III. LA DECLARACIÓN DE HUELGA

El despertar de París el martes fue el de un parálítico. El entumecimiento de la noche no solo continuaba, sino que parecía aumentar con el día. El silencio no se había disipado con la oscuridad. De la calle no llegaba el habitual zumbido de un enorme animal, una sinfonía de varios ruidos que, por la mañana, anunciaba la reanudación de la actividad.

El paro de labores que el día anterior había sido sólo espontáneo y se había realizado al azar por iniciativas e impulsos, fue regularizado y generalizado con un método que denotaba la influencia de las decisiones sindicales.

La indignación popular, que estaba en su apogeo, iba a contribuir a la aceleración del movimiento. El pueblo estaba imbuido de una piedad tan profunda por las víctimas del Poder, y tan intensa era su ira contra él y sus secuaces, que se lanzó a la huelga con alivio y satisfacción.

Sin embargo, el pueblo, más que nadie, se vería muy afectado por la crisis. Además de la inevitable desaparición de los medios de subsistencia que, para los proletarios, era la consecuencia inmediata de la suspensión del trabajo, la huelga implicó para ellos toda una serie de problemas y calamidades. A pesar de todo, se lanzaron a la aventura, con alegría en el corazón, resueltos a soportar estoicamente las vicisitudes que acompañarían los acontecimientos en los que serían los actores principales.

Los privilegiados vieron el conflicto que amanecía con ojos menos serenos. Ningún ánimo combativo los sacudió, ningún ideal los consoló. Sólo pensaban en disfrutar sin molestias. Ahora bien, lo que vieron más claro en el golpe con que los amenazaron fue la perturbación que iba a traer a su existencia, a sus costumbres, a sus placeres. Además, salvo en los casos en que sus intereses particulares estaban directamente en juego, tendían a apreciar los conflictos sociales, no según su importancia real, sino según las angustias o perturbaciones que les ocasionaban. Para ellos, la huelga de un cuarteto de músicos, que les privaba de una representación teatral, o la de unas decenas de mozos de cuadra que desequilibraban sus apuestas, adquiriría proporciones más graves que una huelga de estibadores que inmovilizaba el tráfico de un puerto principal.

¡Por lo tanto, es concebible que estuvieran conmovidos y aterrorizados por la perspectiva de un ataque total!...

Sin embargo, cuando despertaron, tenían una alegría: habían aparecido los periódicos. Anunciaron que no sabían si podrían reaparecer mañana, siendo el paro, para sus trabajadores, sólo cuestión de horas... ¡qué importaba! habían aparecido. Era un buen augurio.

En cambio, los atontó un espectáculo que desdibujó su primera alegría: las farolas de gas de la calle estaban todas ardiendo como antes de la medianoche. El día anterior, con minucioso cuidado, los mecheros habían hecho su ronda de encendido. Después de lo cual, con la conciencia tranquila, habían considerado superfluo realizar la operación de extinción y habían dormido toda la noche.

Y cuánto, además de eso, era sujeto de desconcierto y asombro. Y cada uno tomaba las cosas según su estado de ánimo: unos se conmovían por la gravedad y la tragedia de los hechos; a los demás no les importaba.

El metro ya no funcionaba. Sin embargo, estaba atendido por un personal considerado muy tranquilo. Los revolucionarios, con amarga ironía, afirmaban que los considerables riesgos de enfermedad allí (la tuberculosis hacía estragos espantosos en el túnel) contribuyeron, junto con los bajos salarios, a hacer que este personal sea flexible y dócil. Un sindicato amarillo, formado con el acuerdo de la

empresa, funcionaba casi en solitario. La unión roja era solo un esqueleto. Sin embargo, ¡el metro no funcionaba!

Por la mañana, cuando el fiel personal había querido poner en servicio los trenes, no habían podido hacerlo, por falta de energía. Las horas de la noche habían sido aprovechadas para una eficiente operación de bloqueo y la fuerza eléctrica ya no fluía en los cables. Además, las fábricas generadoras estaban inactivas. Cuando sus equipos de amarillos habían querido poner en marcha las poderosas dinamos, se había observado un sabotaje considerable: había polvo de esmeril en los cojinetes; algunos dispositivos habían sido desconectados, otros habían sido cortocircuitados...

Había sido operado tan eficientemente que poner las dinamos en funcionamiento era, si no imposible, al menos pasablemente peligroso para cualquiera que lo intentara. No lo intentaron y solo se preocuparon de reparar el daño.

Los tranvías, así como los autobuses, no circulaban. Durante la noche, el sindicato había realizado reuniones en varios distritos, durante las cuales se había decidido la suspensión inmediata de labores. Además, en los depósitos, desde donde se realizaron las primeras salidas, había pocos empleados. Por otro lado, una multitud animada estaba apostada en las puertas, lista para bloquear la salida de los

autos, en caso de que algunos falsos hermanos hubieran querido trabajar de todos modos.

El trote desordenado y agitado de los vagones de leche, puntuado por el tintineo de las jarras de leche, no había hecho temblar, en la hora gris que precede al amanecer, los adoquines de las calles. El día anterior así lo había acordado el sindicato, por lo que ni los empleados de las empresas fiduciarias ni los de los patronos aislados se habían subido a sus asientos.

Por otro lado, los barrios aristocráticos y comerciales se beneficiaron de un desagradable y maloliente boicot: en las aceras, los basureros esparcieron el desbordamiento de su basura. Por el contrario, en los barrios obreros y populosos, el fango había precedido, como de costumbre, a la retirada de los desperdicios domésticos.

La elección de los barrios sobre los que iba a pesar más la huelga, los carreteros de los volquetes de la red viaria no fueron los únicos en practicarla. En la misma zona, los barrenderos municipales se habían abstenido de limpiar calles y ramblas, así como de realizar riegos diarios.

En varias corporaciones se habían tomado medidas de boicot idénticas.

Los trabajadores demostraron así que sabían combinar una clara conciencia de las necesidades de la lucha de clases con el tacto compatible con las circunstancias.

El objetivo de la huelga general era resaltar el poder de acción disolvente de la clase obrera y, además de esta demostración moral, llegar materialmente a sus adversarios, golpearlos en sus necesidades y en sus placeres.

Teniendo en cuenta el enredo social, a los trabajadores les resultaba difícil asestar golpes a sus enemigos, sin darse ellos mismos de rebote; se resignaron, con alegría de corazón, a esta fatalidad. Sin embargo, no tuvieron escrúpulos en evitar esta repercusión, cuando pudieron, sin poner en peligro el principio de la huelga general. Este motivo obedecía a los trabajadores que, por cordial camaradería (como los barrenderos) se empeñaban en atenuar, en los barrios obreros, los inconvenientes de la paralización del trabajo.

Esta clarividencia del necesario acuerdo entre hermanos de clase, surgida en medio del conflicto, fue un síntoma de la dirección que iba a tomar la huelga general: su fase, al principio puramente disolutoria y unilateral, sería sucedida por una fase de solidaridad efectiva, de reconstitución social.

Por el momento, el alcance del conflicto, aún en sus inicios, residía en la demostración de la omnipotencia de la clase obrera, manifestada por un acto negativo: la inmovilidad, sucedida a la actividad incansable.

¡Y esta inmovilidad fue ganando paso a paso!

En las panaderías faltaba parte del pan. Los trabajadores habían, en proporciones considerables, abandonado el trabajo. Los patronos, abasteciéndolos ingeniosamente, se habían ensuciado las manos. Sólo que, en muchas panaderías, los panaderos –acostumbrados a las huelgas– habían tomado la precaución, antes de parar, de inutilizar temporalmente los hornos. Y esto, sin dañarlos, sin arrojarles productos nocivos. Como resultado, muchos panaderos se encontraron con un completo problema.

En las carnicerías aún no se notaba la escasez de carne. La huelga solo se notaba allí por la escasez de personal, ya que algunos carniceros habían dejado el delantal.

En los colmados, en los grandes bazares de alimentación, el mismo estancamiento: un reducido personal aseguraba el servicio.

En Les Halles, la congestión de la mañana no había tenido la densidad habitual. Había habido calma, en lugar de los empujones y el ajetreo y el bullicio diarios. Los jardineros del mercado de la zona, temiendo incidentes, apenas se habían

aventurado. La mayoría había preferido abstenerse del viaje. Además, de no haber sido por las expediciones de las provincias, que aún llegaban, el mercado habría tenido un mal aspecto.

Esta insuficiencia tuvo sus repercusiones en todos los sectores; los comerciantes de fruterías, legumbres y alimentos estaban escasamente abastecidos.

Así, desde el primer día de la huelga, un endurecimiento sintomático afectó al tráfico esencial, el comercio de alimentos. Y como la cuestión del estómago prevalecía sobre todas las demás, este presagio de una posible escasez no podía sino sobreexcitar las preocupaciones, aumentar las angustias.

Esta perturbación, que se manifestó cuando apenas tomaba forma el gesto de inercia de la clase obrera, fue una contundente afirmación de su fuerza. El proletariado era, por lo tanto, en verdad, el gran ejecutor de la Sociedad: era el buey que, con la cabeza atrapada en el yugo, siempre inclinada hacia el suelo, había cavado sin cesar el duro surco, fertilizándolo con su sudor.

Y ahora el buey, cansado de trabajar bajo el aguijón, se apoyaba en la tierra fría y, alzando la cabeza, sondeaba el futuro. ¿Qué resultaría de ello? Después de demostrar que el trabajador es duro y bueno, que sin él sólo saldrían zarzas

y espinas del campo, que sin él nada es nada, ¿iba a tener la osadía de querer serlo todo?

Por el momento, se mantuvo en la resistencia pasiva.

En los distritos industriales, en los barrios y también en los suburbios, los talleres estaban desiertos y, encima de las fábricas, las altas chimeneas ya no escupían sus negras volutas.

En el Marais, el Faubourg du Temple y sus alrededores, donde abundaban las industrias artísticas y los cien oficios de artículos de París, –que recuerdan la antigua artesanía–, los talleres de grabadores, joyeros, marroquinos, bronceadores, etc., estaban vacíos. También vacíos, en las bulliciosas calles y pueblos que bordean el Faubourg Antoine, estaban los talleres de ebanistería.

En el barrio de Saint–Marcel, a orillas del Bièvre, los trabajadores de las pieles habían dejado de trabajar. Del mismo modo, en La Glacière, los trabajadores de las fábricas de calzado, los fundidores, etc.

En Pantin, en Aubervilliers, las fábricas de productos químicos, las fábricas de jabón, la fabricación de cerillas, estaban paralizadas. Del mismo modo, en Saint–Denis, las obras de construcción y las otras cincuenta prisiones industriales, donde se extinguía una población inmigrante de Bretaña o de otros lugares. En Ivry, en Batignolles,

descansaban los obreros de las fraguas; asimismo en Boulogne, en Arcueil, las lavanderas; asimismo, en Levallois, en Puteaux, los trabajadores del automóvil...

¡En todos lados! ¡En todos lados! En todas las obras, en todas las fábricas, en todos los talleres, el paro del trabajo sucedió a la fiebre de la producción.

Los trabajadores se cruzaron de brazos, ¡simplemente!

Sin embargo, esta suspensión unánime de los trabajos no se llevó a cabo, en todos los aspectos, con la espontaneidad deseable. Había sido necesario, en muchas ocasiones, tomar el camino contrario al *compelle intrare* del Evangelio: en lugar de obligar a los que se negaban a entrar, había sido necesario empujar a los recalcitrantes hacia la puerta, obligarlos a salir.

La operación se llevó a cabo con indulgencia. Los sindicatos habían movilizado delegados, cuya misión era asegurar que la decisión de huelga se cumpliera en general. Estos compañeros servían de centro de unión de las cohortes de huelguistas, que zigzagueaban de barrio en barrio, repasando fábricas y talleres y asegurándose de que allí el paro fuera total.

Donde no se suspendía el trabajo, los manifestantes irrumpían. En primer lugar, accionaron los interruptores, soltaron el vapor, apagaron los fuegos... Cumplidas estas

precauciones preliminares, explicaban a los ignorantes que seguían afanándose, lo antisocial de su acto; se los avergonzaba por carecer de la solidaridad que los trabajadores se deben entre sí. Trataban de hacerles entender que se estaban haciendo daño a sí mismos, que sufrirían por esta traición. Luego, como conclusión de esta breve lección de moral sindical: “¡Todos fuera!...”

A veces, los libertinajes topaban con un intento de resistencia: capataces celosos, jefes encaprichados con sus prerrogativas, incluso obreros rutinarios e inconscientes intervinieron, buscando hacer retroceder a los huelguistas, que querían impedirles la entrada. Esto resultó en empujones y peleas. Entonces, si uno de los campeones del orden mostraba un revólver, amenazaba a los invasores, rápidamente lo ponían a salvo; le arrebataron el arma de las manos y le aconsejaron que no volviera a hacerlo.

Sin embargo, si algunos de estos incidentes resultaron trágicos, fue el número reducido, aun cuando a los jefes se les ocurrió apelar a la protección de las autoridades. Estas fueron hostigadas con solicitudes de ayuda; no sabían a quién oír, a quién prometer apoyo, no pudiendo, en cien puntos distintos igualmente amenazados, enviar agentes o tropas.

Las medidas preliminares de protección fueron insuficientes e ineficaces. Patrullas a caballo recorrían las

calles, los puestos de tropa estaban bien establecidos en lugares estratégicos, pero los libertinos que, como un elemento desatado, pasaban corriendo, no corrían de frente, como ciegos; sabían cómo evitar las emboscadas, alejarse de las patrullas. En el momento propicio, retrocedían, giraban a la derecha o a la izquierda, si era necesario, se desmoronaban, para volver a formarse detrás; no hicieron frente a la fuerza armada, la esquivaron, se negaron a luchar... y fueron a operar más.

En este juego, las tropas del gobierno se irritaron y se agotaron. Tanto más los acosaban las inútiles y vanas marchas y contramarchas que se les imponían, cuanto que en la mayoría de los casos llegaban a posteriori al lugar que se les había ordenado defender, teniendo sólo la desilusión de notar las huellas del paso de los huelguistas.

Estos últimos tenían para ellos la superioridad de la iniciativa y la espontaneidad; supieron llevar a sus acciones la improvisación favorable al éxito.

¡Sin repeticiones monótonas y gestos siempre idénticos! Así, para variar sus operaciones, no tenían escrúpulos, al salir de una fábrica, para ir a un bazar o a una tienda de novedades.

Irrumpieron por todas las entradas a la vez; deambularon por las galerías, empujando hacia atrás a los empleados que aún trabajaban. Su falta de respeto por las mercancías

expuestas fue tan completa que, por temor a daños más apreciables, los administradores se apresuraron a liberar al personal y dieron órdenes urgentes para que se bajaran rápidamente los frentes.

Y estas multitudes de obreros y oficinistas, así desatadas en París, trajeron allí una renovación de la fermentación.

Mientras unos, con espíritu timorato y hogareño, se apartaban de la multitud y volvían a sus casas, otros se ponían a tono: se mezclaban con los huelguistas, los manifestantes, al principio por simple curiosidad; luego, arrastrados, vencidos por la fiebre de la calle, no eran los menos ardientes, formando un coro con sus camaradas.

Entre los varios espectáculos que ofreció la gran ciudad aquel día, espectáculos en los que la comedia se amalgamaba con el drama, hubo uno que no careció de colorido. Su escenario, entre el mediodía y la una, eran las calles que se extendían desde la Madeleine hasta la Ópera.

Mientras que los bancos y las casas comerciales de lujo, que abundan en estos distritos, habían considerado prudente no abrir sus puertas, las casas de alta costura y moda, que también abundan allí, habían exigido que su personal acudiera a trabajar.

A la hora de comer, los trabajadores, un poco aprensivos, pero muy curiosos por el cuadro de la calle, bajaron de sus

talleres, envalentonados mutuamente. Los restaurantes, por lo general muy animados, donde dominaba la alegría, donde estallaban las risas, estaban casi desiertos, medio silenciosos; las conversaciones susurraban allí casi en silencio, y el servicio, muy incompleto, era limitado, insuficiente.

El momento fue juzgado propicio por las costureras –principalmente sastres– para inducir a todos los trabajadores a hacer causa común con ellas.

Por la mañana habían fracasado sus tentativas por estos lugares: el despliegue de fuerzas policiales y militares que, desde la rue de la Paix hasta el boulevard Malesherbes, era muy compacto, poniendo un obstáculo en su camino. Ahora bien, estos huelguistas, muy conscientes de las costumbres del barrio, aprovecharon los minutos de paseo previos a la vuelta a los talleres. Se mezclaron con grupos de mujeres trabajadoras, las adoctrinaron y las llevaron a gritar: "¡Viva la huelga!"

Las autoridades se sobresaltaron ante este clamor, medio rebelde, medio burlón. Querían contenerlos.

¡Se lo tomaron mal! Lo que era, a primera vista, una diversión se convirtió en algo serio. En poco tiempo, la rue de la Paix se llenó de una multitud, en su mayoría mujeres, que, sardónicas y furiosas, no querían volver al trabajo.

Contra esta multitud, más exuberante que beligerante, que en términos de armas sólo podía blandir paraguas livianos, los policías tuvieron la torpe imprudencia de usar la violencia: hicieron cargar a sus oficiales con los puños por delante. Los hombres enfrentaron el ataque, protegiendo a las mujeres lo mejor que pudieron. Lo consiguieron sólo en parte.

¡Fue un tumulto salvaje! Mujeres y niñas rodaban por el suelo, brutalizadas, pisoteadas; otros, aterrorizados y enloquecidos por la acusación, sufrieron de ella una repercusión nerviosa y moral que los enfermó de terror. ¡Eran solo gritos de angustia, angustia y dolor!

Desde la rue de la Paix, el pánico se extendió a las calles vecinas. Un rumor lo dominaba todo, despertando la indignación de todos: la paliza a mujeres por parte de los sargents de ville.

No pasó mucho más para que los talleres donde aún se trabajaba se vaciaran en un tumulto, a pesar de los patronos, que querían retener a su gente y trataban de cerrar las puertas para impedir la salida.

Los trabajadores, nerviosos y enojados, se dispersaron como una bandada de gorriones, esparcidos en sus respectivos cuarteles.

El relato de los hechos de los que habían sido protagonistas y víctimas añadía un nuevo agravio a los motivos del alboroto.

Así, la fermentación se agudizó, no sólo por el paro –acelerado por la vorágine de manifestantes– sino también por las medidas gubernamentales para atajar la crisis.

Todo conspiraba, pues, para dar a París el aspecto de una ciudad en rebelión y las pulsaciones de su vasto organismo de trabajo y circulación se ralentizaban, acercándose cada vez más a un paro total.

IV. ¡QUE HAYA OSCURIDAD!

¿Qué iban a hacer los trabajadores de las plantas de gas?
¿Y los de las centrales eléctricas?

En lo que respecta a estos últimos, el signo de interrogación no se planteó. Se habían probado a sí mismos. Se podía contar con ellos su participación en el movimiento.

El gobierno estaba seguro de ello. Pero apenas se conmovió. Seguro de que podría remediarlo. Las repentinas huelgas de 1907 y 1908 lo habían puesto en guardia. Sabía cuánto habían conmovido a la población los paros instantáneos de luz, que entonces se produjeron; sabía cuánto desconcertaban a la opinión pública y la influían desagradablemente, estas extinciones de la electricidad, ocurridas sin síntoma alguno que las anunciara, y que daban a la multitud la sensación de una erosión del poder.

Asimismo, las autoridades habían tomado serias precauciones para evitar su devolución. Después del paro leve de 1908, habían decidido duplicar los equipos de trabajadores eléctricos con equipos militares que estarían siempre listos para ir a una fábrica y suplantar a los huelguistas allí. Por lo tanto, se movilizaron destacamentos de ingenieros y se les impuso un aprendizaje en las diversas fábricas, particularmente en el sector de Les Halles.

Así, el gobierno disponía de personal militar que no carecía por completo de experiencia. Él ya sabía cómo operar las máquinas y podría, al menos se esperaba, supervisado por los ingenieros, los jefes de departamento y los capataces, compensar hasta cierto punto al personal habitual, en caso de que este último fallase.

Además, el papel de estos soldados–electricistas no debía limitarse a ocupar el lugar de los huelguistas; todavía tenían que, a la primera inclinación de detener el trabajo, expulsar, incluso por el uso de las armas, a los trabajadores de las fábricas.

Sin demora, estas precauciones preventivas se pusieron en práctica. Desde la mañana del martes, las distintas fábricas de producción de energía eléctrica fueron ocupadas por las tropas de ingenieros. De este lado, pues, confiado en las medidas tomadas, el poder estaba absolutamente tranquilo.

Por lo demás, ninguna señal de huelga, ninguna efervescencia se manifestó. Las órdenes de los jefes se cumplieron con prontitud y con la buena voluntad habitual. Cabría suponer que los obreros electricistas desconocían por completo los graves acontecimientos que acababan de sacudir con tanta fuerza el letargo proletario.

El gobierno se mostró más tranquilo en lo que respecta a los trabajadores de las plantas de gas. Dados sus antecedentes sindicales, no eran temidos; se les consideraba incapaces de un gesto de energía. Durante años y años, toda su acción sindical había consistido en gestiones respetuosas y llamamientos a las autoridades; el respeto a la legalidad parecía haberlos momificado en actitudes de sumisión. Además, la confianza del gobierno era tan profunda que, sin dejar de tomar algunas medidas de precaución con respecto a ellos, por lo menos las que se tomaron no tenían nada de excesivo.

El día transcurrió sin incidentes.

Al caer la noche, París se iluminó como cada noche. El alumbrado de los aparatos eléctricos públicos se encendió sin contratiempos. Lo mismo se aplicó a los aparatos de gas.

La luz se extendía, deslumbrante. Ni el más mínimo parpadeo o sacudida. ¡Nada estaba mal!

En los grandes bulevares, las lunas eléctricas iluminaban con sus fulgores blanquecinos las sonrisas ya socarronas de los burgueses, ávidos de burlarse de estos terribles obreros electricistas que seguían siendo sabios... envenenados, echando a perder los artículos que, mañana, anunciarían a la población que los trabajadores electricistas no se habían inmutado, gracias a tan hábiles e inteligentes medidas ministeriales.

De repente, alrededor de las diez, cuando la confianza estaba en alza, en todas partes de París al mismo tiempo, se cortó la electricidad. ¡Extinción completa e instantánea!...

La desilusión fue amarga. Tanto más cuanto que nos habíamos sacudido con la esperanza de que la realidad se estaba derrumbando. Las sonrisas se congelaron en muecas y los rostros se alargaron.

Comerciantes e industriales, acostumbrados a este inconveniente por huelgas anteriores, habían tenido la prudencia de dotarse de una iluminación mixta, bien recurriendo a lámparas de gas, bien de acetileno, bien de simple querosén. Así que recurrieron a su iluminación improvisada.

Sin embargo, en lo que se refiere al gas, este medio no dio los resultados esperados. Los mantos incandescentes se ennegrecían, las grandes coronas de las farolas ya no tenían

su esplendor iluminante. La presión estaba cayendo con alarmante rapidez.

En los primeros minutos, esta caída se atribuyó a la gran cantidad de dispositivos comisionados al mismo tiempo. No era de extrañar, se pensaba, que el aumento inesperado del consumo correspondiera a una disminución del poder lumínico del gas. Esto era tanto más comprensible cuanto que nunca hubo reserva en los gasómetros y hubiera bastado, para llevarlos a plena capacidad, unas pocas horas de consumo, sin renovar la producción de gas.

Pero, cuando vimos que la luz iba disminuyendo paulatinamente, –luego a iluminar sólo en luz de noche... Entonces... ¡La negrura!... ¡La oscuridad!... Había que buscar otra explicación.

No obstante, el gobierno había tomado todas sus precauciones.

Entonces, ¿qué había pasado? ¿Tanto en las centrales eléctricas como en las de gas?

En los sectores eléctricos, los trabajadores de los turnos diurnos, cumplido su tiempo de presencia, se habían retirado sin querer esperar la llegada de sus reemplazos. Sin embargo, estos, habitualmente tan puntuales, no llegaron.

Las amenazas, las promesas, los ruegos de los directores no surtieron efecto en los trabajadores de los turnos

salientes. Todo fue en vano. Nada les hizo reconsiderar su determinación.

Los trabajadores se fueron, se pensó en utilizar a los ingenieros. Hubo desperdicio, contraórdenes, cruces. Antes de que los soldados hubieran ido a los puestos que primero había que designarles, los fuegos de las calderas estaban casi extinguidos, y varias máquinas, que carecían de vapor, se pararon.

El desorden aumentó, se generalizó. Órdenes contradictorias y maniobras falsas se sumaron al problema y, en poco tiempo, varias máquinas quedaron accidentalmente fuera de servicio.

La confusión aumentó aún más cuando se descubrió que la malevolencia había hecho su trabajo: se había arrojado polvo de esmeril en los cojinetes y juntas; algunos revestimientos habían sido rociados con ácido sulfúrico, lo que provocó que se incendiaran al poco tiempo; equipos eléctricos y tableros de distribución habían sido cortocircuitados...

¡Muchas otras operaciones de sabotaje se observaron en todas partes! Queríamos que las máquinas dejaran de funcionar, ¡y lo conseguimos!...

¿Los responsables? Naturalmente, no había duda de que este daño preciso, que tuvo el efecto de suspender la vida

de las fábricas, fue obra de los trabajadores eléctricos. Sin embargo, los que leían rostros creían descubrir, en la actitud y en los rostros de ciertos soldados, los reflejos de una satisfacción interior... ¿Habría saboteadores, entre estos soldados de ingenieros, a quienes se mimaba, y en quienes el gobierno había puesto su esperanza? ¿Habría alguno que se hubiera dejado contaminar por la propaganda antimilitarista? ¡Tal vez era posible!

Aun así, el funcionamiento de las fábricas se había vuelto imposible. No podíamos seguir andando en las condiciones actuales y se decidió parar las máquinas.

A pesar de esto, no todo parecía perdido. Ya desde hace mucho tiempo, para evitar un paro laboral en una de las fábricas parisinas, todas estas se vincularon a una fábrica principal, ubicada en las afueras. En ésta, el personal, cuidadosamente reclutado, ofrecía todas las garantías de seguridad, y eran conducidos militarmente. No había miembros del sindicato, o tan pocos que eran insignificantes...

Por sus propios medios, esta central eléctrica podía proporcionar casi toda la corriente necesaria para el consumo parisino. Bastaría, para eso, accionar algunos disyuntores, y la fuerza eléctrica fluiría nuevamente en los conductores.

Fue a esta maniobra a la que las fábricas de la periferia y del centro, desesperadas, decidieron recurrir, después de darse cuenta de que no podían hacer nada por sí mismas... Esta operación fue tan fútil como las anteriores. La corriente no llegó...

Pronto se encontró la explicación de esta anomalía: un accidente, comparable a la ruptura de un aneurisma en el cuerpo humano, había inmovilizado repentinamente la enorme y vasta fábrica. Un trueno sordo había hecho temblar el suelo... y habíamos visto la destrucción en una galería subterránea, de todas las tuberías. Los cables, grandes y fuertes como eran, habían sido retorcidos, rotos, triturados, y el calor de la explosión había alcanzado un grado tan alto que algunos mostraban rastros de derretimiento. No cabía duda de ello: esta destrucción había sido provocada por un explosivo violento... ¡Por eso los torrentes de electricidad que pudo haber producido no pudieron pasar!

En la planta de gas –y contra todo pronóstico– los trabajadores se sumaron a la huelga. El movimiento allí fue facilitado por la débil supervisión ejercida sobre este personal, que se pensaba que estaba cómodo.

Fueron los conductores quienes iniciaron la huelga. Al igual que en los sectores eléctricos, formaron un grupo separado. Entre ellos había hombres de temperamento que

se indignaban ante la falta de agallas de sus camaradas y que, en pocas horas, convenientemente utilizadas, conseguían, primero convencer a los indecisos, luego preparar la huelga de equipos.

A la hora acordada, los conductores apagaron los fuegos y, pasando por los talleres, dieron la señal de suspensión de labores. Su audacia al volante era contagiosa.

No contentos con cesar la producción, los trabajadores del gas tomaron precauciones para que –aún sustituyendo a los huelguistas por esquirols o soldados– no se pudiera producir gas. Conociendo los puntos vulnerables de las tuberías, las abrieron o las dañaron... ¡Y de las fábricas se elevó la pestilencia del hidrógeno brotando a través de las heridas abiertas!

El personal de directores y capataces trató en vano de mitigar el desastre. Los trabajadores del gas, que habían estado descentrados durante tanto tiempo, acababan de recomponerse y, en su ira por haber tenido tanto sueño hasta entonces, habían tenido las manos pesadas...

Ya nada podría funcionar sin reparaciones extensas y prolongadas.

La oscuridad se extendió sobre París: ¡completa, compacta!

Durante huelgas anteriores, sólo había fallado la luz eléctrica. Sin embargo, la emoción había sido excesiva, a pesar de que solo hubo una atenuación de la iluminación, y no una extinción total. De hecho, las calles y los bulevares continuaron iluminados con gas, que también tenían muchos comerciantes. En realidad, nos encontramos devueltos a la iluminación a la que estábamos acostumbrados un cuarto de siglo antes, pero no sumidos en una oscuridad impenetrable.

Esta vez, la electricidad y el gas faltaban simultáneamente. Además, ¡no era la mitad de la oscuridad! La súbita extinción de las luces las hizo parecer aún más densas a los ojos desacostumbrados... El pánico fue indecible, y el nerviosismo de la población, ya duramente puesto a prueba, llegó a su clímax. Asustada, desconcertada, la gente corría de derecha a izquierda, dando vueltas, casi loca.

En la intensa oscuridad que envolvía la ciudad, aquí y allá algunas luces brillantes apuntaban. Era el brillo de los establecimientos que, fabricando su propia luz –electricidad o acetileno–, no se habían visto afectados por la huelga.

Ahora las pulsaciones de la gran ciudad se estaban desacelerando; se hubiera dicho que las tinieblas que la invadían eran presagio de muerte. Los teatros y todos los establecimientos se vaciaron en un susurro de

conversaciones y en medio de exclamaciones que hablaban de pánico, de angustia.

La huelga que acababa de estallar iba a tener otras repercusiones: ¡la privación de la luz iba acompañada de la privación de la fuerza! Varios motores, accionados por electricidad o gas, se paralizaron, lo que obligó a muchos talleres a dejar de trabajar.

Además, la oscuridad facilitaría la acción posterior de los generalistas de la huelga. Serían más libres para operar, menos a merced de las fuerzas gubernamentales. Su poder se vería incrementado por el descrédito con el que el golpe de luz salpicó al poder.

Esta fase de la lucha, por la repercusión que tuvo en las demás corporaciones, constituyó un serio revés para el gobierno. Fue, con la huelga de los ferroviarios y carteros, el pivote de la huelga general con lo que, desde este momento, se podía prever el triunfo.

V. LOS FUNERALES DE LAS VÍCTIMAS

Los funerales de los desafortunados muertos durante la manifestación del domingo se habían fijado para el miércoles. Con el consentimiento de las familias, sus cuerpos quedaron en la Casa de Federaciones.

El gobierno no intervino. Había tomado importantes medidas de precaución: había reunido fuerzas considerables, cuidando de ocultarlas en las calles adyacentes, a lo largo de todo el recorrido que debía seguir la manifestación. Era, además, optimista: sus previsiones eran que, en el momento del entierro, el paro de labores llegaría a su punto máximo, para luego disminuir...

El día comenzó en un ambiente desconsolado. Los periódicos no habían aparecido y, en cambio, corporaciones que ayer no se habían movido se sumaban al movimiento. Entre otras cosas, los carteros y telegrafistas habían

suspendido el trabajo, los teléfonos funcionaban a medias y, en los ferrocarriles, un personal muy reducido se había quedado solo de servicio.

Todo el pueblo estaba pues en sintonía con la ceremonia fúnebre que se preparaba.

El lugar de reunión, rue Grange-aux-Belles, dificultaba la concentración, la manifestación se formó en la Place du Combat. Pero, mucho antes de la hora acordada, la multitud era enorme. Los sindicatos habían fijado puntos de reunión para sus miembros en los muelles del canal, las calles vecinas, los bulevares exteriores. También por todas partes pululaba una multitud innumerable de la que, en zumbidos de ira, brotaban imprecaciones, maldiciones contra el Poder.

Detrás de los coches fúnebres, que desaparecieron bajo montones de coronas, después de las familias, después de las delegaciones, tomó su lugar esta enorme masa. Y la manifestación se puso en marcha. Era un diluvio humano que fluía, creciendo en todas las encrucijadas con nuevos flujos. Sobre este océano de cabezas, del que sólo surgían las manchas rojas y negras de pendones y banderas, resonaban, como truenos, los aullidos del odio, los gritos de venganza.

Esto concordaba poco con el optimismo del gobierno. La pasión de la lucha, el ardor de la rebeldía que, por el momento, exteriorizaban trescientos mil pechos en

eyaculaciones airadas, ¿no iba a estallar formidablemente, si un susto, un incidente, si le daban pretexto?

Era tanto más temible en los barrios. Cruzado para llegar al cementerio de Pantin, se sentía el corazón del arrabal latir al unísono con el de la misa que seguía la procesión. En todas las ventanas, grupos de personas saludaban, respondiendo al clamor de la multitud con gritos de venganza.

Y cuando, después de una pausa repentina, en un ritmo grandioso, las estrofas estruendosas de la Internacional barrían la interminable manifestación, uno tenía la sensación de que la canción se estaba convirtiendo en acción, que la "lucha final" que anunciaba no era para mañana, sino para hoy, para ahora... Entonces, sobre este océano humano pasó el estremecimiento de emociones decisivas; todos estaban conmocionados hasta el centro de su médula.

Pero ningún obstáculo dificultó la marcha, siendo cada vez más invisibles el ejército y la policía, la manifestación siguió su camino, arrastrando sus tumultuosas olas hasta el cementerio.

Allí, al borde de los fosos, breves y vigorosos fueron los discursos. Nadie pensó en frasear. Y además, más allá de los pocos miles de oyentes que podían escuchar, se amontonaban multitudes que ni siquiera el susurro de las

palabras podía alcanzar. En exclamaciones que brotaron en sollozos, en términos entrecortados puntuados por puños en alto, uno tras otro, los oradores concluyeron con un juramento que, bajo el cielo bajo y gris, reverberó en violentas aprobaciones: la huelga no tendría fin. El gobierno había capitulado, confesó su crimen, protegió a los asesinos de las víctimas lloradas por el pueblo.

Ahora la marea volvía a fluir sobre París, como la marea creciente que, en un día tormentoso, golpea la costa. En oleadas colosales, los grupos avanzaban, siempre estremecidos, siempre en tensión de rebeldía.

Las autoridades cometieron el error de pasar de la reserva extrema a la confianza provocadora; se apartaron de la prudencia que habían observado hasta entonces y pensaron en medidas que exasperaran a los manifestantes.

En lugar de seguir oculta, invisible, la fuerza armada, flanqueada por policías, recibió la orden de bloquear las carreteras, de defender el acceso a ciertas carreteras, de encauzar a la multitud en su regreso a París, a modo que cortarla, romperla.

En cualquier otro momento, esta maniobra de dispersión y cambio habría sido aceptada sin demasiadas protestas. En la actualidad, no podía ser así, el nerviosismo y la excitación de los manifestantes había alcanzado demasiada agudeza. Esta masa era tan profunda, tan compacta; estaba animada

por tal fuerza de impulso que era una locura pretender dispersarla o simplemente contenerla. Las barreras que se le oponían fueron rotas, cruzadas.

La multitud avanzaba en filas tan apretadas que les era imposible retroceder, aunque hubieran querido. Avanzando hacia el frente, con impetuosidad irresistible: como una cuña formidable, se hundió en la masa armada y las tropas tuvieron que ceder bajo su presión. La infantería rompía filas con tanta más facilidad cuanto que la monotonía que se les imponía empezaba a disgustarles, y sólo obedecían con desgana e indolencia. En cuanto a la caballería, ¡fue paralizada por la avalancha humana, rodeada, sumergida!...

Pero cuando los manifestantes que, frente a los soldados, habían mostrado moderación, se encontraron con los sargents de ville, cargaron furiosamente.

¡Toda la ira se condensó en la policía! ¡En ella querían vengar el asesinato de aquellos a quienes acababan de conducir al campo de descanso! ¡Era ella la que siempre se encontraba en su camino!... Entonces, contra ella comenzó la lucha con rabia y los revólveres, en los que desde la mañana estaban las manos apretadas, salieron de los bolsillos.

Los caciques entendieron un poco tarde que había que dejar pasar el huracán.

Estas luchas, por animadas y violentas que fueran, no fueron más que un incidente, lo que subraya la gravedad de este hecho, por lo demás considerable: la acentuación de la huelga.

Las esperanzas acariciadas por el gobierno se derrumbaron; el final del día no estuvo marcado, no por la relajación que él esperaba, sino por un recrudecimiento de los paros laborales.

Por la noche se celebraron numerosas reuniones. Cada sindicato había convocado a sus miembros a reuniones especiales, con el fin de deliberar sobre la situación, examinar los alcances del movimiento y asesorar sobre la actitud que debía observarse.

Las más importantes de estas reuniones fueron las que mantuvieron los trabajadores de las distintas redes ferroviarias; por carteros y telegrafistas y también por las diversas categorías de trabajadores municipales.

Las reuniones del personal de los ferrocarriles, donde predominaban los trabajadores de tracción, decidieron que la huelga, que entre ellos aún no se había generalizado por vacilaciones y dudas lamentables, debía continuar y hacerlo hasta sus últimas consecuencias. Se tomaron medidas para que el movimiento no quedara confinado al radio parisino, que se extendiera de un extremo al otro de las redes y para

que la salida y circulación de los trenes se impidiera en la medida de lo posible.

En las asambleas del PTT circuló una noticia que estimuló a todos los que pudieran estar indecisos: se supo que el gobierno, apenas suspendido temporalmente el servicio, había considerado recurrir a medidas coercitivas. Esta amenaza fue respondida con decisiones categóricas: el cese de labores, que sólo tenía carácter temporal, se transformó en una acción de huelga. Acordado esto, se prestó atención inmediata a las precauciones necesarias para hacer ineficaz cualquier esfuerzo por restaurar los servicios, ya sea con la ayuda de esquirols, ya sea gracias a la mano de obra militar.

Las resoluciones tomadas por los trabajadores municipales no fueron menos enérgicas, aunque de un orden más particular: todos se declararon a favor de una huelga indefinida y sin duración determinada. Sólo, según las categorías, se confirmó la táctica de boicot que ya había recibido un inicio de aplicación. Con esta lista negra, los barrios burgueses se verían afectados sin restricciones, mientras que los barrios obreros se aligerarían un poco y no sufrirían todos los inconvenientes de la huelga.

Estas deliberaciones invalidaron el optimismo de los líderes. Habían calculado que, en los grandes servicios públicos, se reanudaría el trabajo después de un paro de veinticuatro horas. Por el contrario, los trabajadores de

estos servicios se asociaron completamente con sus compañeros.

Cuando, en las múltiples reuniones celebradas por los distintos sindicatos, se conocieron estas decisiones, los saludaron con vítores frenéticos. En todas, además, se tomaron resoluciones del mismo orden. En total se acordó continuar con el paro total, persistir en la lucha hasta dar satisfacción al pueblo afligido.

La satisfacción exigida ya no se limitaba a una simple capitulación del gobierno, cuyo alcance, si lo pensamos bien, habría sido sobre todo moral. Al paro solidario se le injertó el paro de protesta, para ser más exactos: el paro social.

En estas reuniones, donde se elaboraban las acciones del futuro, se hablaban palabras graves. Mientras unos recordaban y reexponían las numerosas demandas, hasta entonces presentadas sin éxito, y añadían que era el momento propicio para formularlas nuevamente, otros iban más allá: proclamaban la capacidad administrativa de la clase obrera, afirmando que la hora psicológica estaba cerca y que era necesario, desde ya, prever el peligro de la decadencia capitalista.

En los hornos de las reuniones, donde se recalentaban los cerebros y donde, en la llama de la realidad, surgían y se depuraban las ideas, junto a los tímidos que vacilaban sin

cesar, había gente impaciente exasperada por la lentitud de los acontecimientos. Estos encontraron los pasos demasiado cortos; soñaban con doblar los escenarios. En su ardor sobreexcitado, castigaban a los que mostraban alguna indecisión o desgana, mostrándoles que en las presentes circunstancias lo mejor que se podía hacer era actuar con rapidez.

De este choque de ideas, de este mestizaje de proyectos: tesis de la organización del combate y de la resistencia, tesis de la lucha por las reivindicaciones restringidas y fragmentadas, tesis de la extensión revolucionaria de la huelga y la necesidad de su conclusión expropiatoria, de todo esto emergió una amalgama que constituyó una nueva fase del conflicto.

El pueblo daba un paso adelante en el camino de la revolución: el período de las huelgas solidarias y puramente defensivas llegaba a su fin, y se veían los primeros rayos de la huelga ofensiva, cuyos dardos de fuego iluminaban el horizonte con destellos de luz y fuego

Lo que hizo más formidable este fermento de revuelta fue que la efervescencia no se limitó a París: las provincias sintonizaron con ella; no tenía más lecciones de revolucionarismo que sacar de la capital, no esperó su señal para la acción: la agitación no era menor allí.

VI. LA SITUACIÓN DEL GOBIERNO

El gobierno no permaneció inactivo. Tenía en el corazón irritar la huelga, compensar la suspensión del trabajo y, sobre todo, tranquilizar a la burguesía, abrumada por el pánico de los grandes días. Una preocupación lo perseguía: dar la impresión de que la vida económica no estaba bloqueada, que el círculo social sólo se ralentizaba y no se suspendía.

Pensó que era la mejor manera de curar a las clases altas del miedo que se apoderaba de ellas. Por eso, a pesar de que sus alarmas se encendían con el vivo clamor de la capital, procuró enmascarar la huelga reemplazando a los huelguistas por militares, en las industrias o funciones de primera necesidad.

Tan pronto como, en un punto, se había señalado la paralización del trabajo, se envió allí un equipo de soldados.

Así, escuadrones de soldados iban a las panaderías para amasar en el lugar de los panaderos. Solo que, en muchos casos, se vieron impedidos de trabajar por diversas razones, consecuencias de las precauciones tomadas por los huelguistas antes de abandonar el trabajo: o los equipos no estaban en buenas condiciones, o los hornos no funcionaban o funcionaban mal. Estos inconvenientes se obviaron, más para mal que para bien, mediante el uso de hornos militares.

En las obras eléctricas, las tropas de ingenieros, aunque familiarizadas desde hacía tiempo con el trabajo que se esperaba de ellas, no habían podido volver a poner en servicio las dinamos. Los huelguistas habían tomado sus medidas preventivas tan hábilmente que nada iba bien.

Para enfrentar la huelga del personal de correos y telégrafos, así como de los ferrocarriles, el gobierno pensó en la movilización. Por decreto circunstancial, todos los que estuviesen inscritos en los registros del ejército serían convocados y su negativa a atender el llamado los haría pasibles de consejo de guerra.

Pero, tras el examen, tuvo que afrontar los hechos y reconocer que en el punto en que se encontraban los hechos, esta citación no surtiría efecto. Renunciando a esta operación, que hubiera sido simplemente ridícula, intentó restablecer las comunicaciones por medios militares.

Se movilizaron soldados para mantener los trenes en marcha. Pero, allí como en otros lugares, se habían hecho arreglos especiales: las partes esenciales de las locomotoras habían sido desmanteladas y escondidas; por otro lado, para dificultar la salida de los galpones donde estaban almacenadas, se había vertido yeso o cemento en las agujas, impidiendo que funcionaran. El mismo proceso mantuvo los vagones en sus apartaderos.

Además, antes de salir del trabajo, los ferroviarios habían llevado sus trenes a las estaciones y los habían dejado en las vías, después de haberlos inmovilizado gravemente.

Este amontonamiento, en los puntos de gran circulación, de la multitud de carros que suelen estar en camino, produjo una acumulación inextricable. Los trenes de pasajeros, y especialmente los trenes de carga, eran en tal cantidad que las estaciones estaban atestadas de ellos. La congestión era tan grande y tan completa que las maniobras, así como la continuación del tráfico, se hacían imposibles.

Además, en las líneas, todos los discos habían sido puestos en la señal de alto; este bloqueo sistemático, al mismo tiempo que paralizaba el tráfico, tenía la ventaja de hacer imposible cualquier accidente. En efecto, los trenes que podíamos arriesgarnos a lanzar tenían que avanzar sólo con extrema lentitud, obligando la más simple prudencia a los

mecánicos a ir sólo a baja velocidad, porque no sabían si la vía estaba libre o no. Además, en muchos puntos se habían colocado ingeniosamente petardos para que, en caso de que continuara el tráfico, su explosión aumentara la confusión.

Esta inmovilización del servicio ferroviario había sido facilitada en gran medida por la adhesión de los señaleros a la huelga. Fue una competencia invaluable, porque solo los señaleros son maestros del tráfico.

Por estas medidas, y otras que tendían a los mismos resultados, la puesta en marcha de los trenes se había vuelto casi imposible, y además inútil... al menos para los viajeros. De hecho, en el caso de los trenes. De haber funcionado, habrían conducido vacíos, el miedo a los accidentes paralizando a los más atrevidos.

La detención de los ferrocarriles implicaba la detención del servicio de correos, aun suponiendo que los carteros ambulantes hubieran continuado trabajando; a fortiori, la huelga de estos últimos lo obstaculizó por completo. Para compensar esto, se recurrió a los soldados: la huelga de los trabajadores de correos se paró organizando un servicio en automóvil.

El gobierno buscaba ante todo, en estas circunstancias, salvar las apariencias, tratando de ocultar su impotencia.

Porque este servicio no dio, ni podía dar, los resultados que se esperaban de él.

Esta organización era demasiado imperfecta y también demasiado lenta, porque, en su recorrido, una de las menores molestias para los carteros automovilistas, era el encuentro, en la carretera, con señales de desaceleración para automóviles, mientras que ningún accidente del terreno justificaba la presencia. Los conductores, que eran soldados con poco conocimiento de las carreteras, solo avanzaban vacilantes y a un ritmo moderado. Por otro lado, al atravesar regiones en huelga, más de una vez se les pidió que no siguieran su camino y se les confiscaron las máquinas.

El desorden fue aún más completo para el servicio de telégrafos. En las oficinas de París, su suspensión fue absoluta. Para imposibilitar cualquier trabajo, los cables habían sido revueltos o cortados con tanta más minuciosidad cuanto que los paros anteriores habían dado experiencia al personal del PTT.

En primer lugar, las personas en altos cargos no se habían visto demasiado afectadas por el aislamiento telegráfico y telefónico. Se pensó en remediar esto a través de servicios militares de telegrafía y telefonía inalámbrica.

En este punto, nuevamente, la decepción fue grande. Entre los huelguistas había hombres de gran competencia

científica para quienes era un juego hacer imposibles las comunicaciones aéreas. Se instalaron en una fábrica situada en lo alto y al resguardo de las indiscreciones; teniendo a su disposición unos cuarenta caballos de fuerza y una excelente dínamo, erigieron antenas –con cuidado de no llamar la atención– y enviaban a la atmósfera ondas irritantes que perturbaban y confundían las señales emitidas por los cargos gubernamentales.

Así, la huelga de armas y de cerebros se combinó con la huelga de máquinas, de equipos.

Y este fenómeno no se restringió a las corporaciones mencionadas anteriormente: en la mayoría, las herramientas habían sido inmovilizadas voluntariamente, de tal forma que quedarían inutilizables hasta que los huelguistas volvieran a trabajar.

Al tomar estas medidas de protección, los trabajadores no habían obedecido a un motivo mezquino, bajo, estúpido: no habían tenido el deseo de destrucción, de placer. ¡No! Su objeto había sido aconsejar sobre las precauciones que juzgaban ineludibles; muy probablemente hasta los más refinados habían experimentado cierta tristeza al recurrir a tales extremos. Pero habían decidido hacerlo porque estaban convencidos de que al inmovilizar los equipos industriales salvarían vidas humanas.

Deseando amargamente el fin, el triunfo de la huelga, tuvieron la audacia de no repudiar ningún medio que pudiera acercarlos a la meta. Sabían que eran una minoría –lo suficientemente grande como para derrotar a la minoría propietaria y gubernamental– siempre que una parte del pueblo no prestara su apoyo a esta última minoría. Para que fueran los más fuertes era necesaria una condición: que la masa, cuyo peso de inercia siempre se ha apoyado del lado de los triunfantes, se pusiera en la simple imposibilidad de dar al enemigo el apoyo de su fuerza inconsciente.

Este resultado lo obtuvieron doblando el golpe de los brazos y el cerebro al de las máquinas y el material. Quitando de parte del pueblo, aún demasiado sumiso a los poderes capitalistas, la herramienta de las manos; paralizando la máquina que fecundó con su esfuerzo; Al impedir que esta masa de ovejas hiciera un pacto con el enemigo común y traicionase a sus amigos al reanudar el trabajo a destiempo, los revolucionarios demostraron clarividencia.

Por eso tuvieron la audacia que era apropiada y necesaria.

Frente a esta táctica, que no era más que la implementación lógica de la huelga general, el ejército se mostró impotente. Si hubiera sido apta para algo, apta para remediar la huelga de máquinas y herramientas, apta para realizar todo el trabajo necesario, no podría haber sido

aplicada a todo y en todas partes. Había una razón perentoria para su impotencia: era demasiado pequeña.

A pesar de la buena voluntad del gobierno para intervenir, se le impidió volcar todo su ejército en trabajos industriales y funciones públicas. ¡Este no era inagotable! ¡Tenía que quedarse con una fracción para la defensa capitalista!

Los soldados se habían transformado en panaderos, electricistas, gasistas, ferroviarios, telegrafistas, carteros, barrenderos, etc... ¡Todavía era insuficiente! Docenas de otros oficios habían cesado el trabajo al que la compañías no podía hacer frente.

En número considerable, las tropas se dispersaron para proteger obras de construcción, fábricas, almacenes, tuberías, vías férreas, monumentos públicos... ¡Todavía había miles y miles de hombres, separados de la producción real y separados de su función guerrera! El ejército comprendía aproximadamente, en tiempos normales, 600.000 soldados repartidos en los cuarteles de Francia... Sin embargo, en la actualidad, ¡sólo en París, había más de 600.000 huelguistas!

La impotencia numérica del ejército, para hacer frente a la huelga general, fue tanto más actual cuanto que el levantamiento revolucionario no se limitó a París. En consecuencia, el gobierno apenas tenía más que tropas acantonadas en la capital, o dentro de su radio, para

asegurar allí la represión. Había dos razones para esto: no podía vaciar la provincia, estando allí también "la orden" en gran peligro, y, por otro lado, no podía mover los regimientos de sus centros de guarnición a su antojo.

¡Había tratado de traer las tropas del este a París, y la operación había producido resultados lamentables!

Se organizaron trenes militares que, a pesar de la huelga, intentaron ponerse en marcha. ¡No llegaron muy lejos! Estos convoyes fueron bloqueados en campo abierto, detenidos por el bloqueo de los rieles o la destrucción de puentes o túneles.

Tropas fiables, que los ministros lamentaban no tener a mano –y que habrían reprimido al pueblo con una furia despiadada– eran las tropas argelinas, formadas por el reclutamiento de árabes, sometidos en adelante, como hijos de la metrópoli, al impuesto de sangre. ¡Habrían sido buenos brutos para soltar en París! Estos soldados no se habrían molestado con escrúpulos y habrían saboreado la alegría de vengar su raza de los parias de Francia... ¡Pero, no se podía contar con ellos! Estaban acuartelados en Argelia. Si hubieran logrado embarcarlos, habría sido difícil desembarcarlos en Marsella o en otro puerto, y más difícil aún llevarlos a París.

Así, apenas iniciada la guerra social, el ejército, único baluarte del capitalismo, se vio desbordado. Los líderes se

vieron obligados a enfrentar los hechos: eran muy pocos para cumplir con eficacia las múltiples tareas para las que estaban destinados.

A esta insuficiencia numérica del ejército se unió una impotencia moral aún más peligrosa para el poder: dudó de la justicia de su función y resbaló en una pendiente en cuyo final no se veía sino la desintegración.

La propaganda antimilitarista fue la causa inicial de esta depresión. Con ardor incansable, implacable, los antimilitaristas trabajaron para quebrantar la fuerza compresiva del ejército, evocando todo lo odioso del trabajo que se le exigía.

Estos síntomas, que eran malos augurios para la sociedad capitalista, fueron superficialmente percibidos por el gobierno. Hipnotizado por el prestigio de una centralización que le devolviera todo el control, se creía sólido e inquebrantable, como una roca. Además, sólo pensaba en reprimir la huelga. En ningún momento se había molestado en examinar las quejas formuladas por las organizaciones sindicales, para depurar las responsabilidades en que incurrió en los trágicos hechos del domingo.

Hacer caso al ultimátum de los huelguistas, tenerlo en cuenta, habría sido, afirmó, abandonar la dignidad, pactar con la revuelta. Por ello, encubrió a sus subalternos y, lejos de investigar sus acciones, combinó operativos policiales y

judiciales que consideró efectivos para decapitar al movimiento y desarmarlo.

No se innovó. Operaron de acuerdo con la tradición de los gobiernos duros. Se inició la acusación y, en nombre de la razón de Estado, se ordenó realizar una gran redada a los militantes destacados, secretarios de organizaciones y miembros de los comités.

La ejecución de este vasto barrido se había programado para el jueves. Se había elegido este día porque esperaban que en ese momento se produjera un relajamiento y también porque no se habían atrevido a hacer estas detenciones antes del entierro, por miedo a aumentar la excitación.

La operación no tuvo el éxito esperado. El secreto no se guardó y, por canales desconocidos, llegó a conocimiento de los interesados. Muchos de los amenazados de arresto tomaron precauciones; se pusieron a cubierto y la policía ahuyentó a la mayoría de ellos cuando aparecieron.

Fue un fracaso del gobierno. El golpe se perdió y no tuvo el efecto desmoralizador esperado en la gente. Pero las medidas represivas se redoblaron. Además, no se había producido la relajación esperada por los estrategas ministeriales; por el contrario, hubo una extensión y aceleración de la huelga.

Cabe añadir que el poder fue privado de un medio de acción que, hasta entonces, le había sido de gran ayuda: la prensa diaria.

Ciertamente, era un hastío estar privado de noticias, pero la gente ganaba con volver a ser ellos mismos, con pensar por sí mismos: privados de periódicos, seguían sus impulsos, reflexionaban y decidían según sus propios razonamientos, habitualmente influidos por las habladurías de las grandes sábanas capitalistas.

Y eso era malo para el gobierno: al no tener ya a su disposición esa formidable palanca que era la prensa, ya no podía propagar sus amenazas y sus mentiras. Como resultado, se estableció un equilibrio entre él y los grupos populares, en beneficio de estos últimos. Hasta entonces, las organizaciones sindicales contaban con medios de publicidad bastante rudimentarios, consistentes en volantes, manifiestos, carteles, pequeños periódicos. Sin embargo, les quedó abierto, a pesar de la huelga, recurrir a estos medios que les permitieron –con el periódico *CGT* que apareció puntualmente– neutralizar los rumores alarmistas de la opinión pública.

Así, por la misma lógica de la huelga, el gobierno se vio disminuido, moral y materialmente.

Para realzar su prestigio, se lanzó más escandalosamente al camino de la represión y redobló su violencia. Sólo logró

hacerse más impopular, hacerse despreciar y execrar aún más, y arrastrar a la reprobación y al odio que envolvía al régimen capitalista del que era la expresión combativa.

VII. COMIENZA EL ATAQUE OFENSIVO

Ahora, ya no había esperanza de que la crisis se atenuase, ni se evitase, gracias a paliativos o a medias tintas. Cualquier conciliación se ha vuelto imposible. La guerra de clases está declarada y promete ser feroz, implacable. Los enemigos están cara a cara y no cabe esperar paz, sino cuando uno de los dos adversarios sea derribado, aplastado, aplastado.

La clase obrera no abrió fuego contra la Burguesía a cañonazos. La combatió por un acto formidable y simple: cruzando los brazos. Ahora bien, apenas se ha esbozado este gesto que aquí está el capitalismo sacudido por los espasmos sintomáticos de la agonía. Esta es la prueba de que ocurre con el cuerpo social como con el cuerpo humano: cualquier interrupción del funcionamiento, de la circulación, es perjudicial para él.

¡Un feliz augurio para los generalistas de la huelga! es el estímulo para perseverar, la certeza del triunfo cercano...

Mientras los trabajadores sacaban entusiasmo y consuelo de los acontecimientos que se desarrollaban, los privilegiados solo encontraron emociones de orden opuesto: su pánico alcanzó proporciones asombrosas.

Desde las primeras convulsiones revolucionarias, un pánico irracional se había apoderado de la minoría parásita cuya vida, artificial y superficial, estaba hecha de esnobismo y preocupaciones pueriles, estúpidas, lujuriosas. Estos inútiles quedaron inmediatamente impotentes, descentrados, colapsados. El miedo de la gente les dio un poco de muerte.

En los barrios aristocráticos hubo una estampida enloquecida y una huida desesperada. El fin de carrera creía que había llegado el fin del mundo. Abandonaron sus residencias principescas y muchos huyeron para esconderse en apartamentos provincianos donde, ingenuamente, se creyeron resguardados de la tormenta.

También había un vacío en los grandes caravasares internacionales, en los hoteles suntuosos, en los restaurantes selectos, en todos los lugares –malos y no– donde acudían distinguidos extranjeros, donde holgazaneaban la alta sociedad y los peces gordos.

La burguesía media, que vivía del parasitismo, los mercaderes y proveedores de lujo, no estaba menos afectada que ellos. Se lamentaba de las dificultades de la vida y, sobre todo, lloraba por el desplome de los negocios, calculando el lucro cesante provocado por la huelga.

En la Bolsa de Valores, fue primero el ajetreo y el bullicio de los días de krak. Los precios se desplomaron con una velocidad tanto más salvaje cuanto más escasa era la multitud de financieros, jugadores, buitres y caimanes. Los traficantes tenaces y obstinados, que acariciaban el sueño de arrebatarse millones en el desplome de los ingresos, estaban firmes en el puesto, aunque su ansiedad se abrió paso al golpe de una garganta menos trompeteante: las voces enronquecieron, los gritos se hicieron más fuertes y ensordecidos.

Sin embargo, en el mundo de los propietarios, la gente de las finanzas causó relativamente menos mala impresión. Más acostumbrados a los golpes repentinos del destino, curtidos por ascensos fantásticos y derrumbes rápidos, tuvieron la intuición de olfatear el beneficio que se puede obtener en un desastre. En las presentes circunstancias, la fiebre del terror los vencía con menos facilidad: sabían jactarse ante un peligro y tratar de hacerle frente. Por eso, los grandes amos de los establecimientos financieros, dispensadores de crédito y reguladores de la circulación del

oro, esa sangre de la sociedad capitalista, se pusieron a disposición del gobierno, decididos a hacer sacrificios, a ayudar de cualquier manera.

Algunos, todavía, entre los burgueses, conservaron su lucidez mental, no tenían un alma débil y temerosa y estaban listos para defenderse. Éstos debían esta primavera a la nueva educación que, al exaltar la cultura física, al orientarlos hacia la práctica de los deportes, los había dotado de músculos. Al conducir, al enamorarse de la aviación, habían adquirido el espíritu de decisión, un desprecio por el peligro y una energía que no se asustaba ante la menor colisión. Se compararon con los proletarios, se vieron tan musculosos como los mejor formados entre ellos, y se atrevieron a hacerles frente. Era comprensible su actitud, aunque un poco jactanciosa: defendiendo su clase, sus privilegios, trataban de conservar su posición; lucharon para que su vida de placer y ociosidad durara.

Los clubes y círculos, de los que formaban parte estos temperamentales burgueses, deliberaron y acordaron llegar a un acuerdo con el gobierno, ofreciéndose a constituirse en cuerpos de burgueses libres que lucharían contra el pueblo.

El gobierno se estremeció ante la propuesta; temía que este ofrecimiento escondiera una maniobra de los partidos dinásticos cuyas competencias y esperanzas se despertaban, y para no dar cierto alivio a sus partidarios, no

aceptó este proyecto. Tenía una segunda razón para declinar esta oferta: temía que su aceptación denotara una seriedad del momento, que no quería dar a entender. Agradeció, prolijo en palabras de consuelo, afirmando que el ejército sería suficiente para superar la crisis.

Esta confianza que fingía y quería compartir, los acontecimientos la desmentían brutalmente. En vano el ejército acampó en París, patrullándola furiosamente y esforzándose por suplantar a los huelguistas, el resultado no correspondió al esfuerzo –estalló la huelga, cada vez más impetuosa. Y el nerviosismo ambiental, que no hizo más que crecer, se acentuó ante la falta de noticias. Circulaban rumores inquietantes y crecía la ansiedad y la angustia ante estos chismes que difícilmente era posible verificar.

Los periódicos aparecían menos que nunca. Los más poderosos, por medios económicos, lograron sacar a duras penas hojas rudimentarias e intermitentes.

La ciudad había perdido su decoración de lujo y alegría. Ya no era la ajetreada ciudad comercial y manufacturera. Adquirió la pátina de la necrópolis, y también tenía sus indicios. Los estremecimientos que la animaban evocaban el hormigueo de una descomposición interna. La ocupación militar, que le dio ciertos aspectos de campamento, no borró esta impresión de cosa moribunda. Sus calles estaban lúgubres y vacías. No había tráfico salvo en las vías

principales, por donde paseaba una variopinta multitud de obreros y empleados ociosos, burgueses desconcertados.

Las idas y venidas de automóviles se redujeron excesivamente: unos pocos coches de punto, la mayoría conducidos por cocheros que, en tiempos normales, merodeaban de noche por las estaciones y las inmediaciones de los establecimientos de recreo; algunos coches que tenían al volante, no profesionales, sino aficionados, jóvenes burgueses robustos que, orgullosos de sus bíceps, lucían sus cráneos.

La mayoría de las tiendas habían bajado sus frentes; Las excepciones eran los cafés y las vinotecas, que permanecían semiabiertos, donde los propietarios y el personal familiar prestaban servicio.

La vida, reducida a las necesidades materiales, se hizo cada vez más dolorosa. Las dificultades de suministro iban en aumento. A pesar de sus esfuerzos, el gobierno no pudo garantizar el suministro.

En los primeros días, todos los que tenían los medios, se habían precipitado a los almacenes de víveres, constituyendo reservas alimenticias. Sólo que, si la población burguesa había logrado abastecerse de provisiones, había pocos entre el pueblo que, más o menos, hubieran tenido posibilidades de llegar a poder hacerlo.

Muchos trabajadores, que no tenían más recursos que su salario, habían sido tomados por sorpresa. Trabajando duro, apenas podían llegar a fin de mes. ¿Con qué, cuando llegó la huelga, habrían comprado víveres?, y ahora que sus salarios estaban eclipsados, ahora que los alimentos más escasos se iban a vender a precios excesivos, ¿cómo se las arreglarían?... Si se quedaban con los brazos cruzados, no aparecería ninguna otra perspectiva, excepto, a corto plazo, la angustia, el hambre.

Al menos tan mal como estaban los compañeros, durante mucho tiempo en conflicto con sus jefes y que, ya, sobrevivían sólo gracias a la ayuda sindical, gracias a las cocinas colectivas.

Era imposible para los sindicatos, con los recursos de sus fondos, proporcionar, aunque fuera por muy poco tiempo, alimentos a los huelguistas, que en adelante se contarían por miles y miles.

Y entonces, ¿no era de temer que ambos, huelguistas de ayer y huelguistas de hoy, atormentados por el hambre, se vieran obligados a la cruel obligación de retomar el camino de la fábrica, del taller?

Entonces, ¿no había que contar con otros aún más lamentables, más horriblemente infelices: los huelguistas perpetuos, los desempleados? Multitudes al final de todo, lamentables naufragios. Habiéndose tragado sus últimas

pertenencias en el Mont-de-Piété, estos miserables vegetaban, viviendo no se sabe cómo, o mejor, muriendo lentamente. Ahora bien, ¿la esperanza de comer no iba a poner a trabajar estas reservas de carne contra los huelguistas?

Y entonces, ¿no correría el riesgo de derivar la guerra de clases en una guerra fratricida: pobres diablos contra pobres diablos: desempleados contra huelguistas?

Esto significa que la cuestión de la comida dominó todo. Ella era el enigma de la nueva esfinge. Si el proletariado encontraba la solución, se le abría el camino, ancho y hermoso, si no, ¡sería devorado!... ¡Volvería a caer bajo el yugo, más pesado que nunca!

Tan pronto como se declaró la huelga, las grandes cooperativas de consumo se habían puesto en condiciones de suministrar pan, no sólo a sus miembros, sino también a los no cooperadores.

Era bastante obvio que, mientras el mecanismo comercial mantenía en jaque a estas cooperativas, sólo podían proceder a distribuciones gratuitas de pan y de los alimentos que tenían, en una proporción demasiado modesta. Incluso hay que añadir que si hubieran podido hacer más, todavía habría sido insuficiente para saciar a tan enorme multitud.

En esta hora psicológica, que iba a decidir el futuro del movimiento, el pueblo tuvo la intuición de las necesidades ineludibles. ¿Era un simple instinto de conservación o una reminiscencia de las teorías sociales que se habían sembrado en el cerebro de las personas, dormitando allí y floreciendo de repente allí, en el momento fatídico?

En todo caso, se produjeron en la clase obrera los mismos fenómenos de inspiración espontánea y fructífera audacia que marcaron los albores de la revolución de 1789 a 1793. Esta revolución, cuyas aspiraciones políticas han sido sobre todo exaltadas, se ilustró con actos que denotaron profundas tendencias sociales. Antes de preocuparse por la forma de gobierno, el pueblo pensaba en vivir y atacó a los ricos, a los acaparadores. En las ciudades, en el campo, incalculables fueron los levantamientos sociales: aquí, las bandas asaltaron los almacenes de maíz y se repartieron las provisiones que allí había; allí, otras bandas se apoderaron de la harina, la llevaron al panadero y, hecha la cocción, procedieron a la distribución del pan; en otros lugares, la multitud exigía que, en el mercado, las provisiones se vendieran a bajo precio, para que todos pudieran abastecerse. En todas partes, el primer motivo del movimiento fue el pan, luego, llegado el entrenamiento, los rebeldes saquearon las casas de los recaudadores de impuestos, saquearon los castillos, quemaron los papeles sobre derechos feudales, impuestos...

Idéntico estado de ánimo se reveló en la clase obrera, con la proclamación de la huelga general; sobre los desdichados desempleados, hasta entonces tan débiles, tan incapaces de energía, pasó un soplo de rebelión. No pensaron en reemplazar a los huelguistas, ¡pensaron en vivir! Ellos, y toda la gente temeraria que el día anterior, agachados, trabajando sin esperanza, vislumbraron la salvación, escapar de la miseria. En ellos brotaron las mismas preocupaciones que despertaron al pueblo de 1789: ¡asegurar el pan, la subsistencia!

Se formaron bandas que ¡aquí, allá, por todas partes! atacaron panaderías, tiendas de comestibles, carnicerías. Los comerciantes agraviados que, naturalmente, recriminaban a los rebeldes con soberbia flema firmaban bonos de requisición que, aseguraban, serían reembolsados en la Bolsa de Trabajo. Tras lo cual, se procedió a la distribución gratuita.

Contra estas bandas, que aparecieron inesperadamente, operando en puntos distantes, sin que nada hubiera dado la alarma, se lanzó la policía, la tropa. ¡Vana intervención! La fuerza armada a menudo llegaba demasiado tarde. Pero en las raras ocasiones en que se dispuso a dispersar a los saqueadores, no encontró resistencia. La banda donde junto a los hombres estaban las mujeres, los niños, se dejaban dispersar sin esfuerzo. Los que se decidió prender siguieron

en rebelión, con tanta más despreocupación que, sabiendo que las prisiones estaban abarrotadas y desbordadas, pensaban hacer sólo una breve estancia en el puesto vecino. Tal pasividad en la revuelta dificultó el empleo de medios violentos contra estas bandas. Y es por eso que, por numerosas y siempre repetidas que fueran estas escenas de requisa, rara vez eran trágicas.

Esta no resistencia fue, además, sólo una táctica a la que la multitud recurrió en muchas ocasiones: tuvo la prudencia de rechazar batallas inútiles y peligrosas, que hubieran sido una hecatombe para ella. Pero cuando consideró oportuno retirarse, su retroceso no fue una estampida. Después de rendirse, esta misma multitud se volvía a formar en otro barrio, y todo tenía que comenzar de nuevo para las tropas del orden.

Además, las autoridades pudieron observar con qué rapidez se desvanecieron entre los trabajadores el respeto y el temor que habían inspirado.

Rápidamente se hizo imposible para los sargents de ville moverse solos. La cacería se hacía para ellos, hasta en las casas donde estaban domiciliados. Como, en su mayoría, vivían en barrios poblados, como se encontraban de puerta en puerta con los huelguistas, eran perseguidos, hostigados, sufrieron represalias. En la cantidad, había algunos que se habían sumado a falta de algo mejor, impulsados por la

necesidad. Estos no respondían al fuego sagrado y, cuando notaron que la profesión se volvía escabrosa, que había muchos golpes que recibir, descuidaron tomar su servicio y se escondieron para que nunca más se los viera. En cuanto a los demás –los celosos–, para escapar del resentimiento popular, pedían ser alojados en los puestos o encarcelados.

También se organizó, vigorosa, despiadada, la cacería de policías de todos los colores. Se abrieron rápidas investigaciones sobre los sospechosos, realizadas por su entorno, los vecinos, y se depuraron los barrios donde los trabajadores formaban el grueso de la población.

Por su parte, los grupos antimilitaristas redoblaron su audacia. Ya no limitaron su actividad a capitular las escuadras de soldados, las atrajeron a las reuniones, les pusieron como ejemplo a las Guardias francesas de 1789, a los infantes del 18 de marzo de 1871, y les animaron a adoptar una actitud similar. Más de una vez, incluso, les pasó a los antimilitaristas, pasar de la moral a la acción: desarmar centinelas o a todos los soldados de un puesto. Más de una vez, también, sucedió que estos últimos se dejaron maltratar suavemente y comenzaron a ser desarmados con complacencia benévola.

La inquietud del ejército y su depresión moral se acentuaron, agravadas por las deplorables condiciones materiales a que los sometió su campamento en París. Él

también sintió las repercusiones de la huelga: estaba mal abastecido, mal alimentado. Con eso, sobrecargado de trabajo pesado y obligado a librar una guerra que le resultaba cada vez más repugnante; también, el asco y el cansancio destrozaron toda la iniciativa en él.

En cuanto a las tropas movilizadas para hacer el trabajo de los huelguistas, se desempeñaron con debilidad e indiferencia. Los resultados fueron lamentables. Su trabajo fue poco más que un sabotaje inconsciente.

Por lo tanto, el ejército obedeció solo a regañadientes y se opuso a las tareas que se esperaban de él. Los jefes no se dejaron engañar, sintieron crecer el resentimiento y el descontento de la tropa; pero evitaron tomar medidas enérgicas, por temor a acentuar la erosión de la disciplina que observaban; trataban de animar a sus soldados arengándolos y animándolos, diciendo que los conducían a una gloriosa empresa.

Por lo tanto, este ejército, la única fuerza real a disposición del poder, amenazó con escabullirse. En él seguía latente el progreso de la prédica antimilitarista; pero un observador atento podía ver más profundamente y prever que al menor incidente –una instrucción más severa, una orden considerada rigurosa o excesiva– habría una revuelta.

Uno sentía a los soldados temblar, listos para devolver el golpe, más inclinados a hacer causa común con la gente que a marchar contra ellos.

VIII. REQUISICIÓN REVOLUCIONARIA

Los métodos incoherentes de requisición, que las bandas de desocupados utilizaron desde el inicio de la huelga, habían servido para orientar, pero resultaron insuficientes e inciertos. Fueron reemplazados, gracias a la iniciativa de las organizaciones sindicales, por un método racional de distribución que, aunque rudimentario, era medianamente satisfactorio.

Esta iniciativa era necesaria. Si los sindicatos (que afirmaban ser capaces de reorganizar la sociedad de abajo arriba) hubieran dejado solo al gobierno para supervisar el suministro, se habrían desacreditado rápidamente. Su incapacidad frente a la acción del gobierno habría prestigiado a éste y probado que no era tan inútil y nociva como pretendían sus detractores.

Los sindicatos, al tiempo que bloqueaban los esfuerzos por nutrir el poder, organizaban un sistema competitivo que, por informe que fuera, era superior. Esta superioridad, las tendencias comunistas la hicieron evidente: mientras el gobierno se ceñía necesariamente al sistema comercial, o a lo sumo daba caridad a los que carecían de dinero, los sindicatos practicaban una distribución igualitaria que se inspiraba en los principios de la solidaridad.

Su primer cuidado fue el de aglomerar a la masa aún no sindicalizada, pues raros eran los grupos que incluían, si no la unanimidad, sí la mayoría de los miembros de las corporaciones.

Hasta entonces, los sindicatos habían agrupado, salvo raras excepciones, sólo a los trabajadores de élite, que luchaban por la mejora general y hacían que los seres pasivos, los desorganizados, se beneficiaran de su esfuerzo.

Mientras soportaban, esta vez nuevamente, el peso de la lucha y mientras continuaban asumiendo la responsabilidad de la batalla en curso, la minoría activa hizo un llamado a los no sindicalizados; no los llamó al peligro, sino a la distribución.

Por lo tanto, los manifiestos aconsejaron a todos los trabajadores, que aún no estaban organizados, que debían registrarse en sus respectivos sindicatos, para poder participar, en igualdad de condiciones, en las distribuciones

de alimentos que debían realizarse a través de las organizaciones de trabajadores.

Estas distribuciones de alimentos no se hicieron con estricto rigor. Además de los miembros del sindicato se beneficiaron de él, intelectuales, comerciantes, artesanos. Estos seguían al margen de la organización sindical porque había sido, en el pasado, una organización de combate; pero iban a encontrar allí su lugar, ahora que se transformaría en un organismo social.

Los sindicatos de alimentos se constituyeron en comisiones de abastecimiento. Las reservas de las grandes casas comerciales, los almacenes, las tiendas mayoristas, fueron puestas a contribución y fue así que las cooperativas y los comedores comunistas –instalados en locales de restaurantes y vinotecas– pudieron hacer distribuciones parcialmente suficientes para el consumo.

Con el espíritu de solidaridad que animaba a los sindicatos, se pensó primero en los enfermos y se cuidó de reservarles los mejores cortes, la mejor carne del carnicero.

En los hospitales, los enfermos no sufrieron la huelga, habiendo permanecido en funciones el personal que los atendía. Pero es muy probable que, si no hubiera sido por la provisión de alimentos para ellos y el personal, la Asistencia Pública hubiera sido escasa.

Los panaderos habían sido los primeros en hacer huelga; también fueron, dado que el pan es la base de la dieta parisina, los primeros en volver al trabajo, pero en condiciones muy específicas. Acordaron volver a amasar, temporalmente, como antes, con los patronos que acordaron repartir el pan gratis a todos los que no pudieran pagarlo. Con los que no quisieron suscribir esta obligación, la huelga continuó; los que la aceptaban tenían la habilidad de alcanzar a los ricos, vendiéndoles el pan a un precio más alto.

Además, los trabajadores panaderos, en equipos que se sucedían sin interrupción, trabajaban en las cooperativas de consumo y en las panaderías obreras; además, se apoderaron de las grandes panaderías patronales, con amasadoras mecánicas, y fábricas de pan como la gran fábrica de pan de La Villette donde se podían cocer en veinticuatro horas unas cien mil hogazas de cuatro libras de peso. Para obtener la harina y el trigo necesarios para esta panificación intensiva, se organizaron expediciones para requisarlos de los muelles, así como de los graneros de La Villette y Grenelle.

Volvemos a ver representaciones como la que tuvo lugar en París el 13 de julio de 1789, tras el asalto a lo que entonces era el convento de Saint-Lazare –y que luego se convirtió en cárcel de la burguesía–.

Los asaltantes habían encontrado, en este convento, grano y harina en cantidad: decidieron transportar su botín a los mercados y, para ello, requisaron por la fuerza una cincuentena de carretas. Terminada la carga, la fila se puso en marcha, en un desfile exuberante, mientras los insurgentes desfilaban alrededor de los tanques, engalanados con oropeles prestados de la capilla del convento.

Sin la decoración, y con camiones de automóviles en lugar de las primitivas carretas, revivimos desfiles similares.

Incluso se revivió la tradición revolucionaria hasta tal punto que hubo, respecto a estos incidentes, la misma actitud, en ambos casos, de las fuerzas armadas: en 1789, la Guardia Francesa, acuartelada en el Faubourg Saint-Denis, se negó a molestarse cuando se les informó que el asalto se había producido en el convento de Saint-Lazare, objetando que no tenían órdenes y que no se entrometían en el trabajo de la policía; fue también la falta de órdenes lo que objetaron los puestos militares, para evitar intervenir, cuando se les informó que los generalistas de la huelga estaban robando los depósitos de trigo y harina.

En la mayoría de las circunstancias en las que se vio obligada a intervenir, la tropa cumplió las órdenes que se le dieron solo bajo coacción y, a menudo, con un murmullo, expresando así cuánto repelía las tareas con las que estaba

abrumada. Estos sentimientos, que los soldados ya no se molestaban en disimular, nacían de los contactos y relaciones que se habían establecido entre ellos y la población obrera en medio de la cual estaban acampados: se les pasaba pan, vino también, –porque el vino estaba siempre en abundancia!– y como los pobres diablos de los soldados estaban mal alimentados, e irregularmente, se alegraron de la ganancia inesperada.

Los sindicatos no sólo se preocuparon por garantizar un mínimo de alimentos para todos. Sus militantes más activos estaban obsesionados por la máxima, tan repetida por Blanqui: "Veinticuatro horas después de la revolución, el pueblo debe notar que es menos infeliz..." y esta máxima, intentaron llevarla a la práctica.

Estaban preocupados por la vivienda y la ropa. Alegramos a los desdichados que estaban en la mayor miseria; las personas sin hogar fueron buscadas y alojadas en las habitaciones vacías de los hoteles vecinos.

Los hoteleros, los comerciantes, un poco ofendidos, protestaron. Logramos convencerlos, gracias a la requisición de "bonos", que sí tomaron como una vaga garantía, pero que les daba derecho a participar en las distribuciones sindicales. A estos "bonos" se sumaron unos breves sermones sobre la solidaridad humana, cuyo reinado se anunciaba.

No todos los comerciantes, no todos los propietarios, estaban de un humor tan complaciente. Había algunos que eran intratables, reacios a aceptar invitados o someterse a solicitudes, y rechazaban los hipotéticos "bonos". Estos recalcitrantes corrieron a pedir ayuda y protección a la policía, a la tropa, y el resultado fueron peleas más o menos serias.

Así se intensificó la huelga. Al inmovilismo negativo de los primeros días, que se limitaba a la desintegración social, comenzó a sucederle el período de afirmación y reorganización.

Creció la actividad en la sede de la Confederación, en las Bolsas de Trabajo, en las federaciones corporativas y en los comités de huelga. Allí, de ahora en adelante, estaba la vida, una vida aún embrionaria, que estaba solo en su período de incubación, pero que, mañana, florecería en organismos vigorosos, ocupando el lugar de los organismos muertos.

Y, lo que reconfortaba, alegraba el corazón, era que, gracias a las medidas tomadas, la máxima de Blanqui iba camino de realizarse: los parias de la sociedad capitalista veían el amanecer de una nueva vida. ¡Ya algunos comían mejor que ayer y la atmósfera de miseria que los envolvía parecía menos pesada, menos espesa, menos negra!

IX. LA REBELIÓN DEL EJÉRCITO

El período de disolución social no podía continuar. El gobierno estaba ansioso por un resultado, porque la persistencia de la huelga, que fortalecía a los sindicatos, tenía para él efectos de creciente desintegración y agotamiento. El Estado se estaba desmantelando: todo se resquebrajaba; amputado de lo que había hecho su prestigio, los organismos vitales de la sociedad, se encontraron casi reducidos a los únicos organismos de represión: el poder judicial, las prisiones, la policía... También tenía el ejército, solo que la lealtad era cada vez más problemática.

Queriendo poner fin a la insurrección, las autoridades resolvieron declarar el estado de sitio. Tenían la aprobación del Parlamento. Era sólo una cuestión de forma. Las Cámaras eran sólo un residuo que sobrevivió; presas del

pánico, viendo todo rojo, podían, durante sus interminables sesiones, discutir, decidir, votar resoluciones y agendas, el interés estaba en otra parte. Ya no representaban nada. El parlamentarismo estaba muriendo.

Aunque resuelto en la cruenta obra de una implacable y feroz represión, el gobierno estaba perplejo. El movimiento revolucionario que quería aplastar era típico en que, al no estar centralizado, su dispersión hacía más difícil la operación. ¿Sobre qué puntos debía hacerse el esfuerzo decisivo? Ocupar militarmente la sede de la CGT, e incluso las Bolsas de Trabajo, difícilmente acercaría la solución. ¿Encarcelar a activistas clave, miembros de comités y comisiones? Lo había intentado antes, sin resultados apreciables. Los arrestos que había logrado provocar, ¡y eran muchos!, no habían interrumpido nada. Los miembros encarcelados habían sido reemplazados automáticamente –varias veces seguidas en ciertas organizaciones– sin que se produjera ni desintegración ni vacilación.

A raíz de estos actos de fuerza, para preparar su renovación, los Comités de Huelga habían tomado sus precauciones: se sentaban permanentemente en las salas de reuniones donde, día y noche, circulaban numerosos huelguistas.

Y luego, no estaban solo los comités para neutralizar, para aniquilar, también estaba la gente...

¿Dónde alcanzarlos? ¿Cómo golpearlos? Tuvieron la prudencia de no prestarse a la represión, supieron esconderse, hacerse impalpables, esquivos. Además, ¿con qué obligarlos? Para vencer su inercia, para traerlos de vuelta al trabajo, para volver a ponerlos bajo el yugo patronal, habría que ahogarlos en número... ¡Y el gobierno ya no tenía los números de su parte! Ya no tenía el ejército en sus manos. Peor aún, solo podía confiar a medias en los guardias municipales: en sus cuarteles, se susurraba la Internacional. Para calcular correctamente, tenía, en términos de soldados, solo unos pocos cuerpos de élite, principalmente caballería, con los que seguramente podía contar. Además, tenía a la policía, a pesar de que la dura caza de policías había reducido sus filas.

¡Qué importaba! La situación actual no era sostenible. Los cañones y las ametralladoras saldrían a las calles, si fuera necesario, ¡pero la huelga general terminaría! Para empezar, la Confederación, las Bolsas del Trabajo, las salas de reuniones, las cooperativas, todos los centros de actividad obrera, serían ocupados militarmente. Si encontráramos la más mínima resistencia, ¡inmediatamente, lanzaríamos el asalto!... Y, en virtud del estado de sitio, no tendríamos necesidad de preocuparnos por los escrúpulos. ¡No más medias tintas! ¡Contra los audaces que se atrevieran a resistir, seríamos implacables!...

Se hicieron arreglos para la rápida realización de este plan decisivo. Las tropas fueron puestas en movimiento y dirigidas a los puntos estratégicos de la gran operación combinada.

El bullicio militar que exigió la preparación de este golpe, en el que iban a participar todas las tropas disponibles, no dejó de llamar la atención de los huelguistas y ellos también hicieron sus arreglos.

Ya en los sindicatos los elementos jóvenes –los más emprendedores, los más decididos– habían formado una especie de cohortes que se habían dado más especialmente a la tarea de velar por la seguridad de los comités y de las oficinas, estableciendo guardias, puestos, en que la vigilancia nunca faltaba y no había riesgo de que nos pillaran desprevenidos.

Estos grupos también habían tratado de armarse, cuidando las municiones, requisando armas utilizables a los armeros y en casi todas partes. Sin embargo, no se engañaron sobre el escaso valor de su armamento. La mayoría de los jóvenes que formaban parte de estas cohortes estaban, al mismo tiempo, afiliados a grupos antimilitaristas, sabían muy bien que habría sido una tontería de su parte pretender hacerle frente al ejército.

Sabían que nunca se ha hecho una revolución contra el ejército, sino sólo con su apoyo, o al menos con su

neutralidad. Sabían que, en todos los tiempos de insurrección, el pueblo sólo triunfaba cuando las tropas se negaban a disparar, se unían a ellos. Y concluyeron que, esta vez de nuevo, la actitud del ejército decidiría el fracaso o el triunfo de la huelga general. Por eso todos sus esfuerzos se habían centrado en construir relaciones con los soldados. Lo habían logrado tanto más fácilmente cuanto que el ejército también estaba atormentado por aspiraciones sociales, asqueado, exhausto por el papel represivo al que se vio obligado.

En la mayoría de los cuarteles y campamentos se habían establecido valiosos contactos entre soldados y trabajadores. Había algo más serio; en muchas compañías, en los cuarteles, frecuentemente el tema de conversación giraba en torno a lo que los soldados se deben a sí mismos y a la humanidad... y, en definitiva, se habían formado grupos de afinidad en los regimientos. Para ingresar se requería una promesa previa de los afiliados, la de no disparar contra el pueblo. Además, como era físicamente imposible mantener constantemente bajo control a las tropas, algunos soldados no tenían miedo de aprovechar sus raras horas de libertad para mezclarse con la gente y asistir a las reuniones.

Tal era el estado de ánimo de la tropa cuando el Poder decidió asestar el golpe que esperaba fuera decisivo.

Durante la noche se efectuaban las marchas y contramarchas, para que por la mañana pudieran comenzar las operaciones militares en todos los puntos a la vez.

Un poco antes del amanecer, un incidente tan imprevisto como desastroso, trastornó los arreglos realizados. Mientras se completaban los preparativos para la batalla, en el cuartel del Château-d'Eau que, dada su proximidad a la Bourse du Travail, y también a la rue Grange-aux-Belles, fue uno de los centros de acción de la represión. Gritos de "¡Fuego!" aparecieron.

¡El cuartel estaba en llamas!

Rápidamente se dio la alarma. En un tumulto desordenado, los soldados descendieron al patio y, después de un primer momento de pánico y terror, comenzaron a apagar el fuego. Tenía varios fuentes, prueba cierta de malevolencia, y ya en varios puntos estaba furioso.

Nos ocupamos de poner las bombas en batería.

Pero, ¡agonizante desilusión! El agua no llegaba... ¡Una tras otra, se abrieron todas las tomas de agua! ¡Fue en vano! Nada brotaba de ninguna. Tuvimos que enfrentar los hechos: el agua había sido eliminada intencionalmente.

Antes de adquirir esta certeza desconcertante, se había perdido un tiempo precioso. Cuando se perdió toda esperanza de detener el incendio, el fuego fue ganando

terreno poco a poco, crepitando de piso a piso. Una tras otra, las ventanas estallaron con estruendo, revelando, a través de torrentes de humo, el resplandor del horno.

Cuando quisimos salvar a los caballos, que habían traído cañones y ametralladoras, estos animales, aterrorizados, cocearon, encabritados, se mostraban intratables. Después de enormes dificultades, logramos que fueran evacuados. Por otro lado, fue absolutamente imposible, a pesar de los increíbles esfuerzos, engancharlos a las piezas de artillería, que tuvieron que ser abandonadas en el patio, junto con sus parques de municiones... Y la angustia se agudizaba ante las formidables posibles explosiones.

Esta catástrofe dislocó todas las combinaciones decididas para el ataque. Los soldados, completamente desbandados, escasamente vestidos y desarmados, deambulaban al azar. Aunque ninguno de ellos había perecido en el fuego, fue con gran dificultad que los oficiales lograron reunir la mitad de sus fuerzas. La otra mitad se había derretido, se había escapado...

Mientras ardía el cuartel del Château-d'Eau, se desarrollaban otros acontecimientos que iban a asestarle un golpe aún más duro a la causa del capitalismo.

A los grupos sindicales y las cohortes antimilitaristas, cuya acción fue articulada y concordante; se les metió en la cabeza, mientras el gobierno estaba en medio de su batalla,

intentar contraoperaciones en los puntos que necesariamente estaba despojando. Atormentados por el deseo de armarse seriamente, estos grupos habían ejercido una vigilancia asidua alrededor de los depósitos de armas del Estado, resueltos a apoderarse de ellos a la menor oportunidad favorable. ¡Esa noche, se sirvieron a la perfección!

Los montones de armas y municiones acumulados en Vincennes –así como en otros puntos– habían quedado casi abandonados. Tan pronto como las cohortes antimilitaristas fueron informadas, la orden se transmitió rápidamente a todas las organizaciones obreras y, en pequeños grupos que no pudieron llamar la atención, los huelguistas se dirigieron a los puntos señalados.

Los pocos soldados que quedaban para proteger los depósitos se vieron reducidos rápidamente a la impotencia y, hecho esto, los almacenes se vaciaron por completo. Antes de dar aviso a las autoridades militares, miles de hombres estaban armados con fusiles similares a los del ejército.

Ciertamente, los huelguistas no eran invencibles, simplemente porque ahora tenían armas de fuego rápido. Pero esta ventaja les dio tal audacia, tal confianza en sí mismos, que ya nada temían. Esto se debe a que, además de sus armas en la mano, tenían profundas convicciones en

el fondo; tenían la voluntad y la energía de triunfar sobre los obstáculos que parecían insuperables... Mientras que las tropas que se les oponían, aunque superiores en formación militar, eran notablemente inferiores, pues marchaban a la fuerza, sin entusiasmo y sin confianza.

Desde primera hora de la mañana, la fiebre de los días de gran dramatismo volcó todo París a las calles.

El ejército, en sus últimos arreglos, sombrío y sin ardor, sin el entusiasmo atribuido a los soldados franceses, incluso en los momentos más críticos, ocupó los puntos que le fueron asignados. De repente, en sus filas, la noticia de los incidentes de la noche se extendió como un reguero de pólvora: los soldados se contaron unos a otros el incendio del cuartel del Château-d'Eau, el saqueo de los depósitos de armas, y que ahora los huelguistas estaban tan bien equipados como los regimientos del orden de batalla.

¡Ante estas historias, salpicadas de comentarios molestos, se derrumbó lo que a las tropas les quedaba de espíritu de disciplina, de sentimientos de obediencia! Y mientras ellos permanecían allí, helados de expectación, desconcertados, una multitud, más curiosa que asustada, dominada por mujeres y niños, inundaba las aceras, las calzadas. Esta multitud, cada vez más numerosa, se reunía alrededor de los soldados, se mezclaba con ellos, a pesar de las órdenes de los oficiales que, impacientes, nerviosos, dudaban sin

embargo en ordenar brutalidad contra ella, tan inofensiva en apariencia.

Mientras tanto, desde Vincennes, los huelguistas regresaban a París en largas columnas; estaban entusiasmados, sus ojos reflejaban fuerza y confianza. ¡Estaban armados! Iban vibrando de energía, marcando su marcha con estribillos revolucionarios y sin temor a ningún encuentro.

Como todas las armas y municiones no pudieron ser distribuidas en el lugar, habían llenado camiones con ellas, las traían y las escoltaban.

Al salir de Vincennes, los revolucionarios habían tomado la precaución de tomar medidas prudentes; para evitar cualquier trampa o ataque imprevisto, ciclistas circulaban por delante y por los lados, a modo de exploradores. Otros huelguistas, familiarizados con el manejo de las armas, formaban vanguardia y algunos de los más intrépidos tenían líderes improvisados.

Ahora, por la ancha avenida, en un frente extendido, descendía la columna y, arremolinándose, se acercaba a la plaza de la Nación. ¡Minutos trágicos y decisivos!

Un regimiento de línea, enviado al encuentro de los insurgentes, les esperaba frente a la obra de Dalou. Este monumento, ¡irónicamente bautizado "Triunfo de la

República"!, ¡iba a ser así el testigo de la debacle de la república burguesa!... ¡Qué alegría hubiera sentido el gran artista, cómo hubiera estado radiante, si al amasar el barro de sus leones, había podido evocar el espectáculo que iba a tener lugar a sus pies: ¡la venganza de 1871!

A los oficiales les hubiera gustado evitar el contacto entre la gente y sus soldados y abrir fuego a distancia. Se lo impidió la afluencia de la multitud que, cada vez más densa, más compacta, rodeaba a sus hombres, dificultaba sus movimientos y que, en lugar de dispersarse a las órdenes, atascaba aún más a los soldados.

Ahora bien, esta multitud, en la que dominaban las mujeres y los niños, se tornó pasivamente audaz: de ella surgieron imperiosas y dulces exhortaciones, compuestas de gritos de piedad, de sollozos, de llamados a la humanidad, de oraciones ardientes y sin aliento, de exhortaciones a los soldados a no disparar a los hermanos, a los hijos, a los maridos...

Unos pocos pasos más y los huelguistas, que habían entonado la *Internacional* y rugido las coplas de los soldados y generales, se unirían a la multitud y se encontrarían forcejeando con las tropas. Los oficiales, que sintieron este debilitamiento y ablandamiento, ordenaron "¡bayonetas caladas!"

Para facilitar la ejecución de esta orden y para aislar a la tropa de la multitud, ordenaron una retirada repentina de unos pocos pasos. Ante estas órdenes que, por regla general, hacen que los soldados se muevan mecánicamente, como autómatas, apenas hubo movimientos.

Clamores, exasperados y furiosos, ahogaron las voces de los jefes militares, aniquilando su influencia; sonaron imprecaciones y maldiciones y, desde la multitud, con gestos que arrebatában las armas de las manos de los soldados, surgieron, rugieron, resonaron el grito: "¡Disparen al aire!"

Los oficiales superiores intentaron detener la deserción inminente. Furiosos, echando espumarajos, arrojaban sus caballos frente a la tropa: a veces amonestaban a los soldados rebeldes, les prometían consejo de guerra, la hoguera de ejecución..., a veces volviéndose hacia la multitud, amenazaban con fusilarla por los soldados...

Estos arranques de ira, que recordaban la cólera del general Lecomte el 18 de marzo de 1871 en Montmartre, sólo precipitaron la revuelta militar: los soldados respondieron con el fatídico gesto, y tendieron la mano al pueblo. Y, en lugar de una escena de horrible carnicería, hubo abrazos, una oleada de alegría.

El regimiento se disolvió. Soldados y huelguistas se abrazaban, mientras los oficiales (recordando la escena de

la rue des Rosiers) despegaban, bajo el crepitar de las balas saludando su huida.

Desde la Place de la Nation, después de una breve parada, soldados y huelguistas se dividieron en varias columnas –unos por el Faubourg Antoine, otros por el Boulevard Voltaire, otros por la Avenue Philippe–Auguste– que iban, tomados del brazo, con una fuerza irresistible de entusiasmo e impulso.

Por doquiera que pasaban, había gritos de fervor, de aclamaciones frenéticas y, en su camino, las tropas que encontraban se dislocaban y arrastraban a su paso.

El rumor de esta primera deserción se propagó con la rapidez del rayo. En todos los puntos donde los dirigentes habían pensado en iniciar acciones represivas, los soldados, ya desmoralizados, estaban definitivamente consternados por los relatos pesimistas que les llegaban y que se negaban a combatir, transmitían al pueblo.

En algunos puntos hubo indicios de resistencia, esbozados por las tropas de élite, principalmente por la caballería. Pero cuando esta última, cuyos caballos avanzaban con dificultad –porque las vías estaban llenas de obstáculos, especialmente vidrios rotos y botellas–, hubo sufrido algunas descargas de los rifles de tiro rápido, con los que ahora estaban equipados los huelguistas generales, su ardor se calmó. Lo mismo sucedió con las otras pocas tropas fieles

que, atacadas por delante, por detrás... ¡tomadas por blanco desde lo alto de las ventanas!... no pudieron resistir.

Los insurgentes no estaban intoxicados por su victoria. Mostraron practicidad. Tomaron las decisiones necesarias y tuvieron las iniciativas necesarias para que su éxito no quedara sin futuro.

Se habían formado agrupaciones en varios barrios; asaltaron los cuarteles y ocuparon todos los centros de acción represiva y de gobierno, para hacer imposible cualquier intento de coordinación reaccionaria.

Por urgente que fuera esta tarea, había otra de mayor importancia aún: era necesario, con prontitud, golpear el Poder en el corazón, alcanzarlo en sus obras vivas. Para ello se emplearon las grandes columnas –en parte de soldados sublevados y de huelguistas– que, desde la Place de la Nation, rodaban hacia el centro de París.

Una, que había descendido del Faubourg Antoine y de la Rue de Rivoli, ocupó sucesivamente el Hotel de Ville, la Prefectura de Policía, el Palacio de Justicia; luego, virando bruscamente hacia la margen izquierda, fue a atacar los diversos ministerios.

La otra columna, la que había seguido el Boulevard Voltaire y los Grands Boulevards, cayó como un coche de

carreras primero en el Ministerio del Interior, luego en el Elíseo, en la Place Vendôme...

El punto de unión de estas columnas era el Palais-Bourbon...

La marcha de estas masas, que rodaban torrencialmente, fue tan inesperada, tan súbita, tan brusca, que no se pudo tomar ninguna medida seria, para oponerse a su paso. En su camino, crecieron, se hincharon, ¡fueron como una avalancha!, arrastrando a la gente y a los soldados que encontraban, rompiendo como una brizna de paja a las raras bandas de policías o tropas leales al gobierno que intentaban poner un obstáculo en su camino.

¡Nada se resistió a este oleaje humano! Pasaban, un elemento desatado, era el océano en furia...

Y bajo sus olas se hundiría el gobierno y el sistema parlamentario.

X. LA DECADENCIA DEL PARLAMENTARISMO

Los acontecimientos de la mañana estallaron en truenos en el Palais-Bourbon. Fueron devueltos a él imperfectamente, desnaturalizados, amplificados, y a la ansiedad siguieron el estupor y la confusión. Los parlamentarios, hasta entonces vagamente tranquilizados por las confiadas palabras de los ministros, por la ocupación militar de París y el estado de sitio, vislumbraron el abismo en el que la tempestad estaba a punto de hundirlos.

¿Qué pasaría? Por supuesto, no previeron ningún peligro inmediato para ellos. El palacio estaba sólidamente protegido. A la entrada del Pont de la Concorde, los batallones de guardias municipales, en filas apretadas, bloqueaban el acceso por la margen derecha; al lado de la rue de Bourgogne, en la plaza, alrededor del Palacio, ¡en todas partes! – las tropas estaban desbordadas...

¿Cómo terminaría esto?

En los pasillos, en la Buvette, se desarrollaban discusiones, en tono animado, alcanzando rápidamente un tono de furia matizado de trances. Los gobiernos abrumaron a sus colegas socialistas con maldiciones, haciéndolos responsables de lo sucedido.

La sesión se abrió en un ambiente febril. Entre los pocos ministros presentes, el presidente del consejo trató de mantener un buen semblante, sin dejar traslucir las ansiedades que lo atenazaban. Subió a la tribuna y reveló la gravedad de la situación, esforzándose por teñirla de optimismo y negándose a ver otra actitud que no fuera una resistencia escandalosa. Varios diputados tomaron la palabra después de él, haciendo propuestas tontas, llegando a recriminaciones tan tediosas como irrelevantes. No los estábamos escuchando. Los diputados, con la frente preocupada, entraron y se fueron. No podían quedarse quietos, ávidos de noticias, con razón preocupados menos por los discursos inútiles y vacíos de sus colegas que por lo que sucedía afuera. ¡Ese era el punto!

Se acercaban columnas de huelguistas, mezcladas con soldados. Llovía a cántaros por todas las vías. Las pandillas, que venían por el quai Voltaire, y las que venían por el boulevard Saint-Germain, llegaban a la place du

Palais–Bourbon, mientras que las que salían por la rue Royale o la rue de Rivoli inundaban la place de la Concorde.

Ahora el rugido de la multitud, que avanzaba con el golpe de una catapulta, dominaba todos los ruidos. Los guardias municipales que bloqueaban el Pont de la Concorde intentaron impedir el paso de esta multitud. Desenvainaron sus espadas. ¡En vano! Fueron sacudidos, sumergidos por las olas de la gente que, roto el dique, llegaba al peristilo de la Cámara. Del lado de la Rue de Bourgogne, la defensa no fue más tenaz. Había ametralladoras en los patios. Permanecieron allí sin uso, sus sirvientes reacios a dirigirlos contra los invasores, entre los cuales vieron a muchos de sus camaradas.

La presencia de soldados en las filas de los huelguistas fue en gran parte responsable de la débil resistencia de las tropas aún leales al gobierno.

Por tanto, fue por todos lados que, en presiones irresistibles, la Cámara de Diputados fue invadida. La multitud, ruidosa, enojada, tenía un solo objetivo: ¡la sala de reuniones! Entró con estruendo, llenando las galerías, estorbando el hemiciclo, mientras varios diputados consideraban prudente retirarse.

Hubo gritos, clamores, rugidos. Desde las galerías públicas se disparó un tiro, visiblemente dirigido al banco de ministros. Un brazo desvió el arma y la bala se fue a hundir

en una madera, mientras resonaban ensordecedoras exclamaciones: "¡Abajo el Parlamento!". ¡Viva la Revolución Social!

Ciudadanos bien intencionados, esperando que la revolución no fuera innecesariamente sangrienta, y que la soñaban sin actos de odio y venganza, escondían a los ministros de la ira popular, mientras en las gradas que conducían a la plataforma del oratorio, grupos humanos se tambaleaban, se empujaban unos a otros. Un manifestante, se subió a la silla presidencial, empujó al desconcertado mandatario, tomó su lugar y, tocando frenéticamente el timbre, calmó el oleaje, obtuvo un relativo silencio. Lo aprovechó para proclamar, con frases entrecortadas, atronadoras, que caían como garrotazos, la caída del parlamento, la disolución del estado burgués, y amenazó de muerte a los diputados que se atrevieran a no quedarse quietos.

Su discurso, que estuvo puntuado por la frenética aprobación de la multitud, suscitó las protestas de los diputados de extrema izquierda que, en el desorden parlamentario, habían conservado la compostura. A los socialistas les hubiera gustado dar otro rumbo a los acontecimientos: querían legislar; su sueño era hacer la revolución por la vía estatal, continuarla y perfeccionarla con leyes y decretos. Soñaban con revivir el pasado y

exclamaban: “¡Proclamemos la Comuna!... ¡en el Hôtel de Ville!...”

Gritos y vociferaciones saludaron este proyecto. Se levantó una nueva tormenta de gritos, en medio de la cual se escucharon estruendosas protestas y amenazas de pulverizar cualquier reactivación gubernamental. Se reveló entonces cuán profunda era la impregnación unionista. Los gritos se redoblaron. "¡No! ¡No! ¡No a la Comuna!... ¡No más parlamentarismo!... ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Confederación del Trabajo!...”

El líder de la extrema izquierda, el poderoso orador que había asestado duros golpes al régimen caído, dividió a la multitud, fue cedido y llegó a la plataforma. Primero fue recibido por un repetido estrépito de vítores. El grito "¡Abajo los Quince Mil!" estalló, fracasó, dominó. Era la prueba de que, en su odio al parlamentarismo, el pueblo no hacía distinciones. El tribuno, en el ruido desatado, alzó la voz. Primero lo vimos hablar, más de lo que lo oímos, mientras sus manos se movían en gestos tranquilizadores, pidiendo silencio.

Y ahora, como aceite derramado sobre las olas furiosas, sus palabras apaciguaban las rabias y exasperaciones desatadas a su alrededor. Queríamos escuchar y, al cabo de unos minutos, se estableció una relativa calma.

Con su prestigioso don de asimilación, el gran orador definió la situación, levantó los velos del futuro y delineó el papel que en lo sucesivo correspondería a sus amigos. Censuró a los diputados de extrema izquierda que, recién ahora, hablaron de imitar las revoluciones del pasado. Les rogó que renunciaran a sus intenciones, que no dividieran al proletariado que, en las presentes circunstancias, necesitaba más que nunca estar unido en pensamiento y medios:

"Los tiempos han terminado", exclamó. Tengamos el coraje de ver y, sin falsa vergüenza, sin asperezas, los parlamentarios socialistas lo reconozcamos: ¡nuestro papel ha terminado! Cavamos el surco profundo y sembramos la buena semilla que germinó fuerte. Ahora, cuando haya llegado el tiempo de la cosecha, que los segadores sigan con su trabajo. ¡Borradnos! Que así sea, que actúen los sindicatos. El eje social está desplazado. Ya no está aquí, ya no está en el Elíseo, ya no es la Place Beauvau, ya ni siquiera está en el Hôtel de Ville... está en la Bolsa de Trabajo, está en la rue Grange ¡en las Belles! Dar paso a la clase obrera. Que suba al escenario, que ocupe los papeles principales. Volvamos a la línea, sin vanidad ofendida, sin vejación. Encontraremos una buena forma de dar otro empujón..."

Mientras el tribuno socialista mantenía a los invasores bajo el hechizo de su elocuencia, la mayoría de los

parlamentarios, especialmente aquellos que sabían que eran muy execrados por el pueblo, así como los miembros del gobierno, se escabulleron del salón de sesiones y se alejaron. Tanto que, cuando el orador hubo terminado de hablar, apenas quedaba ninguno en el recinto salvo la multitud, todavía igual de densa, y los diputados de la oposición.

Entre estos, surgió el desacuerdo. Hubo quienes, no viendo nada más allá del democratismo, desaprobaron formalmente, y de muy buena fe, las tesis del tribuno socialista y se empeñaron en dar seguimiento a su proyecto de "comisión provisional" de "gobierno revolucionario"... ¡su nombre! ¡Les importaba más la etiqueta que la cosa!

Pero los huelguistas generales estaban mirando. Su triunfo era total y no estaban de humor para dejar el campo abierto a los parlamentarios, por muy bien intencionados que fueran. Después de una breve deliberación, acordaron que, para conjurar cualquier intento de retorno ofensivo del poder caído, o un esfuerzo por restaurar el parlamentarismo, un cierto número de camaradas permanecerían permanentemente en el Palais-Bourbon y, si fuera necesario, se opondrían. por la fuerza a cualquier maniobra contrarrevolucionaria.

Esta preocupación formal por desorganizar el Estado, por desmantelarlo y desarmarlo radicalmente, para hacer

imposible que el gobierno se recompusiese y se uniera en cualquier punto, fue sentida con fuerza por todos. Respondía tan exactamente a las necesidades que los diversos grupos de revolucionarios, después de asaltar la jefatura de policía, los ministerios, el Elíseo, etc., habían tomado la misma precaución de dejar allí puestos de huelga.

El Ayuntamiento no se descuidó. Fue ocupado tanto más seriamente cuanto que, por tradición, tendía a ser considerado el centro de la actividad revolucionaria. Cuántas veces, desde su balcón, cuando el pueblo había derribado sus gobiernos, los hombres que tomaban la sucesión del poder acudían allí a recibir la investidura revolucionaria.

¡Ese era el pasado! Hoy, la Bolsa de Trabajo, la Confederación, las centrales sindicales eran el corazón y el alma del movimiento, y hacia ellos se dirigía el flujo de la multitud.

El día, cuyo amanecer había sido sombrío y amenazador, terminó encantado. Después de las aventuras que acababan de ilustrarlo, después del sopor de los días precedentes, llegó la noche, serena, turbada sólo por la exuberancia y el frenesí de la alegría popular.

El éxito de la revolución prometía ser irresistible, el derrumbe del poder parecía completo, irremediable. ¡Los hombres que habían asumido la responsabilidad de la

resistencia –presidente, ministros, oficiales superiores, grandes dignatarios del estado– se habían escabullido, desaparecido! Y, como consecuencia de este derrumbe, de esta estampida, lo que quedó del ejército quedó en nada. Los oficiales, en su mayor parte, habían desaparecido cuidadosamente; los que quedaron fueron los pocos líderes imbuidos de aspiraciones sociales y que, estimados por sus soldados, estuvieron muy cerca de compartir con ellos la alegría popular.

En cuanto a los soldados, vueltos al pueblo, mezclados con él, en todas partes fueron celebrados, en todas partes fueron acogidos fraternalmente... ¿No habían contribuido en gran parte al éxito de la jornada?

Después de la angustia punzante de la huelga, todos, burgueses y trabajadores, saborearon la relajación. Para los primeros, sin embargo, esta relajación se vio agriada por la preocupación: ¿cuál iba a ser la renovación social? Para los últimos, lo desconocido del mañana presagiaba sólo alegrías: era la realización de esperanzas tantas veces acariciadas: ¡el fin de las pesadillas de la miseria!

XI. ¡ABAJO LOS BANCOS!

Sin parar, se sentaron todos los comités de las organizaciones sindicales. Permanecieron casi permanentemente, atenazados por una fiebre de acción que crecía con las circunstancias.

No bastaba haber derribado el Estado centralizado y militarizado, expresión del derecho romano y cesáreo. El verdadero trabajo comenzó desde el momento de esta caída: la máquina social tenía que volver a ponerse en marcha; Sobre todo, era necesario, con mucha prisa, asegurar la subsistencia, para evitar el hambre.

A estas dificultades de primer orden se sumaron las perturbaciones –afortunadamente bastante relativas– provocadas por los obstinados partidarios del estatismo socialista, que se empeñaban en desviar la revolución por los caminos gubernamentales. Su decepción por no haber

podido establecer ningún tipo de poder en el Hôtel de Ville no los había curado de su proyecto. Estaban cabizbajos, pero no convertidos. Frecuentar los círculos parlamentarios y la práctica legislativa les impidió comprender el movimiento; su alcance estaba más allá de ellos, y creían que la revolución estaba perdida. Sin embargo, su intervención no fue perjudicial, gracias a los hábitos de lentitud, de discusiones ociosas, perpetuadas sin resultado, que les había inculcado el parlamentarismo. Los sindicatos los conquistaron con actividad y rapidez; con ellos, las discusiones eran breves, las decisiones rápidas y su ejecución seguida, rápida. Esta superioridad aniquiló a los parlamentarios de la revolución que, privados de puntos de apoyo, se tambaleaban en el vacío, agotándose en esfuerzos que debían quedar sin sanción, pues todas las fuerzas sociales habían vuelto a los organismos corporativos.

Se evitó así la regresión del gobierno y, una vez limpiado el terreno de toda superfluidad política, correspondió a los propios interesados, unidos en sus sindicatos, las Bolsas de Trabajo, la Confederación, realizar directamente las condiciones de la nueva vida...

El primer cuidado fue no volver a caer en los errores de 1871. El recuerdo de la Comuna, montando guardia en los sótanos de la Banque de France, cuyos millones sirvieron para alimentar la represión de Versalles, era demasiado

vívido e inquietante para cometer el mismo error. Los revolucionarios tenían un sentido de las realidades sociales y no creían que su victoria fuera completa, porque habían derribado la fachada de la vieja sociedad: el parlamentarismo. También; la misma noche que siguió a la victoria popular, el Comité Confederal, después de un acuerdo con el sindicato de empleados bancarios, decidió tomar posesión de la Banque de France, la Caisse des dépôts et consignations, los grandes establecimientos financieros, sin hacer distinciones entre bancos o casas de crédito, según fueran del estado o de capital privado.

Se acordó dar de baja provisional a los interesados y que esta riqueza, considerada como propiedad social, serviría, en espera de la normal reorganización, para satisfacer las necesidades sociales y asegurar el consumo. Se estipuló, además, que se tomarían en cuenta a los particulares sus respectivos depósitos, los cuales podrían seguir utilizando, con fines de cambio, en forma de cheques.

Estas operaciones dieron lugar a manifestaciones de carácter especial. Los remanentes de los partidos reaccionarios –que podrían calificarse de prehistóricos– creyeron propicia la ocasión para llamar la atención. Estos tardígrados, que imaginaban que sus gritos de "viva el rey" serían aceptados mezclándolos con "muerte a los judíos" alborotaron a las multitudes. Esperaban engañar a la gente

incitándola sólo contra el capital judío, contra los bancos semíticos. La acogida que recibieron les mostró lo atrasados que eran: fueron abucheados y hostigados enérgicamente por los trabajadores que no se dejaban engañar por estas sutilezas de otra época. La lección fue incluso bastante dura y esta broma reaccionaria duró poco.

Espectáculo de un orden completamente diferente, conmovedor porque descubría viejas miserias y reconfortante porque anunciaba su fin irrecuperable, esta era la operación de desprendimiento de objetos de cualquier valor, grande o bajo, depositados en el Mont-de-Piété. El procedimiento fue simple y rápido: todas las liberaciones se realizaron de forma gratuita.

En la multitud que hacía cola en los mostradores no sólo había proletarios; había también muchos comerciantes y empresarios, a quienes las angustias del plazo y las dificultades de los negocios habían obligado a pedir prestado con garantía prendaria. Ahora bien, en estos últimos, a pesar de que el orden de cosas que se estaba estableciendo no les inspiraba gran simpatía, en el fondo de su mirada brillaba una llama de satisfacción; no pudieron evitar pensar que, si la revolución les deparaba muchas desilusiones, al menos comenzaba agradablemente.

Tras la victoria, se tomó espontáneamente otra medida: equipos de escritores revolucionarios y trabajadores de la

imprensa asesoraron para asegurar la reaparición de los periódicos. Era normal que, trastornadas las condiciones sociales, lo fueran también las condiciones de edición. Anteriormente, los diarios habían sido poco más que máquinas, preciosas para el capitalismo, y esclavizaban a tipógrafos y periodistas. Ambos tuvieron que despojarse de sus modos de ver, de sus opiniones, de sus intereses de clase y colaborar en la difusión de ideas que muchas veces consideraron falsas, deletéreas, perniciosas; la necesidad de recibir un salario del capital –sin el cual no podrían vivir– los obligó a hacerlo.

En adelante, al no ser ya el trabajador siervo del capitalista, abolido el salario, las condiciones de producción de los diarios debían ser diferentes: sólo podían ser producto del acuerdo y del esfuerzo, tanto desde el punto de vista material como intelectual, –trabajadores de todas las categorías, trabajando para ponerlos en circulación. En consecuencia, sólo podían traducir las aspiraciones y reflejar las esperanzas del pueblo.

Inmediatamente, también, todos los sindicatos hicieron sus arreglos para la reanudación del trabajo, en todas las ramas. Fue el fin de una pesadilla cuando se limpiaron los barrios abandonados y desaparecieron las pestilencias que los acosaban. Y fue un festín para los ojos cuando la luz de

las bombillas y arcos eléctricos brilló y el gas ardió en los candelabros.

¡Sobre todo, el problema urgente a resolver era el de asegurar la alimentación!

Fuimos a lo más urgente. La necesidad los obligaba a menudo a volver al trabajo en condiciones deficientes. Era algo temporal que teníamos que resolver, pero teníamos prisa por remediarlo.

La toma de posesión se organizó metódicamente.

Abolido el Estado, ningún obstáculo podía ya impedir el florecimiento de los instintos populares: el espíritu de entendimiento y de concordia estaba a punto de florecer, así como las tendencias comunistas, tanto tiempo reprimidas por la autoridad.

Y se iba a reavivar la tradición, entre la ciudad nueva y las comunas de la Edad Media, dentro de las cuales había germinado un comunismo rudimentario, cuyo centralismo gubernamental había frenado el desarrollo.

XII. LA HUELGA EN LAS PROVINCIAS

Hasta ahora, al delinear los giros y vueltas de la lucha entre el sindicalismo y el parlamentarismo finalmente colapsado, es sobre todo la acción del París revolucionario lo que ha llamado nuestra atención. Debemos retroceder y mostrar la parte considerable que tuvieron las provincias en el movimiento, porque ilumina y explica el prestigioso éxito de la revolución.

Si el disturbio se hubiera limitado a la capital –incluso suponiendo que se hubiera extendido a unas pocas ciudades importantes– el gobierno no se habría desquiciado tan rápidamente. Pero tuvo que luchar contra la huelga, con un campo de acción tan vasto, un frente tan extenso, fuegos tan numerosos e intensos, que los medios de coerción de que disponía quedaron despuntados desde el primer momento.

Como hemos indicado, el ejército se encontró numéricamente demasiado débil para aplastar la revuelta y, además, fue imposible, por falta de medios rápidos de comunicación, dirigirla a los puntos amenazados.

Cuando la masacre de los Grandes Bulevares terminó de enfurecer a París, la crisis económica hacía estragos en las provincias –así como en la capital– y allí hacían estragos las huelgas. Además, en cuanto se difundió allí la noticia de la masacre, la ira que despertó llevó la efervescencia a un punto álgido.

En los lugares donde los trabajadores estaban enfrentados con los patronos, el carácter de estas disputas cambió instantáneamente y, sin demora, se declaró la huelga general.

El levantamiento no se limitó a las localidades en huelga. Se extendió rápidamente, y en la mayoría de los centros donde la organización sindical había brotado en vigorosas ramas, la paralización del trabajo se extendió con inaudita impetuosidad.

Los llamamientos de la Confederación y las medidas combinadas por las federaciones corporativas cayeron en terreno preparado, y tuvieron el resultado de exaltar y fortalecer el movimiento, más que de mandarlo y dirigirlo. El valor y superioridad del organismo confederal no consistía en funciones directivas, sino más exactamente, en una

facultad de impulso y coordinación. Estaba dotado, de hecho, de una fuerza de vibración que tomaba de su agregado federativo y que, al irradiar, se amplificaba.

Se apreció entonces cuán superficiales y exageradas eran las fricciones y divisiones que se decía que existían dentro de la Confederación, que habían hecho mucho ruido, lo que había ayudado a tranquilizar a la burguesía. Todos los sindicatos, cualquiera que sea su tendencia, tanto los más moderados en apariencia como los de porte escandaloso, se unieron contra el enemigo. ¡Todos de acuerdo! Toda la discordia se desvaneció, se olvidó y, de un extremo a otro de Francia, la clase obrera se encontró de pie, en todas partes a la vez. Y, también en todas partes, lo animaban sentimientos idénticos; en todas partes la misma y ardiente combatividad la atraía contra la sociedad capitalista.

Al mismo tiempo, se notó que los hombres que, en la organización sindical, se destacaban por su moderación y podían haber servido de freno a la agitación, o bien fueron arrastrados por la corriente revolucionaria y se colocaron al nivel del movimiento, o bien, si seguían siendo lo que eran ayer, sin querer tomar en cuenta los acontecimientos, perdían toda influencia.

En todas partes, pues, la huelga se propagó con el mismo ardor y la misma fiebre de entusiasmo que en París. Incluso, ciertas corporaciones alabadas por su sentido positivo y

reputadas como de tener que dejar de trabajar sólo después de haberlo decidido previamente por referéndum, descuidaron todo formalismo y estaban locas por ir a la huelga.

En los países mineros, en las regiones metalúrgicas, el cese del trabajo se producía con prodigiosa instantaneidad y brusquedad. Inmediatamente, los capitalistas exigieron la protección de la fuerza armada. Pusieron más insistencia en ello porque estaban muy asustados. Temían la explosión de odio que habían atraído. Debe saberse que, en estas industrias, durante mucho tiempo confiadas por “comités” y “mostradores de ventas”, las condiciones impuestas a los trabajadores eran duras, leoninas. Y los maestros forjadores, los directores de grandes fábricas y empresas mineras temían la venganza...

En la madrugada, el gobierno satisfizo lo mejor que pudo las solicitudes de tropas que le llegaron. Dispersó a los soldados, según las exigencias de los patronos, en los centros más amenazados. Pero las llamadas de ayuda fueron tan numerosas que pronto no supo a quién escuchar. Se le pidió que protegiera la cuenca minera del Este, la del Norte, la del Centro, la de Saône-et-Loire, la de Aveyron, la de Gard, etc.; también las regiones textiles, los países pizarreros, los centros cerámicos, mecánicos, cincuenta industrias más, sin contar las regiones forestales y

agrícolas... De todas partes, de todos los puntos del territorio a la vez, le llegaban apremiantes quejas.

El gobierno todavía tenía que hacer vigilar los ferrocarriles, por temor a que los rieles fueran destrabados, las obras de arte saboteadas; asimismo, tuvo que vigilar las líneas telegráficas y telefónicas, para evitar que se cortaran sus hilos.

En los centros donde latía la huelga se necesitaban soldados para vigilar los monumentos, también se necesitaban algunos para suplantar a los huelguistas en ciertas obras esenciales.

¿Dónde encontrar los soldados necesarios para esta considerable labor de protección? Habría requerido tantos soldados como postes de telégrafo, señales de ferrocarril, puentes, hitos kilométricos... ¡Habría requerido diez veces más de lo que las autoridades tenían a su disposición!

Las cosas llegaron a tal punto que, excepto en París, donde las tropas estaban concentradas en una fuerza bastante imponente, en todas partes el ejército estaba tan disperso que no podía hacer frente a una banda de huelguistas con pocas armas y con voluntad de luchar.

Sin duda, había partes libres de golpes, pero el desorden no era menos grande. Daba igual que en una ciudad de tercer o cuarto orden se siguiera prestando el servicio

postal, ya que el telégrafo estaba inmovilizado y el servicio postal fuera de servicio en las inmediaciones. Las comunicaciones estaban tan obstaculizadas como si el paro laboral se hubiera extendido por todas partes.

Misma observación para los ferrocarriles: hubo estaciones donde la huelga fue nula. Sólo que, no obstante, el tráfico estaba parado, pues bastaba para eso que, en algunas estaciones, los empleados habían bloqueado las vías, parado los discos, bloqueado los interruptores y parado el trabajo. Ahora bien, como estos cuellos de botella se renovaban de distancia en distancia, los escasos trenes que lograron lanzar, con personal improvisado, sólo podían circular con deplorable lentitud.

Cuando estalló la huelga general, el espíritu de rebelión estaba, en estado latente, más desarrollado en las provincias que en París. Este comentario se ha hecho muchas veces. Como resultado, en muchos centros, la aceleración del movimiento fue muy rápida: muy rápidamente se produjo la evolución y la huelga, al principio de protesta y solidaridad, se transformó rápidamente en una huelga insurreccional.

En las grandes ciudades, en las cabeceras donde estaban radicadas las autoridades, la huelga pasó por fases que, en cierto modo –y con variaciones de intensidad–, recuerdan al proceso revolucionario de París. Después de un período

puramente expectante, limitado al paro del trabajo y la suspensión de la vida industrial y comercial, sucedió el período ofensivo: los huelguistas generales ocuparon los centros de acción del gobierno y persiguieron a los representantes del Estado.

La acción revolucionaria se inició con tanto más entusiasmo cuanto que arremetió contra autoridades sumidas en la inercia, por falta de órdenes. Los funcionarios del gobierno estaban demasiado acostumbrados a la obediencia como para correr el riesgo de moverse sin instrucciones. Ahora, como apenas recibían más, permanecían a la expectativa, ¡esperaban! Así, la centralización, un mecanismo tan preciso y maravilloso –en tiempos normales– que permitía ejecutar, de un extremo a otro de Francia, el mismo gesto, al mismo tiempo, a todos los prefectos, tuvo más inconvenientes durante el período revolucionario.

El principal objetivo de los rebeldes era poner al ejército fuera de peligro. En las ciudades de guarnición, que estaban, además, en su mayor parte, casi vacías de tropas, porque éstas habían sido dirigidas principalmente a los centros de aglomeración industrial, el primer cuidado fue capturar a los oficiales superiores: medida meramente temporal, lograda para inmovilizarlos seguramente. Un puñado de hombres decididos llevó a cabo la operación. Hecho esto, los soldados

fueron fácilmente convencidos, desarmados y despedidos. Después de lo cual, muy astutos, los revolucionarios se armaron.

Hubo variaciones en la caza furtiva de tropas. Así sucedió, cuando un destacamento era enviado a un punto amenazado, que la multitud de trabajadores se aglomeraba a su paso, reprochando a los soldados su obediencia pasiva, rogándoles que recordaran que eran hermanos de aquellos a quienes combatirían y reprimirían. Las mujeres, especialmente, eran admirablemente audaces. Corrieron a las bridas de los caballos de los oficiales; heroicas, cerraron el paso a los soldados, gritando: “¡Mátennos o no pasarán!...” Estas escenas, de noble y épico delirio, completaron la desmoralización de la tropa que ya marchaba de mala gana; opusieron poca resistencia: permitieron que les arrebataran las armas de las manos, se volvieron indisciplinados, se rompieron.

En ciertas regiones con industrias únicas –centros de minas de carbón, altos hornos, fábricas gigantescas– los trabajadores se habían preparado hacía mucho tiempo para los acontecimientos presentes; vivían esperándolos, esperando con impaciencia su llegada. Para no ser tomados por sorpresa, se habían procurado armas –principalmente fusiles militares retirados– y, al amparo de sociedades de gimnasia, se habían familiarizado con su manejo.

Apenas declarada la huelga, sin titubeos ni dilaciones, pasaron a la ofensiva y, considerando que todo era suyo, se apoderaron audazmente del país. Los jefes, los gerentes, sus subordinados, todos aquellos que habían provocado la execración de los trabajadores, huyeron apresuradamente. Hubo algunos que solo fueron perseguidos bruscamente; otros no escaparon a la ira y al odio reprimido durante mucho tiempo.

Cuando el ejército llegó a estos países sublevados, fue recibido por una población decidida a defenderse, superior en número y no carente de armas. Los huelguistas estaban listos para la batalla; sin embargo, preferían evitarla y actuar sobre los soldados con persuasión y dulzura; por lo tanto, los recibieron con simpatía, instándolos a llegar a un acuerdo con ellos.

Como el ejército apenas se retuvo en la obediencia pasiva excepto por el miedo al castigo, su desintegración fue sólo un problema psicológico: el contagio del ejemplo se llevaría toda su indecisión. Cuando distintos cuerpos de tropa, en distintos puntos, se habían pasado al pueblo, la noticia retumbó rápidamente –pese a la falta de comunicaciones– y uno tras otro, superados por la epidemia de la deserción, los regimientos depusieron las armas.

En estas regiones puramente industriales, donde finalmente se desperdició toda la fuerza capitalista y

estadista, los trabajadores no se consideraron satisfechos con su victoria. No olvidaron el deber de solidaridad y se apresuraron a llevar ayuda a los compañeros de lucha. De estos hormigueros humanos, donde nació la esperanza, brotaron falanges de rebeldes. Fueron a pueblos cercanos, donde su ayuda podría ser útil.

Un espectáculo impresionante fue el de estos agrupamientos de gente, entonando su marcha con cantos de liberación con sonoridades deslumbrantes. Hacían pensar en fugitivos del infierno de Dante, corriendo para atacar el paraíso. A su paso, en los caseríos y aldeas por donde pasaban estas bandas, los campesinos les daban una entusiasta y fraterna bienvenida. ¡A ellos también los atrapó la fiebre de la libertad! Y vitorearon a los rebeldes, les estrecharon la mano, les ofrecieron hospitalidad.

En cuanto a la llegada a la ciudad –el final de la expedición– se produjo en medio de las delegaciones sindicales, una multitud efervescente, con un redoblado frenesí gozoso que exaltaba a los timoratos y atemorizaba a los enemigos de la revolución.

XIII. LA MOCIÓN DE LOS CAMPESINOS

A su vez, los campesinos se pusieron en marcha. Y su intervención hizo irreversible la revolución, puso el sello decisivo a su triunfo.

La abstención de los campesinos hubiera sido una alternativa formidable. Aparte del hecho de que los capitalistas habrían encontrado un punto de apoyo en el campo, habrían atraído hombres allí para luchar contra los trabajadores de las ciudades, ¡y tal vez aplastarlos!

La historia estaba allí para proclamarlo: no habría esperanza de una revolución profunda y eficaz sin la ayuda de los campesinos. El ejemplo de 1789–1793 fue contundente: La Jacquerie¹ implantó la revolución en el

¹ La Grande Jacquerie, aunque a veces se le llama simplemente Jacquerie, fue una revuelta campesina que tuvo lugar en el norte de Francia en el año 1358. La revuelta tuvo lugar en la Edad Media de Francia, cuando

seno de la nación, la llevó a cabo en los pueblos, desarraigó allí el antiguo régimen.

La burguesía lo sabía, por lo que no había descuidado nada para enfrentar al campesino contra el trabajador como un enemigo hermano. Durante mucho tiempo se había beneficiado de la desconfianza y el odio de los campesinos hacia los trabajadores de la ciudad. Durante mucho tiempo no había tenido mejores soldados para lanzar contra ellos que los jóvenes reclutas del campo. Y fue para mantener, todavía caliente y vivo, el amargo rencor de los terrícolas, que ella había popularizado en los pueblos la leyenda de los "participantes", de los proletarios, siempre dispuestos a sublevarse y abalanzarse sobre los campesinos por su toma de la tierra.

Muchas circunstancias habían terminado, sin embargo, por allanar este cruel malentendido. Primero, la penetración de la industria en las regiones agrícolas –con el pretexto de la mano de obra barata– había comenzado a modificar la mentalidad de los campesinos. Luego, se establecieron relaciones más estrechas entre pueblo y aldea, facilitadas por el desarrollo de las comunicaciones, por los periódicos, por el auge de la educación. En cambio, el tipo que iba al

por entonces allí se estaba desarrollando la Guerra de los Cien Años en la que Francia luchaba contra Inglaterra. Esta revuelta tuvo tal importancia que a partir de entonces el término *Jacquerie* se emplea en Francia para cualquier revuelta campesina. [N. d. .]

cuartel muchas veces volvía de allí tosco, transformado, impregnado de ideas socialistas, que popularizaba al volver a casa.

Si le sumamos que la gente del campo padecía el malestar general, se quejaba de impuestos e hipotecas, entenderemos que llegó un día en que podaron de su mente la paja de los prejuicios y odios, contra la gente de los pueblos, que fueron retenidos allí por los privilegiados.

Considerable fue la influencia de las cooperativas agrícolas. Revivieron entre los campesinos las prácticas de asociación y entendimiento común que la burguesía se había esforzado por sofocar. Como muchas de estas cooperativas vendían sus productos a través de las cooperativas de consumo de los centros industriales, esto contribuyó al acercamiento.

Más fructífera aún fue la acción de los sindicatos campesinos que se afiliaron a la Confederación, o que se constituyeron y desarrollaron bajo su influencia. Estos sindicatos adoptaron la táctica de lucha de la CGT, abrazaron su ideal y lo propagaron. Cuando se había visto a los campesinos participar en los congresos confederales, nadie podía engañarse sobre el impacto social de este evento. Fue la demostración de que, en adelante, se hizo el pacto, se logró la alianza, entre campesinos y obreros.

Los viticultores del Sur y los leñadores del Centro fueron los primeros campesinos confederados. ¡Los otros siguieron! Los campesinos del Norte, los resineros de las Landas, los horticultores de la región parisina. Otros vinieron después y, pronto, en la Francia terrestre, se extendió y creció una red sindical viva y vibrante. Los marginados de la tierra ya no eran polvo humano; la solidaridad les había dado vigor y fuerza; habían dejado de ser apáticos, pesados y no temían el futuro, pues se familiarizaban con la obra de emancipación y de toma de posesión de la tierra que tanto anhelaban.

También, en muchas regiones, los campesinos respondieron al llamado a la huelga general. Se asociaron al movimiento con tanta mayor calidez e impetuosidad cuanto que no lo interpretaron en el sentido restringido y estrecho de una simple protesta contra las acciones del poder. Limitar la huelga únicamente a la suspensión del trabajo les pareció insuficiente y, en lugar de limitarse a cruzarse de brazos, pensaron en gestos más categóricos. En su opinión, la ocasión era propicia para llevar a cabo el acto esencial que estaba cerca de sus corazones: la liberación de la tierra. Así que se mantuvieron alerta, porque querían actuar bien, pero no ser los únicos. A los primeros síntomas de una efervescencia claramente revolucionaria, les sobrevino la audacia, se desvanecieron sus últimas vacilaciones: se

levantaron para tomar la tierra. ¡La tierra! que, para el campesino, es la vida asegurada, la libertad conquistada.

El choque revolucionario, por lo tanto, repercutió en los pueblos, ¡y fue una nueva Jacquerie!

En las llanuras del Norte, de Brie, de Beauce, y en todas las partes donde los grandes cultivos no dejaban una parcela de tierra al campesino, estalló la revuelta y las grandes haciendas fueron tomadas. En los bosques del Centro, los leñadores, veteranos de la organización gremial y familiarizados desde hace mucho tiempo con el trabajo conjunto, persiguieron a los madereros, ocuparon las tierras, los bosques. En el Sur marcharon los viticultores; pero ya no estaba al llamado de los dueños, como en 1907, sino al contrario, iba a ir tras ellos.

Esta Jacquerie fue acelerada por uno de esos pánicos de los que encontramos ejemplos en la historia. De pueblo en caserío corrió el rumor de que los “bandoleros” estaban invadiendo el campo, viniendo a repartirse la tierra. Esta fue la reedición del gran miedo de 1789.

¿A qué causas debemos atribuir hechos de este orden? ¿Deberíamos echar la responsabilidad sobre los reaccionarios que, esperando sacar provecho de lo peor, creyeron, gracias a estos falsos rumores, exasperar a los campesinos contra los revolucionarios?... ¿O los

revolucionarios, por cálculo maquiavélico, usaron este recurso para sacudir la apatía campesina?

Las dos tesis son igualmente plausibles, si nos remitimos a datos históricos anteriores: en 1789, aristócratas y revolucionarios contribuyeron –ambos– a sembrar el pánico en el campo... Pero, ¡sólo la revolución salió beneficiada!

Sea como fuere, venga de donde venga el ímpetu –en este caso– el resultado fue que, como en 1789, los campesinos se levantaron y se armaron... ¡Se juntaron, se unieron!

Una vez en pie, no vieron aparecer en el horizonte a los bandoleros anunciados, pero, sacudiéndose la pasividad, sufrieron a su vez el efecto del ambiente revolucionario. Hicieron lo que en tantos otros pueblos ya se había hecho: ¡Descubrieron al verdadero bandolero, al rico, al gran terrateniente, al Estado y sus sanguijuelas!

Y entonces, al igual que sus antepasados de 1789, fueron atrapados por el apetito por la tierra. En poco tiempo se generalizó la toma de posesión. Donde antes existían sindicatos, la iniciativa vino de ellos; en otros lugares, los rebeldes se agruparon y, sin demora, formaron sindicatos destinados a convertirse en el núcleo de la nueva comunidad.

¿Qué podrían hacer las autoridades locales contra esta inundación desbordante? El alcalde, los pocos funcionarios

estatales y los pocos privilegiados de la comuna estaban impotentes. Además, la mayoría de ellos no estaban dotados de un temperamento combativo y, por mucho que les hubiera gustado ser defendidos, estaban muy poco dispuestos a defenderse. Sin embargo, ya no existía ninguna fuerza de compresión. Los pocos gendarmes del cantón, cuyo ardor mercenario se había desvanecido, vieron la revuelta sin desagrado. En cuanto al ejército, se estaba derritiendo y dispersando visiblemente. Muchos soldados regresaron al pueblo, felices por su pronta liberación; algunos que, huyendo de los cuarteles, se habían llevado fusiles y municiones, se clasificaron entre los revolucionarios y se distinguieron por su espíritu de iniciativa y su ardor.

Ciertamente, a menudo los rebeldes eran sólo un puñado de audaces en el pueblo; pero estaban seguros de la aprobación tácita de la mayoría y, por pocos que fueran, menos aún eran los privilegiados. Estos, aislados y dispersos, se encontraron empantanados en un ambiente hostil. Algunos, sin embargo, negándose a aceptar los hechos y también negándose a emigrar, intentaron resistir. Estaban orgullosos de su educación, sabían que eran fuertes y robustos. Pero vivían demasiado en la memoria del pasado: descontaban el prestigio de su decadente esplendor, contaban con el respeto del que estaban acostumbrados a ser rodeados.

Cuando se vieron desamparados, solos, abandonados a sus propias fuerzas; cuando vieron que sus siervos se negaban a pelear por ellos; cuando se vieron boicoteados, tratados como leprosos, tuvieron que reconocer lo poco que pesaban sus fuerzas físicas ahora que sus privilegios se desvanecían. Además, los revolucionarios no tenían alma sanguinaria. Atacaron menos a los individuos que a la riqueza, sabiendo que, privados de los medios de corrupción, los capitalistas más temidos serían incapaces de hacer daño. Sin embargo, hubo, en muchas circunstancias, ejecuciones brutales; se ejerció la venganza. Pero estos dramas eran excepciones, no un sistema.

Entre todos los propietarios, los más asustados, los más aplastados bajo el peso de los acontecimientos eran los que habían huido de París o de los centros industriales para refugiarse en sus villas o castillos. Habían venido a buscar la calma en sus tierras, con la esperanza de esperar allí sin obstáculos el final de la agitación.

Y ahora se desató sobre sus cabezas, ¡al menos tan tumultuosa e implacable como en la ciudad! ¡Y ahora los campesinos, libres de todo respeto, hablándoles de igual a igual, venían a llamarlos a abandonar estas grandes propiedades de las que sacaban orgullo y provecho!

Abdicar la tierra en favor de quienes la cultivan... ¡Ese fue el fin de todo! ¡Fue más horrible que el Terror de 1793!...

¡Esta tierra, que les fue exigida con arrogancia, se habría abierto bajo sus pies si su terror no hubiera sido peor!

XIV. EL FIN DEL COMERCIO

Debemos regresar a París, que dejamos en medio de una crisis de reorganización. Fue un período caótico y confuso, pero también de un impulso magnífico. Nadie se enfurruñó por el dolor. Nos sobrecargamos de trabajo con deleite. Aportamos al trabajo un fervor y una tenacidad incomparables. ¡Era para uno mismo que uno trabajaba! ¡Nos sentimos maestros del futuro!

Todos los problemas surgieron al mismo tiempo y, a todos ellos, había que encontrarles una solución satisfactoria. Pero, de todos ellos, ninguno era más apremiante que el de subsistencia.

París no podría prescindir de la afluencia continua de productos alimenticios. Y era tanto más urgente restablecer las llegadas regulares cuanto que, durante el período de la huelga general, se habían agotado las existencias. Por otra

parte, era de suponer que, en un principio, la confianza en el nuevo régimen no sería suficiente para que horticultores, criadores y diversos proveedores accedieran a realizar envíos a París, sin la certeza de recibir una remuneración por sus envíos.

Esta dificultad fue superada por expedientes. Recurrimos a las reservas de efectivo de los bancos y, a la espera de que se habitúen a otros métodos de cambio, compensamos a los proveedores según los antiguos métodos comerciales.

Los diversos sindicatos de alimentos, cada uno en su ámbito, habían elaborado un inventario de los suministros almacenados y elaborado estadísticas aproximadas de las cantidades de productos necesarios diariamente. Paralelamente a esta operación, se había instruido a los delegados a visitar los centros de despacho, dando a los remitentes las garantías deseables, para que se restablecieran los despachos. Para cumplir con este mandato no faltó buena voluntad. Además de los militantes de las grandes cooperativas de consumo o de compra –como el Almacén Mayorista, entre otras– que, dadas sus relaciones establecidas, fueron de inestimable ayuda, se ofrecieron con avidez otras ayudas. Los sindicatos supieron aprovechar la experiencia y los conocimientos de desertores de la burguesía, que habían asumido funciones o roles

importantes en la sociedad capitalista y que, acudiendo francamente a la revolución, querían hacerse útiles.

Estos delegados de abastecimiento no sólo tenían una labor puramente material y comercial, también tenían una misión propagandística. En regiones donde los sindicatos agrícolas y las cooperativas de producción habían estado funcionando durante mucho tiempo, su misión se simplificó; las mentes estaban preparadas allí para modos de intercambio menos rudimentarios que el de trocar sus productos por oro. En las regiones donde la vida social recién había comenzado con la revolución –y más aún en los rincones refractarios– tuvieron que desplegar todos sus medios de persuasión. En ningún caso podría tratarse de recurrir a la fuerza. Esto era legítimo para reducir a los gobernantes a la impotencia, para aniquilar la explotación capitalista, ¡y no para convencer al pueblo!

Si hubiera campesinos, artesanos, terratenientes magros, pequeño burgueses, a quienes los misioneros de la revolución no pudieran hacer partícipes de sus convicciones, el tiempo y el ejemplo lo remediarían.

Sin detenerse, los sindicatos de panaderos, carniceros, lecheros, tenderos y otros se habían puesto en condiciones de asegurar la distribución y perfeccionar el mecanismo. Eran ellos quienes, en lo sucesivo, cada uno en su especialidad, se encargaban de proveer a las necesidades,

convirtiéndose la distribución en una función social. El sistema de tiendas dispersas o erigidas frente a frente, compitiendo entre sí, era demasiado absurdo para mantenerse.

A la espera de algo mejor, se elaboró un inventario apresurado de las tiendas útiles y se cerraron las consideradas superfluas. En la mayoría de los casos, estas medidas se tomaron con el consentimiento de los antiguos propietarios de estas pequeñas empresas. Pequeños empresarios, panaderos, carniceros, tenderos, fueron invitados a unirse al sindicato de su corporación y, de comerciantes, se convirtieron en despachadores –en su tienda, cuando se conservó. Aquellos de ellos que rechazaron estas propuestas simplemente fueron boicoteados: no encontraron trabajadores para trabajar por cuenta propia. Además, como tenían que comprar, según el antiguo sistema, tenían muy pocos clientes. La lección fue beneficiosa para la mayoría, quienes rápidamente llegaron a un acuerdo y no tuvieron que deplorarla.

El fideicomiso de determinadas empresas alimentarias facilitó el aprovisionamiento y la distribución; así fue, entre otros, para la lechería. Los servicios de los fideicomisos se volvieron a poner en actividad y sólo fue necesario modificar el régimen de estas casas monopolizadoras para convertirlas en organismos sociales.

Las cooperativas de consumo que, en la sociedad burguesa, habían sido útiles para competir con el comercio, para liberar el consumo de las garras del capitalismo, estaban a punto de marchitarse, ahora que las funciones de distribución, que hasta entonces habían desempeñado, volvían a los sindicatos. Sin embargo, durante el período de prueba y error y reorganización, prestaron un buen servicio y fueron valiosos auxiliares.

En las diversas ramas del antiguo comercio, la organización de los servicios de distribución operaba al mismo nivel que para los alimentos: los sindicatos de empleados de cada categoría pretendían servir de intermediarios entre productores y consumidores, simplificando al extremo las operaciones. Como ya no se trataba de hacer tráfico, de lucrarse con el servicio prestado por estos intermediarios, el funcionamiento de las tiendas recordaba el sistema de las cooperativas de consumo.

La multiplicidad de tiendas que una vez compitieron ferozmente fue reemplazada por una red de tiendas generales, con depósitos de barrio. Esta simplificación tuvo como primer resultado aligerar considerablemente el mecanismo de distribución, y un número de empleados, que se habían vuelto inútiles, se replegaron en la producción. La organización metódica de estos almacenes generales y depósitos no se llevó a cabo sin resistencia. Muchos

pequeños comerciantes se asustaron y persistieron en vivir sus antiguas vidas. A estos, no se hizo violencia. Se les dejó vegetar en su rincón. Otros se ablandaron y, con ellos, hubo una transacción, como en el comercio de alimentos: algunas de sus tiendas se transformaron en depósitos de barrio y las aprensiones que, desde los primeros días, habían rondado a estos ex comerciantes, desaparecieron... Pronto se dieron cuenta de que no habían perdido: su existencia, frecuentemente llena de inquietudes, preocupaciones, molestias, había dado paso a una vida más tranquila, sin miedo al mañana.

La distribución de las necesidades básicas se llevó a cabo en un modo comunista. Sólo se requería, en las tiendas de distribución, presentar una tarjeta de consumo, emitida por el sindicato al que cada uno estaba afiliado. Provisionalmente, salvo el pan y el azúcar –el trigo abundaba y las existencias de azúcar eran considerables–, había que conformarse con un ligero racionamiento –que no constituía una privación– pero que por el momento justificaba el temor de llegadas insuficientes o irregulares.

No se tomó ninguna medida excepcional contra el "ci-devant". No creíamos que tuviéramos derecho a matarlos de hambre. Había más generosidad hacia ellos que la que ellos tuvieron hacia los desafortunados, los desempleados, las víctimas de la sociedad capitalista. Eran

libres de abastecerse, ya sea por una tarifa o mediante la presentación de tarjetas de consumo especiales que se les emitían en la Bolsa de Trabajo. Esto fue solo temporal, hasta que su situación se resolvió. Efectivamente, iba a surgir la cuestión del parasitismo, porque en la colmena social no podía haber lugar para los avispones.

Al mismo tiempo que se solucionaba el problema alimentario, también se pensaba en vestir y alojar adecuadamente a los desheredados del antiguo régimen. Por todas partes, en los barrios, en las calles, en las cuadras de casas, se formaban grupos de afinidad, grupos de investigación e iniciativa que hacían por los desdichados lo que éstos no se hubieran atrevido: les procuraban ropa, ropa blanca, muebles; identificaron locales deshabitados y los trasladaron allí. Lo mismo hicieron con respecto a las familias que languidecían en las casuchas.

Esta preocupación constante por traer una mejora inmediata a la suerte de las masas fue la característica dominante de la revolución. Los más inconscientes sintieron que algo había cambiado, que el aire era más respirable, la vida menos dura, menos dolorosa.

Y debido a que los elementos revolucionarios estaban dominados por esta preocupación –aumentar inmediatamente el bienestar general– la revolución se hizo

invencible, pudo vencer toda resistencia, superar todas las dificultades.

XV. FERROCARRILES Y PTT

La reorganización de los grandes servicios de comunicación y circulación era de lo más urgente. Se empezó tan pronto como el gobierno fue aniquilado.

La incapacidad administrativa del Estado había sido tan notoria que la gestión autónoma por parte de los grupos interesados aparecía –aun para los hombres que veían con antipatía la revolución– como la solución lógica y única plausible. Esta transformación de los antiguos servicios públicos se simplificaba por su propia forma y, para cada uno de ellos, el personal la realizaba con relativa facilidad. Sólo había un objetivo, adaptarlos a las necesidades para las que fueron creados, de forma que se obtuviera el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo.

En el servicio de correos, telégrafos y teléfonos, fue, por supuesto, la federación sindical del PTT la responsable de la tarea de revisión. Mientras se restablecían sumariamente las comunicaciones, se organizó un congreso de todos los servicios y comisiones de revisión administrativa recibieron del mismo el mandato de proceder a la depuración del personal. Los líderes parásitos, indignos e incapaces fueron barridos; luego de lo cual, estas comisiones, inspiradas por todas las indicaciones que les llegaron, recomendaron una reorganización que sustituyó la competencia por la autoridad. Los ingenieros, los especialistas, los administradores y, en una palabra, los verdaderos sabios –en cualquier orden– no fueron despreciados ni ignorados; se les permitió usar sus habilidades. Esto cambió desde tiempos pasados, cuando la intriga se valoraba más que el conocimiento.

Terminada felizmente esta tarea preliminar, se ocuparon de la simplificación del servicio. El papeleo que en el antiguo sistema parasitario se había desarrollado desenfrenadamente quedó reducido a la más simple expresión. El resultado fue más ágil para que el trabajo real se pudiera hacer mejor y más rápido, y con menos personas. Naturalmente, estas juntas de revisión no decidieron por su cuenta y no decidieron arbitrariamente sobre la reorganización. La División de Servicios lo hizo fácil. Una vez elaborado el plan general, eran los interesados quienes,

dentro de su área de actuación, en su grupo o su sección de trabajo, se hacían cargo de la puesta a punto y reorganización del servicio. Por este método, no hubo sofocación de iniciativas y, gracias a esta coordinación de esfuerzos comunes, dirigidos en una dirección convergente, fue posible obtener una unidad de funcionamiento, nunca antes realizada.

Lo que hicieron los carteros en este caso –y lo que se hizo en los diversos servicios públicos– fue sólo una repetición de lo que se hizo comúnmente durante la revolución de 1789–1793. Sólo que, en este tiempo remoto, fue en el marco militar, y no en el social, que la revuelta se materializó en hechos significativos.

Así, en los primeros días de abril de 1791, bajo el reinado de Luis XVI, el regimiento de Auvernia, guarnecido en Phalsbourg, destituyó a todos sus oficiales y los reemplazó con hombres de su elección. Un testigo presencial nos dejó el relato de la operación:

“Hacia la una de la tarde, el regimiento, al mando de sus suboficiales, se alinea en una plaza de la Place d'Armes. Los oficiales nobles estaban en el café, bebiendo y apostando. Suenan los tambores, salen tres veteranos de las filas y uno de ellos saca un papel del bolsillo y lee. Ordena al sargento Ravette que salga de las filas. Este último avanza, arma en mano, y el viejo

soldado le dice: "Sargento Ravette, el regimiento lo reconoce como su coronel..." Luego, continuando la lectura, designa sucesivamente al teniente coronel, al mayor, capitanes, tenientes, etc.

“Los oficiales nobles, a quienes este espectáculo había atraído y enfurecido, querían intervenir. El nuevo coronel, en tono cortante, les dijo: "Señores, tienen seis horas para desalojar el lugar..." Después de lo cual, el regimiento volvió a sus cuarteles... y, al día siguiente, uno de los ex oficiales ya no estaba en la ciudad.”

Esta purga militar fue del mismo orden –aunque en distinto ámbito de acción– que la llevada a cabo por los carteros de la nueva revolución. Resulta así que hay, en la táctica revolucionaria, una identidad persistente que se encuentra en diferentes épocas, modificada únicamente por la diversidad del medio.

Al mismo tiempo que la federación PTT realizaba la reorganización material de los servicios, dilucidaba y resolvía el delicado problema de las relaciones con el público. El sistema que se adoptó –transporte gratuito de correspondencia y comunicaciones telegráficas y telefónicas– tardó mucho en elaborarse; se había vislumbrado, incluso en la sociedad burguesa, que se había trasladado allí paulatinamente. De hecho, ¿no era el

franqueo de diez céntimos casi gratuito para las cartas a las colonias? ¿Y no era comunismo relativo exigir el mismo impuesto por una carta de pocos kilómetros que por una transportada más allá de los mares?

Con la gratuidad, el mecanismo de los servicios se reducía a sólo funciones útiles; fue relevado del trabajo de contabilidad y de toda la complicación involucrada en el sistema monetario. Esta transformación tuvo el resultado que se había observado anteriormente, cada vez que bajaban las tarifas de conexión: aumentaba el tráfico. Pero, paralelamente a este aumento, hubo una caída considerable, que fue consecuencia de la supresión del comercio, de los negocios del agio.

En adelante, sólo hubo correspondencias con países extranjeros que quedaron sujetas a las prácticas del sistema monetario, a las formalidades de franqueo o pago de impuestos; en el interior, el envío de cartas, telegramas, así como comunicaciones telefónicas, se realizaba previa presentación de la tarjeta gremial de consumidores.

Naturalmente, la comunización de los servicios del PTT implicaba una reciprocidad, que ponía a su personal en condiciones de atender sus necesidades. Así se dispuso en el Congreso de la Confederación del Trabajo, donde se decidieron cuestiones de carácter general y durante el cual se discutieron las propuestas de comunización total, en el

lugar, de los grandes servicios públicos, el PTT, los ferrocarriles y otros.

Como corolario de esta decisión, se acordó que el personal de los servicios comunales recibiría “tarjetas” y “cuadernos de consumo”, que les permitieran atender sus necesidades.

La operación revolucionaria, que transformó tan radicalmente el servicio de comunicaciones –que puede describirse como la red nerviosa de la sociedad–, se repitió, casi idénticamente, para el funcionamiento de los ferrocarriles –que pueden compararse con la red arterial y venosa–.

El sindicato ferroviario sustituyó a las empresas privadas y al Estado, apoderándose de las estaciones, el material rodante y los talleres de fabricación y reparación. Hecho esto, al igual que para el servicio postal, las comisiones elaboraron las medidas útiles para establecer un funcionamiento lo más perfecto posible. Se aconsejó con la unificación de las redes, con la supresión de los comedores de presupuesto, con la depuración del personal, con la poda de toda la superfluidad burocrática, de papeleo y de contabilidad loca. Estas diversas medidas permitieron pasar al servicio activo a un número considerable de empleados, antes ocupados en trabajos ociosos y superfluos.

El transporte de pasajeros, así como el de mercancías, era gratuito y, para satisfacer sus necesidades, los empleados

recibían, como sus compañeros de la corporación postal, "tarjetas" y "cuadernos de consumo".

Este transporte gratuito no era, en realidad, más que la extensión a todos de un privilegio hasta entonces reservado a los grandes personajes del Estado, los diputados y otras personalidades, así como a determinadas categorías de funcionarios y empleados del ferrocarril. Es cierto que, en las primeras etapas, esta posibilidad de moverse como uno quisiera, sin perder una bolsa, fue una fuente de abuso. Tantos desheredados de la industria –especialmente entre la población femenina– nunca habían salido de la sombra de su fábrica, nunca habían visto una montaña o una playa, tantos campesinos nunca habían paseado por la ciudad, que la pasión por viajar que se apoderó de todos era excusable. Pero los inconvenientes resultantes fueron menores que el beneficio moral: la mezcla de pueblerinos y campesinos derribó muchos prejuicios y la alegría de viajar demostró hasta los más obtusos que la Sociedad, cuya era comenzaba, era superior al capitalismo.

XVI. VIDA EN LA CIUDAD

Mientras que, para la red postal y telegráfica y para los ferrocarriles, la dirección sindical sustituyó a la estatal, una transformación similar se llevó a cabo en los grandes servicios, como los de puentes y carreteras, transporte por agua, etc. Asimismo, se estaba produciendo la reordenación de los servicios urbanos, antes concedidos a empresas o municipalizados. En ambos, los sindicatos interesados se convirtieron en el centro de la actividad renovadora.

El poder municipal era una administración sobre la cual el concejo municipal sólo tenía un ilusorio derecho de control; pertenecía al Estado, era, como él, incompetente, como él, loco –y se hundió con él.

En cuanto al concejo municipal, un parlamento muy pequeño, fue una excrecencia democrática tan obsoleta como la Cámara de Diputados. Pero, como el Hôtel de Ville

tenía tras de sí el prestigio de la tradición revolucionaria, los sindicalistas debían cuidar, como hemos visto, de que no se explotara este atractivo y de evitar cualquier pastiche del pasado.

En adelante, la vida social tuvo otros focos: estuvo enteramente en los sindicatos. Desde el punto de vista municipal y departamental, la unión de los sindicatos locales –la Bolsa del Trabajo– debía tener todas las atribuciones útiles; asimismo, desde el punto de vista nacional, las atribuciones con que se había engalanado el Estado iban a revertir a las federaciones corporativas de sindicatos de la misma profesión y a la Confederación (unión de organizaciones regionales y nacionales, –bolsas de trabajo y federaciones corporativas).

Así, sobre las ruinas de la centralización, de la que se derivaba la explotación de los individuos, se establecería una sociedad descentralizada, federativa, donde los seres humanos pudieran evolucionar con plena autonomía. Era la inversión total de los términos: hasta ahora, el hombre había sido sacrificado a la sociedad; en adelante, la sociedad estaría hecha para él, sería el humus del que sacaría la savia necesaria para su desarrollo.

El imperio de la ley, impuesto por un poder externo a los particulares, sería sucedido por el sistema de contratos, elaborado por las partes contratantes y que siempre serían

libres de modificar y revocar. La soberanía abstracta y ficticia de que gozaba el ciudadano de una democracia debía ser sustituida por una soberanía real, que ejercería directamente, en todos los ámbitos donde se desarrollara su actividad.

Al mismo tiempo que desaparecía el trabajo asalariado, tenía que desaparecer todo vestigio de subordinación. Nadie debía ser, en ninguna capacidad, el empleado o el subordinado de nadie: habría, entre los seres humanos, contactos, contratos, asociaciones; enredos de grupos, pero cada uno prestaría servicio a su prójimo, en pie de igualdad y sujeto a reciprocidad. Y fue, porque así iba a ser, que toda asamblea legislativa quedó obsoleta, ya sea nacional, departamental, cantonal o comunal.

Como resultado, los sindicatos de trabajadores de los que dependía la vida de la ciudad –y que desde el principio simplemente se habían apresurado a restablecer los servicios– estaban igualmente ansiosos por elaborar las condiciones para su funcionamiento autónomo.

Los sindicatos de agua, energía eléctrica, gas y autobuses, que se encontraron frente a sus Compañías –grupos de capitalistas, de accionistas– procedieron, siguiendo el método inaugurado por los trabajadores de correos y ferrocarriles, a la necesaria revisión y depuración de personal, así como a la simplificación de servicios. Para los

gremios de saneamiento y servicios municipales, la toma se dio sin el menor problema, habiendo sido la municipalización un camino hacia la propiedad social; sólo tenían que reorganizar el trabajo.

En las corporaciones donde, incluso antes de la revolución, los sindicatos eran fuertes, la transformación se logró con bastante facilidad; los miembros del sindicato, que formaban el marco consciente del nuevo estado de cosas, guiaban a sus camaradas, les marcaban el tono. En cambio, en aquellos donde el núcleo sindical había permanecido débil e inconsistente surgieron dificultades; resultaron de la apatía que estas categorías de trabajadores habían mostrado hasta entonces: habiendo sido incapaces de rebelarse, era de esperar que fueran al menos tan incapaces de tomar las medidas exigidas por la reorganización administrativa y técnica de los servicios de los que eran responsables.

Entre otros, este fue el caso del personal de la red metropolitana, a quien la empresa operadora había sabido intimidar y mantener en estado de polvareda humana. No se puede, sin embargo, bajo la excusa de esta inercia, permitir que se perpetúe la administración capitalista; tampoco se podía ofender la mentalidad de los empleados afectados y proceder a una reorganización cuya urgente necesidad no habrían comprendido. Hubiera sido una mala

solución, porque hubiera consistido en sustituir la autoridad capitalista por una autoridad proletaria.

Para resolver esta dificultad, los muy pocos sindicalizados de esta administración, de acuerdo con militantes de otros grupos, emprendieron la conversión de sus compañeros. Los reunieron, les explicaron el mecanismo del nuevo orden social y tuvieron la dicha de encontrar menos obstinaciones, incapacidades e inercias de lo que habían supuesto. Era la demostración de que, si estos trabajadores habían permanecido dispersos, divididos hasta entonces, no era por falta de afinidades o repugnancia a la organización, sino consecuencia de la coerción capitalista que había frustrado sus deseos de cohesión y obstaculizado su agrupamiento. Libres del yugo que había aniquilado su iniciativa y su voluntad, se agruparon, aceptaron los consejos que se les daban, se familiarizaron con las tareas y responsabilidades que les iban a corresponder y adquirieron las aptitudes necesarias.

Estos no fueron los únicos en doblegarse a los acontecimientos, que de ninguna manera estaban preparados para aceptar o sufrir. Muchos otros hicieron lo mismo y recurrieron a esta educación mutua de la vida nueva que, dada sin pretensiones, fue acogida sin vacilaciones.

También estaba la evolución de los sindicatos amarillos, en los que los capitalistas habían puesto alguna vez tantas esperanzas; sin oponer la menor resistencia, se dejaron arrastrar por la estela revolucionaria. No había nada paradójico en eso. Estas aglomeraciones laborales, constituidas artificialmente para la defensa de los patronos, eran inestables y era natural que, libres de domesticación, se preocuparan por los intereses reales de sus miembros.

Además, cada vez que la burguesía, para garantizar su futuro y evitar la propagación de ideas subversivas, había favorecido el surgimiento de grupos obreros, con la esperanza de mantenerlos a raya y utilizarlos como instrumentos, había tenido algunos reveses.

El ejemplo más típico fue la formación en Rusia, bajo la influencia de la policía y la dirección del Padre Gapon, de sindicatos amarillos que evolucionaron rápidamente del conservadurismo a la lucha de clases. Fueron estos sindicatos los que, en enero de 1905, tomaron la iniciativa en la manifestación frente al Palacio de Invierno de Petersburgo, punto de partida de la revolución que, sin lograr derrocar al zarismo, logró atenuar la autocracia.

Por lo tanto, la reorganización económica no encontró obstáculos insuperables; las masas trabajadoras, incluso las más cerradas a nuevos logros, siguieron la corriente.

Esta plasticidad no se debió sólo al alivio ocasionado por la ruina del capitalismo, sino también a la consecuencia de la aceleración evolutiva que marca todos los períodos revolucionarios: las fibras humanas vibran entonces con gran intensidad, el cerebro trabaja más acelerado y la adaptación al medio se hace más rápida. Y es raro que los más fríos, los más escépticos, agarrados, estremecidos, no logren calentarse, emocionarse.

Al mismo tiempo que los sindicatos, cuyo funcionamiento era esencial para la vida de la ciudad, procedieron a la depuración, así como a la reorganización de sus servicios, no quedaron confinados en el aislamiento. Entre ellos no existían los tabiques estancos que caracterizaron a las antiguas administraciones; no se desconocían y supieron establecer relaciones intersindicales que dieron a los servicios municipales una coordinación que nunca antes habían tenido. Esto resultó en una división del trabajo que no tuvo las inconsistencias del antiguo régimen. Ya no asistimos, por ejemplo, a las sucesivas excavaciones y sucesivas repavimentaciones de un mismo camino para la ejecución de varias obras que, con un poco de acuerdo, podrían haberse realizado simultáneamente.

La máxima era hacerlo rápido y bien, pero su aplicación fluía de la estructura social y no de órdenes y mandatos. Ya no había interés en alargar el trabajo, acumular y exagerar

las horas de presencia, ni en sabotear, hacer malas obras o malgastar materiales. Hacerlo habría perjudicado a todos y a uno mismo, sin el menor beneficio.

Codo a codo con estos sindicatos, que se encargaban de las obras municipales, se formaron grupos y asambleas de todos los que quisieron afiliarse a ellos, sin distinción de profesiones, como habitantes y no como productores.

La ciudad se encontró así envuelta, enredada en una red federativa que tenía la ventaja de familiarizar a toda la población con su nueva vida.

Estos grupos se preocuparon por las medidas de higiene y saneamiento y, a través de sus consejos y críticas, participaron en la administración de la ciudad. Asumían las funciones de dirección moral de los edificios, proclamados propiedad social y, naturalmente, puestos a libre disposición de todos: se ocupaban de su mantenimiento, de su reparación; elaboraron las estadísticas de locales vacíos, se ocuparon de regularizar mudanzas y acondicionamientos; también contaron los locales insalubres y, para que allí se hicieran los trabajos necesarios, se pusieron en contacto con los gremios de la construcción; marcaron para su destrucción los edificios innobles que ocultaban en sus chozas todas las pestilencias y todos los gérmenes de infección.

Para estas tareas, estos grupos fueron ayudados por comisiones de arquitectos, contratistas, ingenieros, aliados a la revolución, que contribuyeron, con afán, al saneamiento y al embellecimiento de la ciudad.

Entre las múltiples tareas asumidas por estos grupos, ninguna tenía tanto carácter de *corvee* (gratuito) como la que consistía en asegurar una justa distribución de las viviendas. Mientras la cuestión se había limitado a desalojar a los desdichados de sus chozas y acomodarlos mejor, la cosa había sido relativamente sencilla. Distinto era, cuando había que satisfacer las quejas de los inquilinos que se sentían incómodos. En su mayor parte, sus quejas estaban justificadas, ya que los edificios del antiguo régimen rara vez se construyeron con miras a la comodidad, sino siempre con una preocupación por la "rentabilidad". Las mansiones principescas de los barrios aristocráticos en sí, aunque atractivas en apariencia, no eran prácticas de usar: la comodidad solo era posible allí con la ayuda de una gran cantidad de sirvientes.

Abundaban los proyectos que, una vez realizados, debían permitir a cada uno encontrar alojamiento, cada uno según sus gustos. Ahora que la tierra no tenía más que utilidad, que todo su valor económico se había desvanecido, se pensaba en construir edificios cómodos, lujosos, donde no se escatimara espacio y que se adaptaran a las necesidades

derivadas de la transformación social. Pensamos también, en lugar de apelotonarnos tanto en las enormes y estrechas jaulas de moscas, de seis o siete pisos de altura, desparramarnos por los suburbios y construir allí viviendas donde se pudiera disfrutar mejor del "hogar".

¡Ese era el futuro!... ¡Un futuro que se iba a realizar rápidamente!... Pero, mientras esperábamos tener París como lo queríamos, teníamos que resolver vivir en él como lo teníamos. ¡Hicimos lo mejor que pudimos!

Además, como la distribución de locales no se hizo por método autoritario; como fueron los propios habitantes quienes en sus grupos lo decidieron –primero por calles, luego por barrios, luego por el conjunto–, la operación se llevó a cabo con el mínimo de tensión.

De antemano, se decidió que un cierto número de viviendas principescas, flanqueadas por espléndidos jardines, estarían reservadas para los ancianos. Entonces, en principio, se acordó que todos mantuvieran su antiguo local, contando con un mínimo de una habitación por persona, y que los peor alojados se mudaran primero.

Se invitaba a los "ci-devants" (clases altas) que no habían emigrado, con el tacto deseable, a elegir las habitaciones de sus edificios que deseaban reservarse para sí mismos; como la mayoría de ellos, privados de sirvientes, se ocupaban ellos

mismos de sus casas, cumplieron sin que su orgullo sufriera demasiado.

Luego, después de hacer un censo de los locales disponibles, entre los cuales se contaron los abandonados por los emigrantes, se hizo una encuesta común en los grupos de casas y calles, y, por opinión común, se elaboró una lista, con indicación de urgencia y necesidad, inquilinos que, por razones de higiene, tuvieron que cambiar de local.

A estas primeras encuestas, transmitidas a grupos de vecinos, se les dio una nueva clasificación –siempre basada en la urgencia y la necesidad– y los que se encontraban en peores condiciones fueron los primeros en elegir vivienda. Gracias a este sistema, los que en la sociedad burguesa habían estado en peor situación, se encontraron mejor alojados.

XVII. ORGANIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

La toma de posesión no se restringió a los servicios cuya reorganización acabamos de esbozar; continuó con igual ardor en todas las ramas de la actividad social.

Los sindicatos, que en la sociedad capitalista habían sido grupos de combate, se transformaron en grupos de producción y, cada uno en su ámbito, comenzaron a reorganizar el trabajo. En su mayor parte, no fueron tomados por sorpresa; discusiones y disertaciones previas, en congresos, en los diarios corporativos, así como la divulgación de las ideas socialistas y anarquistas, habían hecho vislumbrar a sus militantes las tareas y operaciones a realizar en este caso.

Así, los sindicatos de cada industria, de cada profesión, tomaron posesión de las fábricas y talleres que les pertenecían. ¡No siempre fue fácil! Los jefes retrocedieron,

no queriendo escuchar nada, negándose a discutir nada, tan hoscos como un mastín que defiende su hueso. Unos, de mentalidad feudal, aficionados a sus privilegios, decidieron fortificarse en sus fábricas, decididos a renovar las hazañas de la familia Crettiez, en Cluses; allí se encerraron y, fusil en mano, esperaron a los confederados.

¡Pero los tiempos cambiaron! Cuando la familia Crettiez disparó contra sus trabajadores, estaban desarmados y los soldados que montaban guardia en las puertas de su fábrica les permitieron disparar sin obstáculos, lejos de intervenir, impidieron que los trabajadores derribaran las puertas para correr hacia las hogueras.

En cambio, los patronos que imitaron a los Crettiez se encontraron solos, frente a trabajadores decididos y armados. Los papeles se invirtieron: ¡estos tenían los números y la fuerza! La lucha fue desigual; los patronos fueron derrotados.

Estos incidentes hicieron poco para obstaculizar la reorganización de los métodos de trabajo. Se enumeraron las fábricas, se calculó su posible producción, así como el número de trabajadores en la corporación. Luego de lo cual, los sindicatos elaboraban las estadísticas de los productos que se podían fabricar en un tiempo determinado; también indicaron las cantidades de diversas materias primas proporcionalmente necesarias. Esta información la

transmitían a su federación corporativa y a su Bolsa de Trabajo que, en adelante, serían los centros donde se condensarían las estadísticas de producción y consumo. Allí fluirían las ofertas y los pedidos; de allí iban a irradiar las indicaciones sobre la utilidad de producir en mayor cantidad, tales o cuales objetos, más requeridos que tales otros; de allí llegarían las indicaciones para dirigir sobre tal o cual punto, materias primas y productos elaborados.

Un efecto inmediato de la reorganización fue modificar el absurdo sistema de producción incoherente y desordenada, tan practicado bajo el capitalismo. En el pasado, el fabricante a menudo producía a ciegas, sin fijarse en la posibilidad de vender los bienes fabricados por los trabajadores que trabajaban para él; en el futuro produciríamos con seguridad, con la certeza de satisfacer una necesidad.

Otra modificación, profunda y de extrema importancia, fue poner en producción una lealtad hasta entonces desconocida: la producción se realizaba para el uso y no para la venta, para la utilidad y no para la ganancia. Así desapareció el abominable sabotaje, que había estado en honor en todos los niveles de la escala industrial y que había enriquecido a tantos patronos y proveedores sin escrúpulos: se eliminaron las mercancías defectuosas, malas, adulteradas, falsificadas, de mala calidad y chatarra.

¿Por qué habríamos perdido un tiempo precioso, desperdiciando materias primas en tales producciones? Era bueno antes, cuando el bien de uno se componía de la desgracia de los demás. Hoy era todo lo contrario; los intereses de los productores eran idénticos y estaban soldados a los de los consumidores; por lo tanto, nadie tenía ninguna ventaja en engañar o robar a su prójimo.

Esta tendencia a la franqueza y a la buena fe en las relaciones económicas, este desprecio por la falsedad, este desdén por el espíritu de lucro, se manifestaron desde los primeros momentos. Iban a acentuarse aún más, tanto más cuanto que no eran el resultado de una cultura individual, sino que fluían de la estructura social misma.

No existía una fórmula rígida y sectaria en los métodos de reorganización del trabajo; se tuvo en cuenta los temperamentos y las afinidades. Había variantes, dependiendo de si se trataba de fábricas grandes o medianas, o supervivencias de la artesanía. Una vez tomada la posesión, cuando ciertos compañeros expresaron el deseo de trabajar como artesanos, en forma aislada, sus preferencias no fueron contrapuestas. Del mismo modo, la formación de equipos de trabajo, en grandes y pequeñas instalaciones, no resultó de mandatos arbitrarios, sino de la comprensión entre camaradas, del reclutamiento mutuo. Asimismo, la distribución de las distintas funciones se llevó

a cabo mediante deliberaciones y acuerdos de los equipos interesados.

Como las tareas de coordinación, dirección, organización y especialización no iban a procurar mayor beneficio a quien estuviera a cargo de ellas, las competencias se reducían al mínimo y las elecciones eran a menudo acertadas. Además, en la sociedad burguesa, la clase obrera ya se había familiarizado con esta selección de habilidades, a través de la práctica del trabajo limitado y del funcionamiento de las cooperativas de producción de base comunista, que allí se habían desarrollado fuertemente.

La resistencia patronal se rompió, pura y simplemente, cuando provino de los grandes industriales; al contrario, le pusimos formalidades, usamos la persuasión, frente a los pequeños o medianos jefes. Se les mostró que la socialización los aliviaría de la molestia de los negocios, de seguir órdenes, de los temores de la bancarrota. Los que persistían en vegetar según las viejas costumbres eran apartados; se les dejó vivir en los márgenes, a su antojo, con todas las desventajas de la vieja sociedad. Como no faltaban herramientas, desdeñaron las suyas, que sólo podían explotar muy imperfectamente, por falta de obreros dispuestos a trabajar por cuenta propia.

Frente a estas personas testarudas, muchos (jefes, contratistas, ingenieros) intentaron adaptarse. Sacrificando

lo ficticio de su existencia anterior, se sometieron a la vida sencilla que iba a ser, para ellos, la existencia en el nuevo medio. Para calmar sus arrepentimientos, argumentaron: “Supongamos que quebré, que me arruiné. Tendría que trabajar para vivir... Esto es lo que me pasa, con la diferencia de que no estoy arruinado en la empresa...”

Ahora bien, dado que el ser humano tiene una plasticidad considerable, que se adapta rápidamente a las más diversas condiciones, ambientes, climas, estos "ci-devants" recubiertos de optimismo, se amoldaron a la nueva vida, viviendo dulces horas, encontrando satisfacciones y alegrías cuyo sabor habían ignorado, durante la vida artificial, incluso excesivamente suntuosa, que pudo haber sido la suya bajo el antiguo régimen.

Al mismo tiempo que los sindicatos, en su círculo de acción, efectuaban la toma de posesión, presidían la coordinación del trabajo y se ocupaban de medidas calculadas para hacer menos tedioso el trabajo, por una mejor disposición de las fábricas y por la mejora del utillaje, continuaron otras operaciones.

Las federaciones corporativas, que vinculaban a los sindicatos de una misma industria, dispersos por todo el territorio, celebraban congresos, durante los cuales se aclaraban las condiciones generales de producción.

Atravesó un temor: que la producción sería insuficiente para satisfacer las necesidades básicas sin exceso de trabajo. Las estadísticas y la información recopilada tranquilizaron a los pesimistas. La gente estaba convencida de que, con un uso racional de la maquinaria existente, y gracias a la abolición del desempleo, tan cruel y prolongado en muchas profesiones en el pasado, la producción manufacturera alcanzaría el nivel necesario. En las corporaciones y para el trabajo donde quedaba una duda, se decidió apelar a la buena voluntad de todos aquellos que, en la sociedad burguesa, se habían ocupado de tareas inútiles o nocivas y que ahora iban a volver a la producción normal. En primera línea estaban los pocos cientos de miles de soldados del ejército disuelto; luego los obreros del equipo militar, los de las fabricas de armas, las fábricas de pólvora, los arsenales; luego los aduaneros, los empleados de concesión y gestión, los recaudadores de impuestos, los magistrados, los abogados, los alguaciles; luego, toda la serie de intermediarios, corredores, comerciantes, –finalmente, sirvientes de todo tipo... Eran tantos que su ayuda iba a ser suficiente para aumentar la producción en más de un tercio.

Esta enumeración de la mano de obra disponible fortaleció a los timoratos, les dio la certeza de una vida fácil para todos y exaltó su confianza en el futuro.

En cada federación calculaban el número de trabajadores adicionales que, para las distintas ramas, iban a ser necesarios. Y los parados, como los parásitos de ayer, sólo tenían que elegir: eran libres de decidir a qué tarea preferían dedicarse. Las valoraciones de las cantidades de materias primas, de los montones de productos manufacturados que iban a ser indispensables, así como las relativas a la distribución del trabajo en los distintos centros, fueron facilitadas, para ciertas industrias, por el mecanismo de los "comités" que anteriormente habían "controlado" estas industrias, o incluso las monopolizaron en secreto. Este fue el caso de las minas de carbón, de los altos hornos, de las grandes fábricas metalúrgicas.

Las sedes de estos "comités" que, bajo un aspecto inocuo, habían constituido para ciertas ramas de la producción una especie de dictadura industrial –violentamente combativa respecto de los trabajadores de la corporación– fueron ocupadas, desde los primeros días de la victoria, por los huelguistas generalistas. Descubrieron allí documentos valiosos, estadísticas serias, y se beneficiaron de ellos para la reforma social.

Cada uno de estos congresos reunía a los sindicatos de trabajadores que participaban en una de las tantas funciones de utilidad social: estaba el congreso de mineros, ferroviarios, docentes, etc.

Los trabajadores de las diversas industrias de lujo, los que trabajan con metales raros, joyeros, orfebres, también realizaron congresos. Consideraron qué proporción de utilidad podría atribuirse a sus trabajos. Si bien consideraban que su artesanía no podía ser despreciada, pues las necesidades del arte y el lujo debían ser satisfechas –popularizadas y no eliminadas–, concluyeron que, momentáneamente, su esfuerzo debía dirigirse a producciones más urgentes.

También se reunían trabajadores de industrias inútiles, oficios o empleos abolidos –trabajadores de establecimientos bélicos, fábricas de pólvora, arsenales navales, funcionarios de aduanas–, para examinar en común qué trabajo realizarían, para que su actividad no fuera rechazada.

Así, en las bases de sus organizaciones particulares, las diversas categorías de trabajadores elaboraron las condiciones especiales de su entorno y se prepararon para participar en la obra de coordinación general que debía surgir del Congreso Confederal.

XVIII. EL CONGRESO CONFEDERAL

Llegaron delegados de todas partes de Francia. Venían de todos los oficios, de todas las profesiones. En el enorme salón donde se realizó el congreso, campesinos, maestros, pescadores, médicos, carteros, albañiles, se codeaban con jardineros, mineros y metalúrgicos. Toda las compañías estaban allí, en resumen.

Espectáculo conmovedor fue el de esta asamblea donde se reunieron los más enérgicos y entusiastas de los combatientes de la revolución y que, inaugurando una nueva era, iban a sacar a relucir y condensar las aspiraciones del pueblo, para indicar de qué manera se resolvería a 'comprometerse'.

Los viejos militantes ¡que habían visto tantos congresos! – que habían luchado duramente, habían conocido la amargura de las luchas contra los patronos y el Estado, y

que, en sus horas de angustia y duda, habían desesperado de ver alguna vez materializadas sus esperanzas, estaban radiantes de alegría. Sus audaces pensamientos de antaño estaban tomando forma. ¡Estaban viviendo su sueño! Fue un dulce momento cuando los viejos camaradas arribaron. Se acercaron con las manos extendidas y, temblorosos, profundamente conmovidos, se abrazaron, transfigurados, radiantes.

Los nuevos delegados, fuera de lugar desde el principio, en medio de esta fiebre, fueron conquistados rápidamente por esta atmósfera de entusiasmo. Muchos fueron producto de los acontecimientos. Antes de la revolución no se conocían y, si no hubieran venido a sacudirse el letargo, habrían seguido vegetando, inertes, insensibles, escépticos. Gracias a ella, su llama interior se había revelado y, ahora, rebosantes de pasión, energía y ardor, vibraban con una intensidad magnífica.

Más maravilloso y más alentador aún que el cuadro de entusiasmo general que llenó el Congreso, fue el espectáculo de la unidad de pensamiento y acción que lo animó.

Las opiniones, que tanto habían dividido a los hombres, habían esterilizado tanto esfuerzo, despertado tanto odio, que habían hecho correr ríos de tinta... ¡y cuánta sangre!, eran desconocidas en esta asamblea. En ella no había

partidos políticos. Habían desaparecido en la agitación, hundidos con el Estado. Fueron aniquilados, acabados, la revolución los había matado. Todas las subdivisiones, todas las clasificaciones engendradas por el parlamentarismo pertenecían a otra época. Además, cuando la avalancha de delegados subía y subía, lo hacía por preocupaciones de orden elevado, y no por la bajeza y vulgaridad de las ambiciones y apetitos, endémicos de las asambleas legislativas del régimen abolido.

No había, en esta cámara, un diputado, desconocido para sus electores –habiendo recibido, sin embargo, un poder ilimitado de ellos– y que sustituyera sin escrúpulos, a las aspiraciones de sus electores, sus personales modos de ver..., que a menudo variaban según los vientos ministeriales. Había trabajadores, sentados temporalmente y teniendo que decidir sobre puntos por los compañeros que les habían encomendado. Y luego, una diferencia considerable: después de unos días, superada la monotonía del congreso, todos estos delegados regresarían a sus sindicatos y reanudarían su labor en sus lugares de trabajo: en la fábrica, en la obra, en los campos.

¡El cambio fue enorme! Y hombres que antes, descarriados por las influencias morbosas del medio estatal, se habrían considerado adversarios (con el pretexto de divergencias en sus concepciones gubernamentales) se

encuentran hoy en pleno acuerdo: la cuestión gubernamental, totalmente eliminada. La preocupación que dominó y obsesionó al Congreso fue trabajar por la armonía económica y lograr –o esforzarse por lograr– un ambiente favorable al florecimiento humano.

Se trataba, en la práctica, de coordinar y unificar los puntos de vista de las diversas organizaciones corporativas y federativas, de modo que resultara un equilibrio que, lejos de lesionar la libertad individual, la ampliara y prolongara por el apoyo que cada uno efectuaría del acuerdo con sus compañeros.

En primer lugar, se tomó una resolución que no había que examinar, ni siquiera plantear, por lógica e ineludible que fuera: la responsabilidad social de los niños, los inválidos y los ancianos. Era una cuestión de principio que tenía la ventaja de fijar, para aquellos que todavía podían tener prejuicios con respecto al nuevo régimen, cuán poco se parecería el futuro al pasado.

Se acordó que no se haría distinción entre ancianos y que "ci-devant" (clases superiores) y proletarios tendrían derecho a un trato igualitario. Tampoco podría tratarse de restringir parsimoniosamente su posibilidad de vivir, concediéndoles un mínimo irrisorio y otorgándoles, como antes, pensiones insuficientes. Por lo tanto, se decidió que se les debería otorgar la mayor facilidad posible.

Luego, se estipuló que la edad laboral comenzaría, en promedio, a los dieciocho años, para terminar como máximo, a los cincuenta; este límite de edad era sólo provisional y debía reducirse a treinta años, tan pronto como el funcionamiento social hubiera permitido observar la sobreabundancia de producción. El examen de las estadísticas comparativas, sobre las probabilidades de producción y consumo, proporcionadas por las Bolsas de Trabajo y las federaciones corporativas, llevó a fijar, durante el período de un año, la duración media de la jornada laboral en ocho horas. En las profesiones en las que esta duración ya era interna, se mantuvo el antiguo horario y, para trabajos especialmente duros y arduos, se rebajó la media de ocho horas.

En este sentido, se dilucidaba el viejo problema de los oficios "mayores" y los oficios "menores", como se decía en las repúblicas italianas de la Edad Media. ¿Seguirían existiendo tales distinciones? ¿Iba a reconstituirse una especie de aristocracia del trabajo "intelectual" cualificado, y se inferiorizarían los oficios "menores" y arduos?

Mucho antes de la revolución, la cuestión había sido controvertida en los sindicatos. Todos ellos se habían declarado, en muchas ocasiones, a favor de la igualdad de remuneración, lo que en su momento expresó que no debía establecerse distinción según tal o cual trabajo. Esta forma

de ver las cosas solo podía haberse fortalecido, así, en el Congreso, apenas hubo defensores de la teoría de la desigualdad.

Por el contrario, la tesis que surgió –a modo de argumento– fue que los oficios "menores" tendrían más lógicamente derecho a un trato preferencial, simplemente porque son más duros que los oficios "mayores".

Los delegados que expusieron esta opinión explicaron que el médico, el ingeniero, el profesor, debían considerarse "pagados" en gran parte por el gozo de cultivar sus cerebros, la satisfacción de adornar sus mentes; afirmaban que, si alguien tenían derecho a una remuneración adicional, sólo podían ser los obreros esclavizados en faenas de trituración. No pidieron que se tomara en consideración su tesis. Pero insistieron fuertemente en la urgencia de renunciar a los métodos de producción, usados en ciertas fábricas químicas y otras, métodos nocivos en el más alto grado para la salud de los trabajadores. Estas supervivencias bárbaras tenían que ser erradicadas lo más rápido posible. No era compatible con el nuevo estado de cosas que estas monstruosidades continuaran. Y concluyeron: por más que sea necesario e indispensable que cada uno preste un trabajo específico, es inadmisibles que este trabajo se realice en condiciones perniciosas.

Esta resolución condujo a otra de suma importancia; se dispuso que ninguna corporación, ningún servicio social –autónomo desde el punto de vista de la dirección y del funcionamiento– podía tener una vida aislada, establecer sus propias cuentas, retirarse de la comunidad. Si hubiera sido de otro modo, si los grupos hubieran podido, bajo la forma de cooperativas, constituir intereses particulares, aparte del todo, habría sido el germen de los privilegios colectivos, de las prerrogativas corporativas, que se desarrollarían sobre las ruinas de los privilegios individuales del capitalismo.

Este peligro fue señalado, con abundancia de argumentos, por varios delegados, y se evitó esta peligrosa trampa.

A esta decisión se vinculó la solución de aligerar el trabajo, de la organización científica de las fábricas.

Si hubiera prevalecido el sistema organizativo de base cooperativa, habría persistido el mercantilismo y la competencia: las corporaciones más ricas podrían haberse equipado mejor y los intereses de todos se habrían subordinado a los de unos pocos.

Con la solución adoptada, la concordancia entre el interés general y los intereses particulares era inevitable y se obtenía automáticamente: las corporaciones, los grupos de trabajo que necesitaran, ya sea herramientas, o reparación de material, avisarían a la federación interesada, o más

simplemente al grupo de producción capaz de realizar la tarea deseada, y se proporcionaría sin más trámite. No cabría, en tales circunstancias, establecer un balance de “débitos y créditos” entre el grupo solicitante y el grupo proveedor; las herramientas, el material, los accesorios, no eran considerados como un capital, –ya no como representativos de un capital–, sino simplemente como una riqueza, puesta en condiciones de aumentar la riqueza de todos: por lo tanto, contribuía a aumentar el bien al ser de todos.

Para que la implementación siguiera esta decisión, se acordó que grandes encuestas, realizadas prontamente, indicarían los trabajos a realizar para la reparación de las fábricas y talleres. Los stocks de máquinas y herramientas, existentes en almacén, ya permitían cubrir, en parte, muchas necesidades. Entonces no faltaron los constructores: la fabricación de equipo pesado bélico y marino, ya en suspenso, sería sustituida por la fabricación de herramientas útiles. Además, para hacerlo mejor y más rápido, se acordó apelar al consejo de eruditos, ingenieros, practicantes profesionales, a la buena voluntad de hombres enérgicos, jóvenes o viejos.

El problema de la remuneración y distribución estaba íntimamente ligado al anterior. Además, si se consideran adecuadamente los datos del problema social, todas las

cuestiones encajan; todos estaban vinculados entre sí, en relaciones tan estrechas, tan dependientes, que había que encontrar una solución para todos ellos partiendo del mismo principio.

¿En qué proporciones se establecería la cuota de consumo de unos y otros? ¿Cómo serían admitidos y tratados todos en el banquete social?

¡Era el temido signo de interrogación!

Sobre este tema, las discusiones fueron largas, apasionadas. Las soluciones discutidas y defendidas estuvieron cerca del corazón de los delegados y cada uno presentó y defendió su tesis con viva y ardiente convicción. Todos sintieron que no se trataba de conquistar a una mayoría, de subyugarla gracias a una retórica sutil, o procedimientos oratorios, sino, de sacar a la luz un modo de relaciones (de productores a consumidores) que, a pesar de los defectos inevitables, y aunque no satisfaga plenamente el ideal de todos, fuera sin embargo aceptada por todos como una solución que sería tanto más razonable cuanto que no impediría el futuro.

Surgieron dos tendencias: una, la de los comunistas puros, que propugnaban la total libertad de consumo, sin restricción alguna; la otra, que, si bien se inspiraba en las premisas comunistas, encontraba prematura su estricta aplicación y abogaba por una solución mitigada.

Predominó este último. Por lo tanto, se dispuso lo siguiente:

Todo ser humano, cualquiera que sea su función social (desempeñada por él dentro de los límites de edad y tiempo antes indicados) tendría derecho a igual remuneración de la que habría dos partes: una para la satisfacción de las necesidades ordinarias; el otro para el de las necesidades de lujo. Esta retribución consistiría, para las primeras, la facilitada por el carné de afiliado permanente; para lo segundo, por un cuadernillo de consumo o "bonos".

La primera categoría incluiría todos los alimentos, ropa, y cualquier cosa en abundancia suficiente para que el consumo no estuviera restringido; cada uno tendría derecho a sacar según sus necesidades del fondo común, sin más trámite que el de tener que presentar su tarjeta, en tiendas y depósitos, a los repartidores.

En la segunda categoría se clasificarían los productos de varios tipos que, estando en cantidades demasiado pequeñas para estar disponibles gratuitamente para todos, conservarían un valor de compra, que probablemente variaría según la mayor o menor rareza y la mayor o menor demanda. El precio de estos productos se calcularía según el antiguo método monetario y la cantidad de trabajo necesaria para producirlos sería uno de los elementos para fijar su valor; se emitirían contra "bonos de consumo", cuyo

mecanismo de uso recordaría a un cheque. Únicamente, se acordó que a medida que los productos de esta segunda categoría fueran lo suficientemente abundantes como para alcanzar el nivel de libre consumo, ingresarían a la primera y, dejando de ser considerados como artículos de lujo, serían, sin racionamiento, puestos a disposición de todos.

Con esta estipulación, la sociedad se acercaría automáticamente más y más al comunismo puro.

El Congreso no vio inconveniente en retener para los productos suntuarios el método de fijación del valor, transmitido por la sociedad capitalista: consideró que, tomando como patrón de valor la hora de trabajo, en lugar del gramo de oro, estaría pagando por palabras. Ciertamente, grandes habían sido las desgracias engendradas por la realeza del oro, por su monopolización; pero este metal, ahora destronado, reducido a ser nada más que una mera mercancía, fue privado de su veneno; ya no tenía ningún poder de absorción o explotación, por lo que su uso ya no presentaba ningún peligro.

Por eso no había miedo de dejar a las monedas aún en circulación su poder adquisitivo. Además, las circunstancias así lo requerían, al menos durante el período transitorio. Pero se estipuló que, una vez regresadas a los fondos sociales, estas monedas sólo debían dejarlas en uso en casos excepcionales, ya sea para adquirir productos exóticos en el

exterior, o para que comprasen los refractarios que aún no accedían al nuevo pacto social.

De hecho, nos gustara o no, había que tener en cuenta a los refractarios, aunque sólo fuera para conquistarlos mediante la persuasión.

Con respecto a quienes, en círculos en plena labor de transformación, persistían, por estrechez de miras o por miedo a perder en el cambio, en vivir la vieja vida, no se decidió otra medida que el boicot. Querían mantenerse alejados, ¡los dejaríamos allí! Iban a encontrarse tan inferiores que su situación sería insostenible; no podrían, por su trabajo aislado, competir con las producciones sociales y, si quisieran comerciar, tendrían sólo una exigua clientela... Y el día en que llegaran a la resipiscencia, que no tardaría mucho, serían acogidos sin resentimiento.

Se adoptó una actitud menos expectante, menos indiferente con respecto a las poblaciones tardígradas de ciertas regiones –principalmente campesinas– que habían quedado al margen del movimiento. Eran, sobre todo, las masas rurales, todavía asustadizas, las que debían ser convencidas. Por lo tanto, se sentaron las bases para una vasta campaña de propaganda, metódicamente conducida, en la que participarían delegados urbanos y campesinos: irían juntos por estos lugares, explicarían el mecanismo de

la nueva sociedad, demostrarían sus ventajas y su superioridad.

Otra categoría de refractarios era la de los viejos privilegiados. No todos habían emigrado, ¡lo que habría simplificado el problema! Algunos, tomando su lado de los hechos, se pusieron manos a la obra, se adaptaron y asimilaron. Por lo tanto, solo era necesario tratarlos como camaradas. ¡Otros se aprovecharon! Los que no se habían arrepentido y que, temporalmente, vivían al margen de la sociedad, prolongando su antiguo parasitismo. ¿Qué actitud tendríamos hacia ellos? ¿Continuaríamos manteniéndolos sin hacer nada? Era inadmisibile y nadie pensó en ello. Se decidió avisarles para que eligieran profesión y, si se negaban, serían invitados a emigrar; si no accedían voluntariamente, serían asimilados a los "apaches" y tratados como tales. ¡Oh! no se trataba de reconstruir las cárceles y restablecer, en beneficio de ellas, un sistema represivo abolido. ¡No! Se limitarían a librar al territorio de su engorrosa y perniciosa presencia: serían transportados, armados con un poco de oro, al país que les placiera. En consecuencia, contra ellos, no se efectuaría ninguna violencia. Como rehusaban el pacto social, como no tenían carácter para vivir más que como parásitos, el divorcio era imprescindible.

Para no exponernos mutuamente a las rencillas que pudieran derivarse de la ruptura, tomaríamos con respecto a ellas la precaución menos brutal: el destierro.

Sería ocioso seguir el Congreso paso a paso, relacionar y enumerar el menú de su trabajo y sus decisiones. Al señalar algunas de ellas, hemos querido resaltar las líneas principales de su acción, mostrar que sus resoluciones estuvieron siempre inspiradas por un sentimiento muy vivo de solidaridad humana, por un amplio espíritu comunista.

Añadamos que ninguna nota discordante llegó a turbar la cordialidad ambiental. Ciertamente, hubo animadas discusiones, el tono de las voces se elevó alto; pero en ningún momento el tono se tornó agrio y se pudo ver cuán ficticias eran las disidencias que, bajo el reinado de la burguesía, habían agitado a la Confederación y enfrentado a reformistas y revolucionarios. En el fragor de la batalla, las disputas se habían calmado: la reconciliación se había producido sobre las ruinas del capitalismo.

Una vez finalizado el Congreso, tomó posesión el Comité Confederal, integrado por delegados de las federaciones corporativas y bolsas de trabajo. Su trabajo no era de gestión, sino de condensación y análisis: concentraba las estadísticas en el bajo nivel de producción y consumo de agua y servía de enlace entre todos los grupos. Era como el centro de una vasta red telefónica a la que llegaba y de

donde salía la información, que permitía regularizar el funcionamiento social, mantener el equilibrio en todas partes, de modo que no hubiera plétora en un punto y escasez en otro.

XIX. LA TIERRA A LOS CAMPESINOS

En el campo, la toma de posesión continuó y aumentó. Se propagó epidémicamente, ganando de pueblo en pueblo, pero no se llevó a cabo de manera uniforme, ni de acuerdo con un plan preconcebido.

Sin embargo, la orientación fue hacia la solución comunista. Los campesinos se unieron a ella por instinto, más que por la razón. Fueron atraídos a este camino por sentimientos de armonía y solidaridad, supervivencias de viejas prácticas comunistas que, a pesar de sus esfuerzos seculares, el Estado no había podido erradicar; y también por la corriente de aspiraciones sociales con que el campo se había saturado cada vez más.

Revivimos, de norte a sur, los días de revuelta unánime que, en 1907, habían sacudido al sur vitivinícola. Como en ese momento, lo dominante del movimiento era la

execración del Estado. Esta vez nuevamente, el grito de guerra fue: "¡No más política! Y, en muchos pueblos donde todos los campesinos marchaban con el mismo ímpetu, si les hubieran preguntado "¿Quién eres?" habrían respondido, como respondieron los viticultores de un pueblo sublevado en 1907: "¡Somos los que amamos la República, los que la odiamos y los que nos importa un carajo!"

Es porque el odio al Estado ha existido durante mucho tiempo, ¡siempre! fuerte y vivaz en el campo. Era odiado allí tanto como el acaparador de tierras. ¡Odio legítimo! ¿No era el Estado el que, monárquico o democrático, había legalizado el despojo de la tierra al campesino, para dársela al señor, al burgués? Sin ir más allá del reinado de Luis XIV, ¿no fue el edicto de este monarca, dictado en 1669, el que permitió a los señores apropiarse descaradamente de la mayor parte de los bienes comunales? Y, desde entonces, ¿qué han hecho todos los siguientes gobiernos?

Nada más que sancionar este despojo, para hacerlo más completo.

¡Los campesinos recordaban! Además, en su rebelión, los animaba un doble sentimiento: ¡El amor a la Tierra! El odio al Estado!

Por eso, tan pronto como se abrió el período revolucionario, a pesar de algunas vacilaciones, se unieron

a la forma de agrupación que mejor respondía a sus deseos:
¡el sindicato!

El sindicato ocupó el lugar del antiguo municipio y, para la solución de todas las cuestiones, apeló a las asambleas de aldea que, reactivadas, devolvieron al campesino a la vida social, a la que lo había desacostumbrado el aislamiento económico y la desviación política impuesta en él por el régimen capitalista.

Hemos dicho más arriba cómo una ola de pánico y de cólera había sacudido el letargo de los campesinos y los había incitado a armarse. Lo que aumentó la gravedad de este levantamiento y lo hizo evolucionar tan rápidamente fue que, a la acción de los sindicatos de la Confederación del Trabajo, se había sumado la acción de los miles de sindicatos agrícolas que, por su textura y composición, no parecían ser elementos subversivos.

En estos sindicatos, creados hace mucho tiempo, pequeños y grandes terratenientes se codeaban desagradablemente. Esto último había mimado primero a estos grupos, con el motivo ulterior de usarlos como herramientas electorales. Pero, poco a poco, un nuevo espíritu había penetrado en estas organizaciones: la influencia de los pequeños propietarios se había vuelto allí preponderante y un sindicalismo campesino, un poco especial, había germinado allí y las había vivificado.

Las obras de cooperación y reciprocidad habían sido originalmente la única razón de ser de estos grupos. Poco a poco, sus horizontes se habían ampliado y habían vislumbrado un ideal de reorganización social, sobre bases cooperativas, que, además de la liberación del yugo del Estado, les permitiera un cultivo más racional del suelo.

Cuando estalló la crisis revolucionaria, estos sindicatos –al principio desconfiados y hostiles– habían sido arrastrados por el movimiento. Y como, en tiempos de revolución, los pasos se saltan rápidamente, ¡los saltaban!... y pronto se habían unido a los sindicatos confederados.

El grave problema de los campesinos era el de la propiedad. ¿Cómo iban a solucionarlo? La rígida solución comunista concluía con la puesta en común de todas las parcelas y la explotación social del conjunto.

Pero si en las aglomeraciones donde dominaba la alta cultura esta solución podía aceptarse con bastante facilidad, por otra parte, resultaba repugnante a primera vista en las zonas de escasa cultura.

Por lo tanto, no fue espontáneamente, desde el principio, que los campesinos acordaron la transformación del sistema de producción agrícola. La preludivieron con medidas que no encontraron oposición, que todos, quienesquiera que fueran, aprobaron: liberaron la tierra de las cargas que pesaban sobre ella y la abrumaban, suprimieron la renta, la

hipoteca. Después de este acuerdo preliminar, los campesinos, según la forma de cultivo del suelo en que vegetaban –y también según su propio grado de evolución– se decidieron por el desarrollo de las tierras arrebatadas a los ricos.

Si de la nada se les hubiera propuesto a los pequeños propietarios cortar setos y cercas y reunificar sus tierras, la mayoría se habría negado, a pesar de que con el cultivo en parcelas su trabajo era duro y aplastante. No les tocó, en los primeros momentos, decidir sobre este punto.

Todas las tierras cultivadas directamente por sus poseedores quedaron fuera de la revisión que se hace al cuidado del sindicato. Incluso se llevó la escrupulosidad hasta el punto de dejar sin mano de obra mercenaria las medianas propiedades individualizadas, que sus arrendatarios seguían cultivando solos o en familia.

La revisión solo cubrió las propiedades desarrolladas por los empleados. Todos estas fueron proclamados bienes comunes y el sindicato tenía la administración. Aún así, en muchos casos, había alojamientos según la región, y según se estuviera en presencia de pequeños agricultores, aparceros o familia de cultivadores. Ocurrió entonces que estas tierras quedaron sujetas al régimen de propiedad comunal, que en ciertos países había sobrevivido al saqueo de los antiguos regímenes; estos bienes, distribuidos en

usufructo, eran devueltos a la comuna a la muerte del poseedor o a su salida del pueblo.

En cuanto a las grandes haciendas, las vastas posesiones, que eran poco más que fábricas agrícolas, la posesión se hizo sin la menor desgana. De hecho, hubo algunas fricciones por parte de los administradores y agricultores, a quienes les resultó desagradable verse reducidos al nivel común; sin embargo, eran raros los que obstinadamente defendían la causa de sus dueños; más aceptado ocupar su lugar en la joven comunidad a la que fueron llamados a cumplir funciones acordes con sus capacidades.

Los sindicatos no limitaron su actividad a modificar el sistema propietario; al mismo tiempo, trabajaron para mejorar la situación de los parias de la tierra, los asalariados de ayer. Tuvieron que encontrar una vida mejor de inmediato; era necesario unir su suerte a la de la revolución, para que fueran sus acérrimos defensores. Esta tarea recayó en miembros conscientes del sindicato, ya que demasiados de estos siervos modernos, toscos e incultos no se habrían atrevido. Ya no les era lícito reducirlos a la existencia animal que habían tenido hasta entonces, existencia comparable a la de los animales de arado, con la diferencia de que no teníamos por ellos el cuidado con el que se rodeaba a los animales, teniendo estos un valor de mercado que los sirvientes no tenían. Los mozos, los pastores, los

cultivadores, que volvían de la jornada de trabajo, agotados, exhaustos, no tenían otro lugar que una bota de paja, en las cuadras, y los desvanes.

Remediamos eso. Era sabio que todos tuvieran un hogar, al menos una habitación y una cama! Había, para esto que parece tan natural y tan simple, dificultades materiales que era mejor evitar. Para ello, se utilizó el amueblamiento de las casas y castillos burgueses: lo superfluo que allí se encontraba servía para proveer de lo necesario a quienes habían estado privados de él durante tanto tiempo.

Por lo tanto, los proletarios de la gleba fueron llevados a una comodidad adecuada en el medio. No fue en perjuicio de nadie.

Los viejos labradores, encargados de los negocios de los grandes terratenientes, al igual que los señores de ayer que vivían del trabajo de los ayuda de cámara –cuando consintieron en la nueva vida– no sufrieron una disminución de sus comodidades; no encontraron cambio sino en que ya no tenían el orgullo de mandar, que estaban privados de sirvientes y tenían que poner sus manos en el trabajo.

El trabajo también fue menos duro, mejor entendido y considerablemente aligerado. En lugar de las interminables jornadas de antaño que, en muchas regiones, comenzaban al amanecer y terminaban solo al anochecer, la jornada laboral media se redujo a ocho horas.

Este arreglo no tenía la rigidez posible en la industria, y tan difícil en el campo donde el trabajo está sujeto a las condiciones climáticas. En los casos urgentes, por temor a una tormenta o por alguna otra causa urgente, trabajaban incansablemente, sin contar las horas. ¡Nadie se mostró reacio! Todos caminaban con entusiasmo, sin enfadarse por el dolor, olvidando el cansancio: ¡se trabajaba para uno mismo y no para un amo!

La posibilidad de reducir considerablemente el tiempo de trabajo se vio facilitada por el éxodo de las ciudades al campo. El "regreso a los campos", predicado en vano por tantos economistas, se produjo espontáneamente, tan pronto como se realizó la revolución. Una cantidad de desarraigados, que habían sido arrastrados por la atracción de la vida artificial de las ciudades, el atractivo de una fortuna rápida, y sobre todo el asco de un trabajo aburrido e incesante y una remuneración ridículamente insuficiente, regresaron al pueblo, cuando se les ofreció la posibilidad de una existencia segura y saludable. Allí recibieron una calurosa bienvenida. La buena madre nutricia, la tierra, sólo pedía ser fecundada. ¡Se ofreció por todas partes! El período de acaparamiento y miseria había terminado. ¡Cuanto más lo trabajáramos, más abundantes serían las cosechas y mayor sería el bienestar para todos! Además, los recién llegados fueron recibidos como niños pródigos, con la mayor

cordialidad, y amigablemente se les hizo un hueco en los grupos de producción.

De ahora en adelante, la afluencia de brazos no fue una carga en ninguna parte. ¡Al contrario! Tanto en el campo como en la ciudad, en todas partes, fue un alivio común y condujo a un aumento de la riqueza para todos.

A esta abundancia de mano de obra, añadió sus efectos otro agente de intensificación de la fuerza productiva del suelo: las herramientas mecánicas, cada vez más perfeccionadas, así como los fertilizantes químicos, enviados en abundancia desde los centros industriales, permitieron obtener una mejor rentabilidad y realizar grandes obras de instalación que, por falta de capital, no se podía soñar en otro tiempo.

El ejemplo de esta explotación conjunta, erigida como antítesis convincente del cultivo en parcelas del pequeño terrateniente, que, a pesar del arduo trabajo, obtenía sólo un rendimiento mediocre, hizo más para demostrar la superioridad de la agricultura comunal que un sólido argumento.

El campesino amaba su tierra con un amor profundo y violento. La amaba por sí misma y porque ella le aseguraba libertad e independencia. Sin embargo, temía que, al asociarse con sus vecinos, al unir sus parcelas a las de ellos, su libertad y su independencia se verían mermadas. La

experiencia le demostró cuán ilusorios eran sus temores: vio que, gracias al cultivo en común, con economía de herramientas y economía de trabajo, se obtenían mejores cosechas. La coordinación de esfuerzos y la división del trabajo permitieron realizar en un momento tareas que, en la aldea fragmentada, se hacían aisladamente y se repetían tantas veces como pequeños agricultores había.

Los animales de tiro, mantenidos en establos sanos, se cuidaban más convenientemente; igualmente los rebaños. Ya no iba cada uno a su parcela, con su arado, su carreta más o menos práctica; en lugar de dispersión, pérdida de tiempo, trabajo inútil, hubo acuerdo, simetría, y la pérdida de fuerza se redujo al mínimo.

Esta transformación de la mentalidad campesina había sido preparada por cooperativas para la venta de productos agrícolas, por asociaciones para la compra de semillas, fertilizantes, maquinaria, que, bajo los auspicios de los sindicatos, se habían desarrollado considerablemente, en el último período capitalista. Estos grupos, que originalmente sólo tenían un objetivo inmediato y limitado –eliminar al intermediario, al especulador– habían preparado el camino para una organización superior.

Los campesinos, en primer lugar, se afiliaban a ella, para adquirir a menor precio abonos, semillas, herramientas; luego habían encontrado ganancias en la compra de

maquinaria –común a los socios y utilizada por ellos a su vez– así como en la creación de panaderías y molinos cooperativos. Otros se habían agrupado para formar bodegas comunales, lecherías y queserías, con la única preocupación de liberarse del yugo del comprador, que los estrangulaba. Gracias a la formación, poco a poco habían apreciado los beneficios de ayudarse unos a otros y se habían familiarizado con la idea de una cultura común.

Estas cooperativas habían establecido relaciones con la población trabajadora; habían encontrado valiosos puntos de venta en las cooperativas de consumo de las ciudades industriales. A través de estos contactos, los campesinos y los proletarios habían aprendido a conocerse mejor, a apreciarse mutuamente.

Así, diversas fueron las causas que contribuyeron a atraer a los campesinos hacia las realizaciones sociales. Pero, para que brotaran estos gérmenes comunistas, se había necesitado el soplo caliente y ardiente de la revolución. Sin ella, las aspiraciones que un ojo experto descubrió tiempo atrás, en los pueblos ganados a la cooperación, y que presagiaban un hermoso florecimiento, habrían permanecido indefinidamente en estado latente.

En los pueblos donde se activó la realización comunista, la cooperación fue doblemente útil; fue la base sobre la que los campesinos construyeron la organización de la

comunidad rural y, por otra parte, facilitó considerablemente la labor de concertación entre pueblo y campo para el servicio del cambio.

El sindicato centralizó todas las operaciones de cambio y tomó el lugar de los pequeños comerciantes, para quienes el comercio a menudo había sido solo un recurso complementario. Era el depósito de todos los productos industriales y manufacturados, el almacén de suministros generales y estaba tanto mejor capacitado para satisfacer todas las solicitudes cuanto que, conectado telefónicamente con los almacenes generales, podía, sin demora, atender a las necesidades más diversas.

La comunización no se limitó al comercio: la molienda y el horneado se convirtieron en servicios comunales y esto fue, en un modo perfeccionado, la resurrección del molino y del horno de las edades antiguas. Del mismo modo, la artesanía del pueblo –zapatería, cerrajería, carretería– fue elevada al rango de servicios comunales.

El pueblo se convirtió, en su organización interna, en una especie de gran familia donde los grupos familiares sin embargo conservaron la libertad de acción y consumo. En cuanto a las relaciones que mantenía con el exterior, se realizaban según principios confederales: el pueblo enviaba los excedentes de su producción a los grupos urbanos, orientándolos hacia los puntos que le indicaban.

Manteniéndose en constante contacto con la Bolsa de Trabajo del centro más cercano y también con su federación agraria, estaba al tanto de las demandas y, según la naturaleza de su suelo, acentuaba tal cultivo o tal crianza, intensificando uno u otro según a las necesidades y los datos de las estadísticas.

A cambio de sus cosechas, el pueblo recibía la cantidad de herramientas, maquinaria agrícola, fertilizantes químicos, que eran necesarios para el buen rendimiento de sus tierras. También recibió, en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de la comunidad, productos manufacturados de primera necesidad, que se pusieron gratuitamente a disposición de todos.

Además de eso, cada uno de los aldeanos tenía derecho a su parte del consumo de lujo, al igual que los asociados de los centros urbanos. Este consumo, el beneficiario podría realizarlo en el acto, trayendo, por intermediación del sindicato –o incluso directamente– de los almacenes especiales, los objetos de lujo (o aquellos cuyo consumo estuviera regulado) hasta el máximo de su poder adquisitivo. Por supuesto, no era una obligación formal; podía ir a los centros donde le placiera y allí obtener los productos raros o de lujo que deseaba, a cambio de sus "cupones de consumo", o incluso de dinero antiguo.

En los pueblos donde aún no se aceptaban los principios de la Confederación y donde, por lo tanto, no se había realizado la organización comunista, los cambios se hacían según las antiguas prácticas comerciales.

Los campesinos aislados, o sus cooperativas de venta, compraban y vendían a su antojo. Los productos de que disponían se dirigían a los almacenes de los pueblos y se pagaban en moneda antigua; recíprocamente, al no poder reclamar su condición de confederados, no tenían derecho a libertad y debían abastecerse, tanto de bienes de consumo como de maquinaria agrícola, herramientas, fertilizantes, por medio de la financiación.

Esta supervivencia del antiguo régimen fue socavada por los delegados enviados desde los pueblos para establecer y asegurar el suministro de productos agrícolas y ganaderos, así como por los propagandistas confederados, quienes, en su mayoría, eran campesinos. Ambos mostraron y probaron las ventajas que los agricultores tenían que derivar de su completa adhesión a los principios confederales, tanto por el alivio de su trabajo como por el aumento de la comodidad de la que se beneficiarían; trazaron un paralelo entre el método de intercambio comercial que no les permitía obtener nada más que dinero y el método confederal que ponía a su disposición gratuitamente las herramientas más perfeccionadas y aseguraba la satisfacción de sus

necesidades; les explicaron que cuando en la comuna quisieran hacer grandes obras, grandes construcciones, acondicionar sanamente sus casas, si les faltaba mano de obra, solo tendrían que llamar a voluntarios, que vendrían de la ciudad, en cantidad suficiente para ayudarles en su trabajo.

Esta propaganda que, de haber sido sólo teórica, no hubiera sido convincente, lo fue gracias al prestigio del ejemplo: los resultados ya obtenidos en los pueblos cercanos hablaban más que cualquier argumento. Asimismo, en las regiones donde la revolución se limitó en un principio a la toma de los dominios de los ricos, la comunización se extendió, creando allí abundancia y bienestar.

XX. ARMAMENTO DEL PUEBLO

La obra de reorganización no había hecho que se descuidara una tarea contraria pero indispensable: la aniquilación de las instituciones de violencia y coerción que habían asegurado el poder y la duración del capitalismo. Los revolucionarios parisinos se ocuparon de ello sin descanso: como antesala, dispersaron al personal que vivía en estas instituciones o gravitaba en torno a ellas.

Hicieron más. Por un exceso de prudencia, para paralizar, por las dificultades de la concentración, cualquier intento ofensivo de la Burguesía, para desarraigar mejor las instituciones del pasado, aniquilaron los estamentos que les habían dado asilo, que habían sido su símbolo.

La Prefectura de Policía había sido uno de los primeros refugios gubernamentales ocupados, y uno de los primeros que fue desmantelado. El palacio de justicia corrió la misma

suerte, con las dos prisiones que gestionaba: el Depot y la Conciergerie.

La policía, los *sargentos de ville* no se encontraban por ninguna parte. La cacería que se les había hecho, durante la huelga general, en los barrios donde vivían, les había dado un aviso de los peligros que corrían. Además, en cuanto se dieron cuenta de que el triunfo del pueblo era cuestión de horas, desaparecieron, huyeron.

En el juzgado, se encontraron personas. Allí pululaba y trajinaba una población de abogados, fiscales, gente turbia, que, poco conscientes del impacto de la transformación que iba a tener lugar, suponían poder continuar sus operaciones y aún vivir a expensas de lo común. Sus ilusiones quedaron defraudadas. A todos estos personajes se les informó que sus funciones ya no tendrían razón de existir, que era el fin de todo parasitismo y que tendrían que optar por una profesión u oficio útil. Se les aconsejó que tomaran la iniciativa y se afiliaran al sindicato de la profesión por la que tuvieran afición, o que correspondía mejor a sus gustos.

Íbamos a las prisiones. Fueron vaciadas de todos sus presos políticos, así como de los presos comunes. Sólo, para estos, se realizaron algunos trámites preliminares.

Una comisión confederal se encargó de contactar a los especialistas más destacados por su conocimiento e integridad; tenían la tarea de examinar a aquellos entre los

presos que, en vista de sus defectos fisiológicos, estaban enfermos para ser atendidos, cuya liberación repentina habría constituido un peligro y que fueron trasladados a hogares de ancianos.

Luego, los delegados confederales reunieron a los prisioneros, incluidos sus guardias. A unos y a otros les expusieron las condiciones de la nueva vida; les explicaron que la revolución se hacía para reprimir a los ociosos, parásitos, ladrones y criminales de toda especie y que, en consecuencia, en adelante era necesario el trabajo de todos y que ningún hábil debía sustraerse a él. Luego, dirigiéndose indistintamente a los guardias y a los presos, agregaron:

"Depende de vosotros decidir si os sentís capaces de adaptaros a este entorno, de regeneraros. Si es así, elegiréis una profesión u oficio y seréis aceptados en su sindicato. Allí sólo encontraréis camaradas; os tratarán como amigos e ignorarán –u olvidarán– al hombre que habéis sido... Si esta existencia del trabajo saludable, base del bienestar, no os atrae, sois libres de rechazar el contrato social que os ofrecemos. En este caso, seréis desterrados del territorio y dirigidos al país que se designe. Pero, para que, nada más llegar, no os pille desprevenidos, os proporcionaremos un pequeño ahorro..."

Estas palabras, resonando entre los gruesos muros, tras los barrotes y bajo la luz mortecina de las cárceles; en la atmósfera húmeda, llena de inmundicia y hedor humano; allí, donde tantos dolores habían estallado y agonizado; dirigidas a prisioneros y guardias, quienes los escuchaban en pie de igualdad...; estas palabras proclamaron el alcance total de la agitación social, y conmovían y convencían a sus oyentes.

Los guardias estaban felices de renunciar a una profesión por la que no tragaban más que resentimiento, ya la que se sometían por necesidad; en cuanto a los presos, la franqueza y sinceridad del lenguaje que se les habló, que los apartó de la hipocresía con que se trataba con ellos, los impresionó, y la mayoría accedió al contrato que se les ofrecía.

La demolición de cárceles y juzgados y la dispersión en los grupos de producción de los parásitos que habían vivido del fraude, del robo, del crimen –ya sea directamente, participando en ellos, o indirectamente, bajo el pretexto de la represión y en calidad de policías, de jueces, de carceleros–, no resultó en poner a la sociedad a merced del bandolerismo y la pereza.

En adelante, los actos antihumanos eran responsabilidad del grupo de trabajo o del sindicato al que estaban afiliados los perpetradores.

Por lo tanto, todos eran "juzgados por sus pares", para usar la antigua expresión. Pero, o el "culpable" era reconocido como enfermo y recibía los cuidados que su condición requería; o bien se pronunciaba contra él un veredicto que, en lugar de un castigo corporal, implicaba simplemente un castigo moral, en forma de boicot.

Esta cuarentena se suspendía tan pronto como se juzgaba reformada a la persona que estaba sujeta a ella.

En casos rarísimos, se aplicaba el destierro, por decisión de la asamblea general del sindicato, que podía ser apelada ante la federación corporativa, e incluso ante el Comité Confederal. Pero sólo excepcionalmente era necesario recurrir a esta medida. La mayoría de las veces, un boicot fue suficiente para enmendar a los delincuentes.

Para rechazar ser sometido a la proscripción general, es necesario tener un temperamento duro y estar respaldado por una idea grande y generosa –este fue el caso, en el pasado, de los revolucionarios que, fuertes en sus ideas subversivas, se enfrentaron a la opinión pública y se rieron de la reprobación tímida y unánime que se adhería a ellos; o bien, hay que saber que uno es aprobado y alentado en un determinado medio; así era el caso de los delincuentes comunes que, para el mundo de las cárceles, eran héroes.

Ahora bien, como ahora se necesitaban más energías para enfrentar la desaprobación general que para cumplir con las

condiciones de trabajo requeridas, y como ya no había población del inframundo que admirara a los apaches, ni presión para exaltar sus hazañas, estos tristes ejemplares desaparecieron.

El régimen de apestados al que se obligaba a los culpables era tan gravoso, tan doloroso, que las fechorías se hacían cada vez más raras. Este freno moral fue más efectivo que las penas de la sociedad burguesa: por este método se obtuvo un resultado que obvió el encarcelamiento y otros considerables actos antihumanos.

Estos, además, se redujeron automáticamente en un primer momento, en la proporción del cincuenta por ciento, porque ya no había más delitos y faltas causados por la miseria, la desigualdad, las fechorías del capitalismo. Además, las fechorías que eran consecuencia de los defectos fisiológicos, de la degeneración, de las enfermedades mentales, tendían a desaparecer, bajo la influencia del medio ambiente. Quedaban, pues, sólo los crímenes pasionales y los debidos a causas accidentales, para los cuales, ya en la sociedad burguesa, siempre había excusas, atenuantes, si no absoluciones.

Ciertamente, a veces sucedió que, por indignación, los testigos de una odiosa violencia se dejaron arrastrar a actos de justicia sumaria. Así, profanadores de niños, violadores

de mujeres, sorprendidos en el acto, fueron ejecutados sin piedad.

Estos repentinos actos de violencia, por más despiadados, brutales y sanguinarios que aparecieran, fueron saludables y fructíferos. ¡Dieron seguridad a todos los débiles! Las malas bestias, que tuvieron la desgracia de llevar en sí el salvajismo ancestral, fueron, en la medida de lo posible, advertidas contra sus perversos instintos, por la amenaza que se cernía sobre sus cabezas. Si estos monstruos no pudieron contenerse, ¡qué pena para ellos! No repetirían su acto dos veces...

Cruel e inexorable como era este sistema de represión inmediata, era menos repugnante que el antiguo procedimiento, con su parafernalia judicial, y tenía la excusa de una ira legítima, que el magistrado operando con frialdad no tenía.

Mientras continuaba la destrucción de las prisiones, no se olvidaba la de los cuarteles y la de los fuertes que rodeaban París.

El ejército fue disuelto. Soldados de todas las categorías fueron enviados de regreso a sus hogares. Muchos ya habían tomado la iniciativa y, por decisión propia, se habían despedido. Sobre todo, se cuidó el desarme de los cuerpos de élite cualificados, donde se había mantenido un espíritu de aristocracia.

Estas prudentes medidas se complementaron con la clausura de las escuelas militares.

En cuanto a los cuarteles, fueron derribados sin dudarlos. Habían amenazado a París durante demasiado tiempo como para que nadie tuviera reparos en su demolición, con el engañoso pretexto de que podrían haber sido transformados en viviendas. La furia del pueblo se desató contra ellos con frenesí y fue con entusiasmo que se formaron equipos de demoledores y maniobraron picos y palas para arrasarlos.

Los fuertes corrieron la misma suerte. Comenzaron a desmantelarlos con tanto más entusiasmo porque eran una amenaza constante para París, en caso de un intento reaccionario. En efecto, habían sido construidos y acondicionados más con el fin ulterior de utilizarlos para someter y bombardear la gran ciudad que con la preocupación de defenderla de un ataque exterior. Y si el gobierno no había recurrido a sus fusiles, era porque la revolución había tenido un avance rápido e imprevisto, que lo había hecho incapaz de utilizar todos sus medios de defensa. Lo que le había pasado era lo que en revoluciones anteriores habían perdido gobiernos que, en vísperas de su caída, parecían inquebrantables: se había quedado estupefacto por la magnitud de la insurrección, por su vigorosa ofensiva.

El derribo de los fuertes tuvo más el carácter de fiestas campesinas que de expediciones revolucionarias.

Fuimos a su desmantelamiento en alegres bandas; nos dimos un festín alegremente en el glacis², cantando, fanfarroneando y chocando vasos con buen humor. Preludiamos con alegría el allanamiento de zanjas, el derribo de casamatas, el clavado de cañones, la destrucción de municiones.

Solo tenían respeto por las pistolas y las armas fáciles de manejar, que se retiraban en procesiones triunfales y se transportaban a la Bolsa del Trabajo.

Era una táctica buena y juiciosa. Era la prueba de que, habiendo podido vencer, el pueblo iba a poder defender su victoria, ya que por más que consideraba imprescindible aniquilar todo armamento ofensivo y medio de ataque, también apreciaba la ventaja de retener las armas defensivas. ¡Recordaba cuánto había sufrido por la falta de armas! ¡Tenía el recuerdo de las desilusiones vividas, cuando se le presentaban las oportunidades de liberarse y no podía aprovecharlas, por falta de armas! Además, no desdeñó armarse, a pesar de que su triunfo hizo problemática la necesidad de ello.

2 En tecnología militar un glacis es una pendiente suave y despejada que precede al foso de una fortaleza, y que está dominada por los baluartes y otras fortificaciones, desde los que se puede hacer fuego sobre él. [N. d. T.]

El pueblo siempre había aborrecido la servidumbre militar; siempre había odiado las guerras entre naciones y la carnicería de la que habían sido víctimas sus hijos. Pero esto nunca había significado para él la resignación y la no resistencia predicadas por Tolstoi, y no fue con despreocupación que, habiéndose doblegado bajo la opresión, prestó su brazo para operar. Siempre había buscado armarse para contrapesar a las fuerzas militares y otras que, bajo el antiguo régimen, lo mantenían bajo el yugo. ¡Se había abastecido de revólveres! ¡Había comprado armas cuando podía! ¡Había manejado los explosivos y usado la bomba!... Y por eso era normal que, puesto en condiciones de armarse seriamente, se apresurara a hacerlo.

En este caso, los sindicalistas sólo estaban siguiendo los pasos de los revolucionarios de 1789, que pusieron tanto ardor en tomar las armas, dondequiera que las encontraran, como habían puesto en tomar por asalto el convento de Saint-Lazare y la Bastilla.

En aquellos tiempos remotos, las mejores armas eran los cañones, y los parisinos, que los apreciaban más que los fusiles de chispa, los consideraban el mejor de los argumentos. ¡Además, iban a tomar algunos donde había algunos!...

Se organizaron expediciones contra castillos que se sabía que poseían cañones: el castillo de Choisy-le-Roi fue despojado de los suyos y los cañones de los castillos de Chantilly, Isle-Adam y Limours también fueron tomados, así como el castillo de Broglie y muchas otras residencias nobles.

Cuando, a la vuelta de una de estas operaciones, los parisinos trajeron de vuelta a París su conquista, no tuvieron la ingenuidad de escuchar los pérfidos consejos de Lafayette, que se angustiaba al ver al pueblo armarse y que, para desarmarlo hábilmente, quería que los distritos le entregaran sus armas, con el pretexto de formar un parque de artillería. Los parisinos no cayeron en la trampa, no escucharon estos consejos engañosos: mantuvieron sus armas en sus secciones, ¡y esta fue su fuerza en los grandes días de la revuelta!

Así, imitando a los revolucionarios del siglo XVIII, sus sobrinos nietos del XX tomaban las armas dondequiera que las encontraban. Siendo más perfeccionadas las máquinas de batalla, no tenían por los simples cañones la misma estima que sus antepasados; en cambio, no desdeñaban las ametralladoras y los cañones-revólver. Con sumo cuidado, se apoderaron de todas las armas defensivas y las distribuyeron, en los sindicatos, a los compañeros sanos que querían armarse.

A las armas encontradas en los fuertes, se añadían las resultantes del desarme de la tropa, las amontonadas en los polvorines y depósitos de guerra, las recogidas de los armeros.

La purga radical de la que acabamos de narrar algunas de las aventuras no se limitó a la capital. Con igual entusiasmo, la provincia se sumó: juzgados y prisiones fueron arrasados; cuarteles y fuertes desmantelados.

Pronto, sobre toda la superficie del territorio, ya no había un batallón armado. Simultáneamente a la dislocación y dispersión del ejército, se realizó el censo de las armas defensivas y, por intermediación de las Bolsas del Trabajo, su distribución en los sindicatos, según las solicitudes.

En cada sindicato se había formado un grupo de defensa, al que acudían voluntariamente los elementos jóvenes y activos; allí practicaban el manejo de armas y maniobras de resistencia, para no ser tomados desprevenidos en caso de conspiración reactiva. Estos grupos emanaron de las Bolsas del Trabajo y, aunque establecieron relaciones con grupos similares en la región y en centros distantes, sus miembros no dejaron de ser miembros activos del sindicato. No se creían exentos de su monto de producción diaria, con el pretexto de que se dedicaban a ejercicios de gimnasia militar.

Estas cohortes sindicales no eran una fuerza externa al pueblo. Fue el mismo pueblo el que, habiendo liberado el trabajo, tuvo la prudencia de armarse para proteger la libertad conquistada.

Esta organización de defensa, sobre bases corporativas y federalistas, imposibilitaba cualquier intriga tendente a desviar a esta fuerza armada de la función que se había asignado. No se le podían incorporar elementos heterogéneos y sospechosos; estábamos allí entre compañeros, y para ser admitido en uno de estos grupos era necesario, no sólo estar sindicalizado, sino ser conocido y ser presentado por patrocinadores que eran responsables de ti. Precauciones un poco delicadas, pero útiles para evitar que los "ci-devants" dudosos se infiltrasen en ellos.

Ahora, erizada de mosquetes y bayonetas, ametralladoras y cañones-revólveres, la unión de Francia estaba en guardia; estas poderosas armas fueron manejadas por hombres de temperamento y resolución, y ella tuvo, sobre la Francia de 1789, la superioridad de estar irremediablemente curada de todos los Lafayette.

XXI. LA AGONÍA DE LA REACCIÓN

Desde los primeros disturbios, varios privilegiados habían tomado la precaución de refugiarse. Cuando la crisis se profundizó, hubo una avalancha de emigración.

Entre los que huyeron de la revolución, algunos eran superficiales, frívolos, amantes de sus comodidades y temerosos de las emociones; otros tenían razones más serias para ir a respirar otro aire: su nombre tenía tan desafortunada notoriedad que parecía condensar el odio popular. Además, para unos y para otros, la emigración fue un incidente menor. La costumbre de los largos viajes en automóvil, las excursiones a las orillas del Nilo o a los fiordos de Noruega, les había impregnado de cosmopolitismo. Sabiendo que podían encontrar su comodidad en cualquier lugar, la expatriación fue dulce para ellos. Y entonces, tenían las mismas ilusiones que los emigrantes de 1790: contaban

con regresar pronto y veían en las peripecias del momento sólo la ocasión de un viaje imprevisto pero no desagradable.

Además, nada les fue tan sencillo como emigrar. En unas pocas horas en auto, ganaron la frontera. El único riesgo era atravesar los pueblos donde retumbaba la revuelta. Una vez más, los fugitivos tenían que temer menos en su calidad de emigrantes que en la de automovilistas. Efectivamente, en el campo, el coche estaba en mala estima, era el triturador de gallinas y también de personas... Y como se desataba la ira, era de temer que se volviera contra ellos. Sin embargo, las represalias fueron raras. Más raras, aún, las que terminaron trágicamente.

La emigración no fue obstaculizada por los revolucionarios. ¡Lejos de ello! Era deseada por algunos que veían en ello un expediente para continuar, sin trabas, la expropiación capitalista. Como la revolución se hacía más contra las instituciones que contra los individuos, el éxodo de los privilegiados evitaría roces y disputas con ellos. Los emigrantes podrían llevarse su oro, pero no lo que constituye la riqueza real, sus tierras, sus fábricas, sus edificios. Su marcha, por tanto, iba a facilitar la ocupación de sus haciendas por los campesinos, la instalación de fábricas y la nueva urbanización de los edificios que iban abandonando.

Pero no todos los propietarios emigraron. Hubo algunos, como hemos dicho antes, que se negaron a dejar el campo abierto a la revolución y que, una vez derribado el parlamentarismo, se esforzaron por defenderse. Durante el mismo período, el gobierno estaba tratando de reconstituirse como provincia; sus miembros –ministros, diputados, oficiales superiores– se habían concentrado en el campamento de Châlons y allí, rodeados por algunos restos del ejército, intentaron reorganizar una fuerza militar y esperaban que se presentara una oportunidad para pasar a la ofensiva.

Para dar sustancia a su intento de oposición directa a la revolución, la burguesía contó con sus múltiples puntos de reunión: primero, en las cámaras de comercio y en los sindicatos patronales; luego, en los comités centrales que en ciertas industrias habían controlado la producción: contadores de dueños del hierro, comités de minas de carbón, de textiles; también contaban con grupos de seguros de huelga y con muchas asociaciones diferentes.

Gracias a esta red de grupos, los "ci-devant" (elementos de las clases dominantes) que querían defenderse podían asumir que aún eran capaces de resistir. Se estaban engañando a sí mismos. Su horizonte social no se había ampliado y todavía se veían en el medio antiguo, sin tener en cuenta la transformación en curso.

Sus medios de acción eran sobre todo financieros y las organizaciones que esperaban convertir en el eje de su oposición se adaptaron a la sociedad capitalista. Mientras el problema se limitaba a garantizar a un patrón, o incluso a toda una industria, contra una huelga o un levantamiento parcial, estas asociaciones, muy bien armadas económicamente, habían podido enfrentar el peligro. El caso revolucionario fue diferente. Se desató la revuelta y había que frenar la desorganización del régimen. Un trabajo enorme, para el que estos grupos eran tanto más impotentes cuanto más aniquilada era su dominación industrial o comercial.

¿Podía la burguesía esperar más de organizaciones diversas, mixtas e híbridas, abigarradas de patronos y trabajadores resignados, dentro de las cuales almas buenas habían creído incubar los elementos de la reconciliación de clases?

Estos cimientos eran inconsistentes. Los trabajadores que habían llegado allí en el pasado, por timidez o por espíritu de imitación, no eran hombres para ir a la batalla por sus patronos. Es más, se estaba produciendo en ellos una transformación: para vivir habían tenido que incorporarse a los grupos confederales y, en contacto con los camaradas con los que allí se codeaban, se convertían en hombres

nuevos, más dispuestos a defender la revolución que a combatirla.

Los burgueses, por lo tanto, se encontraron, con raras excepciones, reducidos a sus propias fuerzas y privados de lo que hasta entonces había constituido su poder: la influencia financiera. El oro había perdido su atracción de servidumbre. La vida era posible sin él. Y como la existencia por el trabajo estaba asegurada para todos, el reclutamiento de mercenarios se hizo difícil.

Los 'ci-devants', acostumbrados hasta entonces a ser defendidos, se vieron reducidos a pagar en persona. ¡Y qué pobre gente hicieron! Los antiguos reyes de las finanzas, los del hierro, del carbón, todos los síndicos, todos los colosos de la industria capitalista, después de haber tenido bajo el yugo a los ejércitos obreros, de haber dominado el Estado y de haber esclavizado a los ministros, fueron despojados de sus privilegios. ¡Estaban ahora más débiles que los enanos y tan angustiados que no sabían si comerían mañana!

No pudieron hacer nada realmente efectivo contra la revolución. Ya no se trataba de derribar un gobierno, sino de aniquilar el poder creativo de las corporaciones y de volver a sumergir a todo un pueblo en el trabajo asalariado. Pero, ¿cómo atacar a la nueva sociedad? Ya no había centralización estatal y los medios de comunicación y transporte estaban en manos de las centrales obreras que

paralizaron a los reaccionarios sin mucho esfuerzo. La obra de la contrarrevolución era por tanto imposible, porque implicaba la abdicación de la clase obrera.

Hemos visto que, tan pronto como triunfaron, los revolucionarios habían actuado con rapidez, sin vacilar en tomar las medidas necesarias: al mismo tiempo que tomaban las fábricas, los bancos, todos los establecimientos sociales, ocupaban las sedes de los patronatos y todos los puntos donde se podrían haber concentrado y concertado los reaccionarios. Estos últimos, por lo tanto, se vieron privados de los puntos de reunión con los que habían contado. ¡Todo se derrumbaba a su alrededor! ¡Su desastre era irremediable! Solo podrían agitarse en vano.

A duras penas se encontraron en unos cuantos pueblos muertos, alejados de toda actividad económica, en rincones donde la revolución no había penetrado. Eran poco más que un estado mayor general sin soldados. Allí se les unieron unos aventureros con mentalidad de gorila y oficiales del antiguo ejército.

En cuanto a los oficiales y suboficiales del ejército industrial –personal de directores, ingenieros, capataces– venían en pequeño número; la mayoría de ellos, que habían sufrido por constituir un verdadero proletariado intelectual, se negaron a abrazar la aventura de la reacción y se pasaron francamente al pueblo.

Frente al conjunto de parásitos y explotadores que perfilaban un gesto de contrarrevolución, los confederados sólo recurrieron al boicot. Las localidades donde se reunía el "ci-devant" quedaron cortadas de toda comunicación, implacablemente aisladas. No se permitió la entrada de convoyes ni suministros, ¡nada! Y para que no se rompiera el círculo del boicot, se redoblaba la actividad para armar superiormente a las cohortes sindicales de estas partes: se las dotaba de ametralladoras y cañones-revólveres que, montados en los automóviles, eran máquinas formidables. No es que quisiéramos tomar la ofensiva contra los reactores, sino estar en condiciones de repelerlos, en caso de que hubieran decidido atacar.

¡No pudieron!...

Carecían de armas, de municiones, de todo. Se invirtieron los papeles. El proletariado estaba armado, ellos no tanto, y nadie estaba por ellos...

Su situación era tan precaria como la que había soportado el pueblo durante tanto tiempo, con esta circunstancia, agravante para ellos, de que sólo luchaban por recuperar privilegios, mientras que el pueblo se había sostenido, en su martirologio, en un ideal de libertad.

Con respecto al fantasma del gobierno que, en Châlons, trató de crear ilusiones, trató de parecer vivo y trató de unir

en un haz a los sectores dispersos de la resistencia capitalista, se tuvo menos cuidado.

Extremadamente severo fue el boicot que rodeó el campamento. Los gubernamentales lograron a duras penas abastecerse; en cuanto a armamentos y municiones, les fue imposible renovarlos, por no poder abastecerse de los almacenes sociales. Este inconveniente era para ellos más sensible que cualquier otra cosa; los redujo a los antiguos medios de defensa y ataque, sin mejora ni modificación posible. Igual de fácil era, en efecto, para un confederado obtener, a través de su sindicato, los más diversos metales, acero, aluminio u otros; tan difícil era para un refractario, porque ya no había comercio de metales. Como resultado, el gobierno tuvo que vivir del pasado, y esto los hizo inferiores a los confederados, especialmente en lo que respecta a las formidables máquinas que eran los dirigibles y aeroplanos.

Cuando los gobiernos habían sido apretados por el boicot, como en un tornillo de banco, emplearon contra ellos terribles métodos de destrucción, que no implicaron una movilización militar. Estos procesos se conocían mucho antes. Pero los gobiernos nunca habían querido recurrir a ellos. Cuando arrojaron a los pueblos unos contra otros, se empeñaron en conservar cierto decoro diplomático en la matanza y se negaron a librar una guerra de exterminio real,

que hubiera sido tan peligrosa para los bastones como para la simple carne de cañón.

Al amanecer de un día radiante, una flotilla de aviones llegó a sobrevolar el campamento de Châlons. Los aviadores que habían tomado la iniciativa en la expedición –y que marchaban por su propia voluntad– eran de una frialdad y audacia inauditas: venían a evolucionar a baja altura y, con una precisión que el fuego del enemigo no les molestaba, cumplieron su obra de devastación.

¡Bombardearon el campamento! Y las bombas que llovían en granizo eran de dos clases: unas contenían un explosivo violento, las otras escondían en sus costados gases asfixiantes.

¡Los efectos fueron aterradores! La explosión casi silenciosa de las bombas asfixiantes que, en un amplio radio, segaron a los hombres, los derribaron y aplastaron sin ruido, fue aún más siniestra y más horrible que la explosión de las bombas detonantes. Estas desataron un huracán de fuego en la llanura, intercalado con estridentes silbidos y golpes sordos.

En menos de una hora no quedó ni un edificio, ni una casamata en pie. Los cañones yacían esparcidos, desmantelados, las ruedas y los carros rotos. Los hombres se habían apoderado de un terror indescriptible. Los que en los primeros minutos habían intentado una lucha inútil se

dieron por vencidos rápidamente. Y fue una huida frenética, loca, en todas direcciones...

A los sobrevivientes se les permitió escapar, desarmados. Los confederados no tenían otro objetivo que defenderse, aplastar definitivamente la reacción, y no derrocar a los vencidos. Algunos lograron cruzar las fronteras...

¡Era el final!

Así, a pesar de toda la amargura que le inspiraba la convulsión social y la ruina de sus privilegios, la Burguesía no podía hacer nada efectivo contra la revolución: no era más que polvo humano, sin cohesión y sin medios de capital. Ciertamente, había en él individuos con resiliencia, capaces de coraje personal y de actos heroicos, pero que, al carecer de suelo sobre el que pisar, se esforzaban en el vacío: les era tan imposible luchar contra el federalismo triunfante que abrazar el océano con ambos brazos.

XXII. EXPROPIACIÓN Y PERMUTAS

Las últimas convulsiones del capitalismo no obstaculizaron la obra de reforma social. En todos los puntos, los sindicatos completaron la reorganización. En las raras ramas donde –ya sea por ignorancia o por inercia, o por efecto de la presión capitalista– los trabajadores no estaban previamente unidos, esto se remedió, con la ayuda y consejo de los delegados confederales. De modo que, poco a poco, los enclaves que al primer proyecto revolucionario habían quedado fuera del movimiento, se vieron impregnados, conquistados.

La desconfianza había desaparecido. El miedo a perder, a caer de mal en peor, que al comienzo de la revolución había impedido a los timoratos unirse a ella, se disipó. Los hechos estaban allí, demostrando lo absurdo de estos temores. También en las regiones atrasadas, donde ahora se estaba

produciendo la transformación, se resolvieron sin obstáculos, dificultades que desde un principio habían creado serios embarazos.

Así, ya no se planteó la cuestión de otorgar una indemnización a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, a quienes el nuevo régimen eliminó; mientras que en los primeros días esta cuestión de la expropiación, con o sin compensación, había sido un escollo. El Congreso Confederado lo había debatido y resuelto negativamente. La expropiación sin indemnización, que además era un hecho consumado, era admitida por todos, cuando afectaba a grandes fortunas, grandes latifundios, grandes industrias. Por otra parte, algunos pretendían establecer una distinción entre otros capitales: clasificaban de un lado, los provenientes de la propia fructificación del capital, –por lo que no daban derecho a indemnización; por otro lado, el capital proveniente del trabajo directo de sus dueños, fruto de sus ahorros, y merecedor de compensación. Esta compensación, decían, podría consistir en un derecho de consumo, concedido a los expropiados reconocidos con derecho a él, según un porcentaje a fijar.

A esta tesis se objetaba que la mejora de la vida y la seguridad del mañana, con continuidad y aumento indefinido del bienestar, que la revolución llevó a la categoría de "privilegiados" que se consideraban

merecedores de una indemnización, compensaba la pérdida de su magro capital. Así, el pequeño rentista, llegado a la edad del descanso, ¿no tenía, en la actualidad, la vida más amplia y mejor que la que hubiera podido ofrecerse con sus exiguas pensiones de antaño? El ex pequeño tendero, el ex pequeño industrial –que, además, habían quedado libres para languidecer en su rincón–, ¿no tenían más tranquilidad que antes? En cuanto a los campesinos y proletarios que, centavo a centavo, habían ahorrado lo justo para sacar una pequeña hipoteca a un vecino, o para comprar algunas acciones, ¿no fueron también muy generosamente compensados por la pérdida de estos pequeños privilegios?

Y entonces, añadían los partidarios de la expropiación pura y simple, de la operación propuesta surgirían tantos inconvenientes que esto sería motivo suficiente para renunciar a ella. Primero, ¿cómo establecer una línea de demarcación entre los capitales merecedores de indemnización y los demás? Luego, supuesta esta primera dificultad, surgirían otras, igual de molestas: se necesitaría una burocracia para realizar los levantamientos y estimaciones con fines indemnizatorios; además, los apetitos se despertarían y sobreexcitarían, gracias a este espejismo de vivir todavía como parásitos. Sería perpetuar el antiguo régimen en el nuevo.

Sería injertar un cáncer en el corazón de la joven sociedad.
¡No! ¡No! ¡Sin compensación!

A este argumento, los opositores a la indemnización añadieron el ejemplo de 1789. Decían que no debía repetirse el engaño de la noche del 4 de agosto. En esta famosa reunión con gran ruido verbal, la Asamblea Constituyente proclamó la abolición de los privilegios feudales... ¡con redención! ¿Por qué? Porque los Constituyentes tenían miedo de la insurrección campesina y porque contaban con frenarla con ilusorias promesas.

Después del 4 de agosto, el antiguo sistema feudal continuó, ¡con sus diezmos y cuotas!, y habría persistido si los campesinos no hubieran puesto fin a ella suprimiendo violentamente los privilegios que aborrecían. Eran tenaces. Durante cuatro años permanecieron en la brecha. Fue sólo después de este período de rebelión incansable, que en 1793, la Convención se vio obligada a sancionar la abolición pura y simple de los derechos feudales.

¿Quién puede decir el impulso que habría tenido esta revolución si, en su origen, en 1789, las Constituyentes hubieran sido conscientes de responder a la revuelta popular suprimiendo los privilegios feudales sin redimirlos?

Hoy, concluyeron, la situación es idéntica: los privilegios del capital equivalen a los privilegios feudales de 1789..., pero, mientras los Constituyentes, que eran de origen

burgués o noble, tenían interés en la preservación de estos privilegios, no es lo mismo con nosotros: nuestros intereses son los mismos que los de nuestros camaradas, y no tenemos derecho a realizar la revolución a medias.

Al término de esta discusión, se decidió que el capital, cualquiera que fuera su origen, no daría lugar a indemnización. Se consideró que el seguro de vida, amplio y fácil, que a cambio de un trabajo moderado la empresa garantizaba a cada uno, constituía la parte de reembolso a la que cada uno podía reclamar equitativamente.

Esta resolución sólo tenía por objeto el capital, en forma de propiedades, edificios, tiendas, fábricas, títulos de renta vitalicia, acciones. En cuanto a la moneda en poder de los particulares; quedó en circulación. Del mismo modo, los titulares de libretas de ahorro pudieron recuperar la posesión de sus depósitos, y las personas con depósitos bancarios pudieron obtener un reembolso de hasta un máximo de unos pocos miles de francos, aproximadamente lo suficiente para vivir aproximadamente un año, asumiendo los precios de compra anteriores. El inconveniente de estas diversas medidas fue mínimo, dado que este dinero, que ya no podía ser utilizado más que para el consumo, tuvo que –fatal y rápidamente... mentalmente– regresar al banco del sindicato! Fue sobre la base de estos datos que la federación de empleados bancarios aseguró el

funcionamiento del banco sindical y sus sucursales: este banco, como hemos dicho, se constituyó con el efectivo de la Banque de France, casas de crédito y con el tesoros de bancos judíos, católicos, protestantes u otros. Era el depósito general del que bebía la colectividad. Como solo era cuestión de establecer el nivel de entradas y salidas, como ya no había deuda ni crédito, la contabilidad no era muy complicada...

Para los recibos de caja, el mecanismo era simple: los individuos que compraban en las tiendas sociales, según el antiguo proceso de cambio, pagaban en oro o plata. Ese efectivo, con el que nada tenía que ver la tienda (porque se reabastecía a simple pedido, a través de las federaciones y Bolsas de Trabajo), no lo guardaba en efectivo, sino que lo enviaba al banco. Este último anotaba la suma que recogía y su origen, sin embargo, sin acreditarlo al crédito de la tienda pagadora, por la razón perentoria de que no tenía cuenta con ella.

Para las salidas de caja, la operación no fue más complicada. Incluía dos casos: el de abastecimiento interno y el de abastecimiento externo.

Organizaciones que necesitaban abastecerse del interior –por ejemplo, para comprar a campesinos o pastores que aún no habían aceptado el contrato social– solicitaban al banco, o a la sucursal de su región, el adelanto en efectivo o

cheque que les parecía necesario, y hacían sus compras, según el antiguo sistema. Ahora bien, como los vendedores, que cobraban en dinero, también necesitaban abastecerse de productos de todo tipo, acudían a las tiendas sociales... y el efectivo que se les había pagado volvió al banco del sindicato del que procedía. No todo encaja; había una discrepancia entre los desembolsos y los ingresos, provocada por la manía de acaparamiento de ciertos maníacos. Carecía de importancia, pues el banco no se preocupaba de mantener su caja al mismo nivel, sino sólo de cumplir su función de bomba de succión de los productos que vertía a la comunidad.

El tráfico con el exterior también se realizaba comercialmente: los productos a exportar se dirigían bien a los puertos de embarque, marítimos o fluviales, bien a los muelles ferroviarios. De la misma manera llegaban los productos importados. Los sindicatos y la federación de estibadores presidían las distintas operaciones de exportación e importación.

Los productos importados eran, según la demanda –o en proporción a las cantidades almacenadas y a las necesidades–, dirigidos por los sindicatos de estibadores a tal o cual centro. Naturalmente, las operaciones comerciales cesaban tan pronto como los productos importados entraban en circulación interna.

Sólo se exportaba lo sobrante –pues con el capitalismo se había hundido el absurdo y nefasto sistema de producir para la exportación–, mientras en casa el pueblo vivía miserablemente, falta de los productos que se embarcaban. Ya no juzgamos el grado de prosperidad y riqueza del país según la magnitud de las exportaciones, sino, simplemente, según la cantidad de bienestar distribuida entre toda la población.

El sistema de navegación pasó, por su particular situación, a ser doble: siguió siendo comercial en sus relaciones con el extranjero; convirtiéndose en comunista en sus relaciones con el interior.

Entre los primeros, los marinos mercantes se habían asociado a la revolución y, sin dudarlo, sus sindicatos se habían apoderado de embarcaciones de todo tipo, tanto de armadores como fletadas por compañías.

La primera medida necesaria fue reconstituir las tripulaciones por afinidad y simpatía, porque, más en el mar que en ninguna otra parte, son necesarias la homogeneidad y la armonía. Para ello, las tripulaciones se reclutaban a sí mismas, bajo los auspicios conciliadores de los sindicatos de marineros. También era de común acuerdo entre el personal de una tripulación que se eligiera al capitán y a otros hombres que se encargaban de la dirección del barco. Ya no se trataba de funciones de autoridad, sino de una división

natural del trabajo, que no rebajaba a nadie ni daba a nadie superioridad en derechos.

Mientras se reconstituían las tripulaciones, se elaboraban las nuevas condiciones de navegación. Se acordó que, mientras estuviesen en suelo francés, o en puertos franceses, los marineros tendrían las mismas comodidades que todos los camaradas. Durante la navegación, inevitablemente tendrían que someterse a las restricciones exigidas por el racionamiento forzoso en el mar en el banco de la unión en su puerto de embarque.

Los barcos, al igual que su tripulación, operarían de manera mixta: transportarían a los viajeros confederados de forma gratuita, mientras que transportarían a los viajeros extranjeros bajo las antiguas condiciones financieras. De manera similar, mientras que las mercancías de origen francés se enviarían sin cargo, pero sujetas a una tarifa de transporte pagada por el comprador, las mercancías de importación se descargarían sin carga alguna.

Los buques que comercian en el extranjero recibirían orientación, en función de las solicitudes de productos recibidas por los sindicatos de portuarios y de gente de mar; les quedaría una gran iniciativa para estas operaciones de compra, y el banco sindicado les daría las sumas necesarias.

A su regreso, los barcos ingresaban en el banco las sumas que habían cobrado, en pago de los productos exportados o

del transporte de pasajeros, pero sin que fuera necesario establecer un equilibrio entre sus ingresos y sus gastos.

Tal fue, a grandes rasgos, el mecanismo adoptado para los intercambios con el exterior.

Era de temer que los países extranjeros, por odio a la revolución, rompieran todas las relaciones comerciales con Francia. A los gobiernos les hubiera gustado. Pero prevaleció el atractivo de la ganancia: Todos los intentos de boicot internacional fracasaron; había capitalistas extranjeros para aprovechar los acontecimientos y obtener aún mejores ganancias porque, dadas las circunstancias, los franceses no dudaron en pagar las materias primas que necesitaban, a un precio más alto.

Este método de intercambio, que se mantendría en vigor mientras los países vecinos no fueran liberados del capitalismo, no era más que la extensión de la actitud observada en el interior, hacia quienes resistían al pacto confederal.

El circulus monetario, por tanto, sólo tenía un carácter comercial con respecto a los que estaban fuera del contrato social; con respecto a los socios, el banco funcionaba como un depósito común del que se extraía según las necesidades. La realeza del oro fue, por tanto, abolida en la nueva sociedad: este metal fue privado de los poderes de

fruición que antes habían hecho su poder y fue reducido a una función transaccional que siempre iría disminuyendo.

XXIII. LAS PROFESIONES LIBERALES

Los "intelectuales" –como decíamos– no habían rehuído demasiado la revolución. Muchos la habían visto surgir con alegría y habían ayudado en su triunfo.

Sin embargo, entre éstos, había algunos a quienes la transformación dañaría, de quienes suprimiría las ventajas de la fortuna o la posición. Estos últimos no eran los menos entusiastas: la nueva vida les parecía una liberación. Habían sido asfixiados en la sociedad capitalista. Las satisfacciones materiales que allí encontraron no compensaron el disgusto, la repugnancia, el dolor que les causaban los defectos, las miserias y las injusticias que abundaban en el medio burgués.

Hombres de alto nivel –en las ciencias, las artes, la literatura– todos beneficiarios del antiguo régimen albergaban tal aversión hacia él que estaban encantados con

su derrumbe. Este estado de ánimo contribuyó a la caída del capitalismo: su ruina era tan deseada, tan esperada, que sus anhelos impacientes crearon un ambiente favorable a la revolución.

Entre los estudiantes, muchos tomaron parte en el movimiento: algunos desertores de la burguesía, otros proletarios intelectuales (para quienes la vida prometía ser dura); vincularon su destino al de la clase obrera, mezclados con los combatientes.

Aportaron su energía y su buena voluntad, y fueron acogidos fraternalmente.

Esta colaboración de los intelectuales en la revolución favoreció la reorganización de las escuelas, los métodos de enseñanza y también la transformación de las profesiones liberales.

A partir de entonces, los médicos y cirujanos no tuvieron que comerciar con sus conocimientos y experiencia. Su profesión se convirtió en una función social, aceptada y cumplida por pasión profesional, por el deseo de aliviar el sufrimiento humano y no por interés mercantil. Ya en la sociedad capitalista, los síntomas de esta transformación eran perceptibles: después de que algunos practicantes de gran renombre habían dado su atención a los ricos, a precios exorbitantes, le gustaba tratar a los pobres diablos de forma gratuita y, a veces, incluso ayudarlos a salir de sus

problemas. La mayoría obedecía entonces a un motivo sentimental, sin atribuir a sus gestos de solidaridad humana un sentido de crítica social. Pero cualquiera que sea el motivo de sus actos, estos fueron, sin embargo, una protesta contra las desigualdades escandalosas, contra el mercantilismo obligatorio, y tendieron a restablecer el equilibrio. Por eso estos médicos, que se creían simplemente caritativos, estaban más preparados que otros para las prácticas comunistas de la nueva vida.

Asimismo, arquitectos, dibujantes, ingenieros, químicos y otros, perdieron sus antiguos puestos privilegiados; se convirtieron en útiles y valiosos colaboradores para el buen funcionamiento de la sociedad, pero sus talentos no les daban derecho a un trato preferencial.

Los colegios profesionales que, en las ramas liberales, existían anteriormente, se transformaron en sindicatos y se federaron. Estos grupos tenían una existencia independiente, al igual que las demás corporaciones, y, como ellas, participaban en la vida y acciones de la Confederación del Trabajo.

Como hemos explicado, las profesiones liberales no tenían condiciones de vida diferentes a las de otras corporaciones; sus respectivos sindicatos distribuyeron a sus miembros la tarjeta de gratuidad –similar a la de todos los confederados– dando derecho a consumir los productos existentes en

abundancia; también repartieron, a cada uno, un cuadernillo de "bonos" que les permitía consumir u obtener, en igual proporción para todos, productos raros o de lujo.

Sobre todos los productos, sobre todos los objetos que su menor cantidad obligaba a racionar, la parte de cada uno era teóricamente proporcional; pero su división matemática, además de impracticable, hubiera sido absurda y hubiera dado resultados lamentables. La distribución lógica que se hubiera buscado en vano por este proceso, se obtuvo naturalmente por el libre juego de los gustos particulares, de las preferencias individuales: unos iban a tales productos, otros a tal objeto y esta dispersión de deseos, esta variedad de gustos, logró el equilibrio entre la oferta y la demanda. Era libre para todos satisfacer, en proporción equivalente a la riqueza social, sus apetitos de lujo.

Este poder igualitario de consumo, atribuido indistintamente a todos, parecía excesivo sólo para aquellos que se habían mantenido confinados en el estrecho marco de la vida burguesa. Los demás, que sabían qué trabajo de elaboración preliminar había preparado –desde mediados del siglo XIX– las realizaciones actuales, se entregaron, si no con alegría, al menos sin demasiada aspereza.

No había surgido de repente, en efecto, el sentimiento de igualdad y equivalencia de funciones del que estaba saturada la clase obrera. Durante mucho tiempo sus

militantes –después de haber condenado los privilegios de la fortuna– enseñaron que el ser humano no adquiere, gracias al conocimiento, derechos superiores a los de los demás hombres y que no tiene que reclamar una remuneración tanto mayor cuanto está mejor educado; demostraron que quien está dotado de educación es deudor de sus maestros, del trabajo acumulado por las generaciones pasadas, de toda la atmósfera que lo baña, que le ha permitido desarrollar sus facultades. Y añadían: tanto como los albañiles, las costureras, los panaderos, los jardineros, tienen necesidad del médico, –tanto los necesita éste a ellos; entre éste y aquéllos hay un intercambio de servicios, en consecuencia, debe haber equivalencia de derechos y es abusivo que uno se enorgullezca de su conocimiento para hacerse con una parte mayor, en detrimento de la de sus copartícipes.

No todos estaban de humor para aceptar esta nivelación sin refunfuñar. A los afligidos, un famoso médico que, bajo el capitalismo, había diseccionado los placeres artificiales de la gran riqueza, vertió el bálsamo filosófico:

“¿Habéis olvidado”, les explicó, “que lo que los ricos podían consumir personalmente era poca cosa en comparación con su creciente fortuna?”

“Solo tenían un estómago y tuvieron que prescindir de él. Cuando habían comido dos o tres platos, dos veces al día,

habían llegado al límite de su capacidad gástrica en cantidad. Su comida era de primera elección, pero rápidamente se alcanzaba la cantidad óptima.

“Papas, una de las mejores verduras, se conseguían, perfectas, a bajo precio. En cuanto a las hortalizas tempranas o productos de otras temporadas, su precio podría subir enormemente sin que su producción aumentase en proporción. La mayoría no valen, por sabor, la fruta del momento.

“El mismo hombre tenía solo una cama; porque el uso sucesivo de varias habría perturbado su sueño sin ventajas compensatorias. La ropa es como las camas. Su cambio más bien causa cierta vergüenza. Hay que probársela nueva, que se ajuste a su cuerpo, acostumbrarse a ella, lo que llevó a los propios multimillonarios a no tener un armario mucho más grande que el de un dependiente de tienda.

“Estos hombres tenían solo un dormitorio, por la misma razón que solo tenían una cama; y así para las dos o tres habitaciones que realmente usaban, la oficina, el comedor, el salón privado. El resto era para la recepción, para los demás...

“Podrían viajar. Pero los frecuentes viajes turbaban su existencia y lo exponían a mil inconvenientes que, para muchos, eran mayores que las distracciones buscadas.

“¿Podrían asociar a otros con sus placeres? Pero aparte de que podía ser más o menos placentero organizar distracciones en beneficio de extraños, el placer no se consumía personalmente... En este caso, había un comienzo de socialización de la riqueza...”

Para concluir, el doctor optimista predicó la adaptación al nuevo entorno a sus colegas: explicó que su ciencia y sus talentos serían apreciados y potenciados allí, pero no constituirían sus prerrogativas; evocó las alegrías y satisfacciones que experimentarían siendo unidades sociales, en igualdad de condiciones con cualquier otra persona, alegrías y satisfacciones mucho más agradables que las felicidades relativas y artificiales que habían podido obtener con su pasada fortuna.

Además, si el hombre de profesión liberal, mimado por el éxito, podía considerarse disminuido en su poder de consumo personal, en cambio, desde el punto de vista profesional, se encontraba tan rico que no podía desear más.

Las organizaciones científicas –y sus miembros– tenían a su entera disposición equipos perfeccionados, laboratorios espléndidamente instalados y los medios para realizar todos los experimentos e investigaciones que fueran deseables. De lo cual se seguía que, si los hombres de ciencia podían argumentar que su superfluidad personal se reducía, en

compensación –siempre que fueran apasionados por su arte– debían confesarse verdaderamente más ricos que antes.

Las organizaciones médicas y quirúrgicas, en concierto con las del personal de salud –cada una en su ámbito–, fueron las encargadas de reorganizar los servicios de salud e higiene, reemplazando a la miope y odiosa administración de la Asistencia Pública, que había sido destituida sin remordimientos.

Se transformaron las residencias de ancianos y los hospicios, admirablemente acondicionados, con toda la higiene deseable y el máximo confort. Nada se descuidó para hacer de estos palacios del dolor lugares donde el paciente encontrara en un ambiente alegre, si no un apaciguamiento de sus sufrimientos físicos, al menos un brillo de los ojos, un alivio moral.

Añadamos que la residencia de ancianos, el hospicio, no eran obligatorios, salvo para las enfermedades epidémicas. Estaba abierto a que todos fueran tratados como quisieran, en su casa o en una casa común. Por otra parte, el personal médico, antes ocupado en condiciones tanto más deficientes cuanto mal remunerado, era reclutado por afinidades, por vocación y no por necesidad. Asimismo, las enfermeras y enfermeros aportaron en el ejercicio de sus

funciones una dulzura y simpatía, demasiado rara en el pasado.

Además de la reorganización de todos los servicios relacionados con la salud, los gremios de médicos, cirujanos, farmacéuticos, se ocuparon activamente de la remodelación de las escuelas especiales que, en adelante, iban a funcionar con plena autonomía, reclamada en vano bajo el antiguo régimen: las escuelas se administrarían solas, los alumnos elegirían a sus maestros; la enseñanza, sin perder ninguno de sus aspectos teóricos, sería más profundamente práctica, técnica, clínica.

XXIV. EDUCACIÓN

Los maestros, cuyos grupos habían participado durante mucho tiempo en la vida sindical, que habían sido de los primeros en proclamar la necesidad de liberar la educación del control estatal, para reorganizarla sobre una base corporativa, con total autonomía, estaban entre los más ardientes partidarios de la revolución. Sólo que, participando individualmente y según su temperamento en la insurrección, no tomaron el pretexto de la huelga general para suspender sus clases. Se dijeron que el paro escolar molestaría más a los padres que al gobierno, y se quedaron en el cargo pensando que serían más útiles a la causa del pueblo velando por sus hijos. Por lo tanto, los estudiantes pudieron continuar asistiendo a la escuela... hasta el momento en que, ganados por el ejemplo de quienes los rodeaban, a su vez se declararon en huelga general.

Terminada la fase de batalla, cuando llegó el período triunfal, la federación de sindicatos de maestros convocó un congreso para discutir métodos de educación y sentar las bases de una educación racional, acorde con la transformación social lograda.

Ya no era admisible la vieja clasificación en educación primaria, secundaria o superior, que apartaba a los hijos del pueblo en lo "laico" y reservaba los liceos y colegios para los hijos de la burguesía. El sistema de becas que, en la sociedad capitalista, moderó la arbitrariedad de esta clasificación, rindió un homenaje hipócrita a la igualdad y permitió que algunos hijos del pueblo saltaran a la escuela burguesa, no hizo más que subrayar mejor lo odioso de esta demarcación. Esta educación compartimentada, conforme a una sociedad explotadora, ya que distribuía el conocimiento en distintas dosis, según si los niños estaban destinados a mandar o a obedecer, a hacer trabajar a los demás o a afanarse, no tenía por qué existir en un ambiente de libertad e igualdad.

La labor del Congreso fue doble: llevar a cabo la remodelación corporativa del cuerpo docente, y dilucidar y definir cuál debía ser la nueva educación.

Sobre este segundo punto, el Congreso, en el que participaron no sólo los delegados de los sindicatos de maestros, sino también de todas las asociaciones de educación, tanto de las escuelas normales como de la

secundaria y superior, tenían más el carácter de una investigación minuciosa de la educación que el de un congreso propiamente dicho. Todos aquellos que tenían una idea que presentar o un proyecto sobre la cuestión pudieron hacerse escuchar, dar su opinión, arrojar su luz.

Primero nos preocupamos por la revisión corporativa, para modificar los engranajes y el mecanismo; la inutilidad y la superfluidad fueron eliminadas y, aquí como en todas partes, el autoritarismo asfixiante se sustituyó por una autonomía vivificante.

Tras esta primera reorganización profesional –que además estaba íntimamente ligada a la de la docencia– se definieron las grandes líneas de esta última:

Las dos enseñanzas, primaria y secundaria, se fusionarían en una sola, racional e integral. Todos los niños, cualesquiera que sean sus capacidades, se nutren de la fuente común del conocimiento; su desarrollo posterior, por muy divergente que sea, sólo puede ser el resultado de una mayor o menor aptitud para aprender y asimilar el conocimiento humano.

El corolario de estas premisas era el respeto absoluto por los derechos del niño, del hombre del mañana. Se consideraba al niño como un ser fundamentalmente libre e independiente –pero en proceso de desarrollo– y a nadie, ni a un individuo ni a un grupo, se le concedía el derecho de

moldear su cerebro, de inculcarle tales formas de ver y de pensar, más bien que tales otros.

Los derechos de los padres sobre el cerebro del niño fueron negados, proclamados tiránicos y arbitrarios. Nadie quería reconocer su derecho a amasar su cerebro a su antojo, como tampoco a desviar su columna vertebral. También fueron categóricamente condenadas pretensiones del mismo orden que sus educadores quisieran asumir sobre el niño.

Esta noción, que establecía la soberanía del ser humano y declaraba que había que respetarla, en su germen y en su flor, iba a ser la piedra angular de la educación distribuida a todos con igual generosidad.

¡Hacer hombres armónicamente desarrollados! –física, intelectual y moralmente– y, por eso mismo, aptos para llevar al máximo su actividad, en la dirección de su elección. ¡Este era el objetivo!

La cultura física fue el punto de partida del método de instrucción defendido, ya que se reconoció que el desarrollo intelectual está relacionado con la actividad física. Para las nociones elementales, y también para la aritmética, la geometría, las ciencias naturales, la enseñanza se hizo lo más concreta y práctica posible. Para estas diversas ramas del conocimiento, no se debía temer ninguna orientación falsa. La dificultad comenzaba con el estudio de la historia:

se recomendaba a los educadores presentar los hechos históricos con la preocupación, no de compartir su concepción con sus alumnos, sino de capacitarlos para apreciar y juzgar, para formarse una opinión que emanase de ellos y que no fuera un reflejo de la personalidad del maestro. Éste debe, por tanto, tender a despertar las mentes jóvenes, no cansando su memoria, sino a través de la gimnasia educativa, basada en la experiencia, en los hechos y en su explicación.

La mejor instrucción consistiría en dar al niño nociones sólidas, exactas y, sobre todo, en inculcarle con tanta fuerza el gusto por el saber, que esta pasión se apoderara de él toda su vida.

Al joven, cuyo desarrollo individual habría sido preparado por esta educación que se podría calificar de “primaria”, le quedaría la elección de la educación “secundaria” que le gustaría recibir. Esta enseñanza teórica, amplia, profunda, recordaría sólo muy vagamente la enseñanza de las antiguas escuelas secundarias. Lejos de ser una educación 'muerta', por el contrario, estaría muy viva: las ciencias ocuparían allí el primer lugar y, a la educación general, se sumaría la instrucción profesional, práctica, técnica, pero no especializada. Ya no siendo las necesidades sociales las mismas que en la época capitalista, uno no se preocuparía, en estas escuelas, de nutrir a los magistrados, a los notarios

–y otros especímenes de la especie malévola desaparecida–, sino a formar hombres industriuosos, con una inteligencia abierta, con conocimiento juicioso, y capaz de ser útiles a sí mismos y a sus semejantes.

A partir de ahí, el joven podía, si quería, ir a hacer prácticas en las escuelas de educación técnica, industria, oficios, agricultura, que ya existían en estado embrionario en la sociedad burguesa...

Estos colegios técnicos iban más allá del ámbito de la educación como tal. Allí terminaría lo que antes se llamaba aprendizaje. Estos colegios debían ser el vínculo entre las escuelas y la vida productiva. Siguiendo la comparación con la antigua clasificación, podrían equipararse a las escuelas de educación superior. Para la industria, la agricultura, las ciencias, serían equivalentes a lo que fueron antes las facultades de derecho, ciencias y letras para las profesiones liberales; también serían equivalentes a las nuevas escuelas de medicina, cirugía y farmacia.

Estos colegios técnicos iban a ser una rama de las federaciones corporativas; facultades de medicina, farmacia, bajo la profesión médica o farmacéutica; las de agricultura, bajo la federación de tierras; los de tejeduría, de la federación textil, y así sucesivamente de los demás.

No se hizo distinción entre niños y niñas; los dos sexos serían educados juntos, en las mismas escuelas, en pie de

igualdad. No porque se pretendiera obligar a las mujeres a realizar el mismo trabajo que los hombres, sino porque se consideraba que la coeducación era la mejor preparación para la fusión moral de los sexos.

Cuando las niñas se convertían en mozas, hacían un curso en colegios especiales donde se enseñaban oficios femeninos, y donde se preparaban para funciones sociales, adecuadas a sus gustos.

La educación integral, cuyas líneas principales acabamos de esbozar, fue obra del Congreso de los Sindicatos de Maestros y Profesores y su coordinación recayó en el ámbito de estos grupos, en adelante fusionados, unificados. Sin embargo, al mismo tiempo, sin vulnerar la autonomía del cuerpo docente, se formaron asociaciones de educación, a las que se afiliaron los padres interesados en cuestiones de educación. De acuerdo con los educadores, estas asociaciones se las ingeniaron para embellecer las escuelas, para perfeccionar los métodos de educación.

Mientras se implantaba esta enseñanza profundamente humana, con la colaboración de todos, alrededor de las cátedras de los profesores se aglomeraba la nueva generación, feliz de vivir, ávida de saber. No tenía los defectos que enfriaban a los jóvenes: la sequedad de corazón, el amargo afán de superación, de empujar a costa

de los camaradas, que en la vieja sociedad sofocaban los sentimientos generosos.

Esta joven generación, sin darse cuenta de las aprensiones del mañana, sin dejarse atrapar por las ansiedades del futuro, sin ver ningún punto negro en el horizonte, era toda vibrante y amorosa, ¡sana y fuerte!

XXV. LA CREACIÓN DE LA ABUNDANCIA

El miedo a la escasez, tan obsesivo en las primeras horas de la revolución, había desaparecido. El ímpetu dado a la producción había sido tan intenso que la abundancia creció, subió a raudales, y con ella creció el encanto. La alegría de vivir fluyó, se extendió. Y nos reímos de las preocupaciones de ayer.

Sin embargo, por fútiles que fueran estas preocupaciones, era comprensible que preocuparan a los mejores y más optimistas de los revolucionarios.

Cuando se produjo la transición entre los dos regímenes, sabíamos hasta qué punto eran artificiales las crisis de sobreproducción que desequilibraban a la sociedad capitalista: sabíamos que nunca había habido realmente una plétora, sino sólo crisis de congestión, resultantes de una distribución desigual e insuficiente.

Si los campesinos se quejaban de tener demasiada fruta, demasiada sidra; si los viticultores se quejaban del bajón; si los pescadores devolvían al agua el pescado que los mayoristas se negaban a comprarles; si las tiendas estaban abarrotadas de zapatos, de ropa, no era que hubiera demasiada fruta, sidra, vino, pescado, zapatos, ropa... ¡pues a poblaciones enteras les faltaba todo eso!

Por lo tanto, era de esperar que, al volverse libre el consumo, la supuesta sobreproducción no existiera por mucho tiempo.

En cambio, los teóricos de la explotación humana habían insistido tanto en que la coerción era esencial para obligar al hombre a trabajar, pues, sin el acicate del hambre, sin el aliciente de la ganancia, se entregaría a la pereza; que estas ridículas afirmaciones habían dado lugar a presiones.

Si sucediera lo que estos malos augurios anunciaban, Si el pueblo, asqueado y cansado de trabajar para otros, se negara a trabajar para sí mismo, ¡la miseria no sería vencida!... Y, pronto, la reacción volvería a triunfar.

¿No fue así como fracasaron las revoluciones anteriores?

En 1848, el pueblo derramó su sangre por conquistar la república y ésta puso a su servicio tres meses de miseria... Su suerte, lejos de mejorar, empeoró. ¡Llegaron los fusilamientos de junio! Luego, como el negocio iba mal,

como el trabajo no iba bien, la hogaza se volvió más rara que bajo la realeza. También, desilusionado, el pueblo dejó que se produjera el golpe de 1851.

¿No cabía temer una perspectiva idéntica si, una vez agotadas las reservas capitalistas, la reposición se hiciera imposible? ¿No había que temer que se desatara la discordia en las filas obreras y que la burguesía la aprovechara para restablecer su reinado?

En el congreso confederal, esta duda pesó sobre los delegados sindicales. Por eso no se atrevieron a fijar la jornada máxima diaria de trabajo por debajo de las ocho horas. Dadas las circunstancias, sólo expresaban los sentimientos de las masas trabajadoras: también ellas, aún perturbadas por los prejuicios y errores en que habían sido acunadas, temían no poder satisfacer todas las necesidades sociales.

La experiencia pronto demostró cuán infundados eran estos temores. Jamás el ardor del trabajo había sido tan vivo, tan unánime –excepto quizás en 1791, cuando el campesino que acababa de liberar la tierra de los privilegios feudales, para arrebatársela al señor, sintió despertar en él la dignidad humana y, libre, pisando un campo abierto, se puso a trabajar con todo su corazón y toda su alma. ¡Estas horas espléndidas, las revivimos! Y, esta vez, campesinos y obreros tenían las mismas intoxicaciones, los mismos

entusiasmos. Además, ¡con qué ilusión nos pusimos manos a la obra!

Pocos eran los que estaban de mal humor en el trabajo. Tan raros que los sindicatos desdeñaron tomar medidas efectivas de boicot contra ellos. Nos limitamos a tratarlos con desprecio, a mantenerlos separados. La gente perezosa estaba tan mal vista como alguna vez lo estuvieron los soplones y los proxenetas. Éstos tenían oficios que alimentaban muy bien a sus hombres, pero eran despreciados, considerados degradantes. También los individuos que carecían de suficiente respeto por sí mismos, sin tener ningún deseo de limpieza moral y que no se preocupaban lo suficiente por la mala reputación como para comer tal pan, habían sido excepciones.

Eran también excepciones los holgazanes que preferían sufrir el desprecio de quienes los rodeaban en lugar de entregarse al trabajo manual, que no era una faena tediosa y era gimnasia física, muscular, necesaria para la salud.

En el pasado se había glorificado tanto la ociosidad y la pereza –mientras se despreciaba el trabajo– que no era de extrañar que no hubiera desaparecido espontáneamente el deseo de vivir como parásitos, en seres asolados por el medio burgués. Sin embargo, aparte de que esta propensión a la pereza era muy limitada, era sólo momentánea: era una malaria moral, endémica del pantano capitalista, que

persistía después de su desaparición, pero que la sana nueva atmósfera disiparía.

Por lo tanto, trabajaban con un vigor desconocido en las fábricas y talleres de los patronos. Ya no eran esclavos, asalariados, sometidos a un trabajo desagradable, que los agobiaba tanto más cuanto que a menudo tenía un resultado inútil o dañino: eran hombres libres, que trabajaban por cuenta propia y, en consecuencia, llevaban a cabo la tarea que habían consentido con una tenacidad inaudita.

El temor de que se acabara lo necesario hizo que se hicieran maravillas. Trabajamos incansablemente. Hicimos un esfuerzo colosal, que nos habríamos negado a dar en trabajo remunerado. En algunas fábricas, por su propia voluntad, los compañeros se impusieron trabajo extra, para aumentar la cantidad de productos disponibles para todos; en otros lugares, los hombres, habiendo llegado a la edad del reposo, exigían su lugar en el taller, no queriendo aceptar ser liberados del trabajo hasta que no se hubiera adquirido la certeza absoluta de la abundancia.

En las enormes aglomeraciones humanas, París, entre otras, el miedo a quedarse sin alimentos era la gran obsesión. Para conjurar este hipotético peligro, los trabajadores se alistaron por miles, para cultivar la tierra, en las vastas haciendas de los alrededores. Estas haciendas, los

sindicatos de trabajadores agrícolas y hortelanos –que abundaban en la región y que durante mucho tiempo habían estado asociados con la acción federal– se habían apoderado de ellas sin demora. Se organizaron equipos en los que se incorporaron los parisinos, dejándose guiar sin enamoramiento por camaradas competentes. Duro era su trabajo –dada su falta de costumbre– pero no era agotador y desalentador como lo era el trabajo agrícola de antaño. Se utilizó toda la maquinaria utilizable; los cavadores y los arados motorizados hicieron maravillas. Lo hicimos tan bien que en pocos meses estábamos seguros de cosechar regularmente suficientes verduras, patatas, trigo, para satisfacer las necesidades de la población parisina.

Como, por otra parte, no se había descuidado entablar relaciones con las poblaciones terrestres más lejanas, estábamos plenamente tranquilos: de un extremo al otro del territorio, ¡a ninguna parte! –no habría miedo a la escasez.

Para la producción industrial y manufacturera, los temores fueron menores. Procuraron ser autosuficientes con la producción nacional –al menos en lo posible– para poder recurrir a las exportaciones sólo en una proporción limitada. Entre otras cosas, se compensó la escasez de materias primas –como cueros y lanas– con el considerable desarrollo

de una ganadería racionalmente organizada, que al mismo tiempo satisfacía la necesidad de carne.

La transformación de materias primas en productos industriales y manufacturados no presentó dificultades insalvables. La maquinaria ya había alcanzado un grado de sofisticación tan alto que –tal como lo transmitía la sociedad burguesa– permitía satisfacer las necesidades básicas sin mayores preocupaciones.

Desde el punto de vista industrial, todos los esfuerzos se concentraron en reducir, si no eliminar por completo, la malevolencia de las industrias peligrosas, de los oficios insalubres. En las circunstancias, haber reducido las horas de trabajo era un paliativo insuficiente: la tarea debía dejar de ser una tortura, un sufrimiento. Era necesario para que estos trabajos no fueran descuidados y, sobre todo, para que pudiera establecerse una relativa equivalencia entre todas las tareas sociales, pues en adelante era inadmisibile e inaceptable que algunas fueran cuasi–agradables, mientras que otras permanecieran, como antaño, obra de galeotes.

Los gremios de estas corporaciones apelaron a todas las iniciativas, al conocimiento de profesionales e ingenieros. Como ya no se trataba de sopesar vidas humanas con el precio de costo de un producto o de un trabajo indispensable, se llegaron a soluciones satisfactorias.

Poco importaba, en efecto, que para llevar cualquier producto al punto de consumo fuera necesario gastar el doble o el triple del tiempo que antes, siempre que este trabajo no fuera perjudicial, a quienes se habían encargado de él y que tiene lugar en condiciones higiénicas aceptables.

En muchos casos, tanto en utillajes como en procesos de fabricación, se conocían las transformaciones a realizar; sólo había que aplicarlos. Si esto no se hubiera hecho antes, la culpa era de los patronos, que se habían negado a hacerlo para no aumentar sus gastos generales, y también de los trabajadores que, por costumbre, carecen de reflexión (y, ¡ay!, del aguijón de la necesidad) sometidos a tareas que sabían que conducirían rápidamente a graves trastornos orgánicos, si no a la muerte.

De esta manera de mejora técnica e higiénica, llegamos a resultados considerables. Así, gracias a arreglos científicos ya varios procesos y métodos, el trabajo de los alcantarillados ya no ofrecía los temidos peligros; en las vidrierías se generalizó el soplado mecánico y la fabricación igualmente mecánica de vidrios para ventanas y, gracias a arreglos higiénicos, este trabajo dejó de ser una labor infernal; en las industrias del hierro y el acero, en las fábricas de productos químicos, en las fábricas de tejidos, ¡en todas partes! –se produjeron transformaciones del mismo orden.

El trabajo de lavandería que había quedado tan primitivo, en las más pequeñas tiendas donde la clasificación de la ropa blanca esparcía los gérmenes de enfermedades infecciosas, con lavanderías mal arregladas e incómodas; este trabajo que, cuando se había intentado industrializarlo, lo había sido sólo en detrimento de la salud de los trabajadores, porque se hacía para ellos aún más mortífero, se modificó de arriba abajo.

La panadería, que hasta el siglo XX había permanecido prehistórica, también quedó trastornada; se abolieron las panaderías sucias y mal ventiladas; la máquina hacía el trabajo de amasar.

Muchas otras industrias también se transformaron de arriba a abajo. No se descuidó ninguna rama de la actividad humana; en todos ellos, el genio inventivo trajo mejoras que multiplicaron por diez la producción y eliminaron todo rastro de la servidumbre del hombre: ¡ya no era el esclavo, sino el dueño de la máquina!

Pusimos en práctica una serie de descubrimientos que permanecieron latentes, ¡que solo teníamos que extraer de las Artes y Oficios! Hubo un florecimiento maravilloso de inventos que antes no habían podido abrirse camino, ahogados como estaban por la indiferencia, la mala voluntad, la rutina o el interés propio.

Las grandes empresas mineras, los grandes capitalistas, tenían la costumbre de comprar patentes para la mejora de su maquinaria o de sus herramientas para evitar que eclosionaran. Tuvimos prueba tangible de ello cuando las fábricas parisinas, que generaban electricidad, fueron tomadas: en sus áticos descubrimos, entre otras cosas, toda una serie de contadores de electricidad, cada uno más sofisticado que el anterior. La Compañía había comprado las patentes a los inventores, no para explotarlas, sino para suprimirlas, para no tener que reparar los equipos.

¡Cuántos ejemplos similares podrían citarse! ¡Cuántos hombres de genio habían sufrido los obstáculos impuestos a la realización de sus proyectos! ¿Cuántos no habían podido llevarlos a cabo por falta de recursos? ¿Cuántos se habían topado con el odio de sus contemporáneos? ¿Cuántos murieron en el camino, llevándose sus ideas a la tumba?

En el siglo XVIII, Jacquard fue perseguido y su telar hecho pedazos y quemado por los canuts de Lyon que temían por su salario; a fines del siglo XIX, el telar de Northrop estaba tan maldito en las hilanderías como lo habían estado, medio siglo antes, los mull-jennys; cuando Lebon encontró iluminación de gas, nadie en Francia tuvo la inteligencia y la audacia de ponerlo en condiciones de aplicar su proceso; Achereau, un prolífico inventor que enriqueció a una galaxia

de capitalistas con los veinte descubrimientos que hizo durante su vida, murió de hambre en un tugurio de Ménilmontant; Martin, el inventor del freno de vacío que evitó tantas catástrofes ferroviarias, fue ridiculizado, y mientras vegetaba y casi muere en la miseria, su descubrimiento se popularizó, bajo el nombre de freno Westinghouse, entre los estadounidenses, a quienes trajo millones, habiéndolo puesto en práctica; el brillante inventor, el maravilloso poeta, Charles Cross, el inventor de la fotografía en color y el fonógrafo, que operó Edison, se desarrolló toda su vida; Mimault, el inventor del telégrafo "Baudot", murió en prisión por haber disparado un revólver contra el padrino y el usufructuador de su aparato...

¡Y cuántos nombres se añadirían a este martirologio!

¡Ay! ¡había sido una dura madrastra, la sociedad capitalista, para los hombres que salían de la rutina! Cuando no los mató, los ridiculizó: sus eruditos oficiales condenaron a los precursores, demostrando con grandes argumentos que eran desequilibrados, locos o ignorantes.

Ahora ya no era así. El hombre que tenía una idea en la cabeza podía, sin obstáculos, perseguir su realización. Sin que nadie tuviera interés en oponerse a la puesta en práctica de sus proyectos, se le concedió toda ayuda. Si era una mejora en una máquina, o bien un nuevo proceso cuya

aplicación soñaba, encontraba, entre los compañeros del gremio, no sólo apoyo, sino a veces útiles consejos.

No faltaba mano de obra. Ya no es la materia prima. Todas las pruebas fueron tentadas. Uno ni siquiera retrocedía ante un dudoso experimento, con el vano pretexto de evitar un despilfarro de mano de obra y materiales. Preferimos correr el riesgo de fracasar que exponernos a descuidar un descubrimiento precioso.

Esta mentalidad, nacida de la revolución, era lo contrario de la mentalidad burguesa, que había sido todo misoneísmo y conservadurismo.

La característica del régimen capitalista había sido el miedo al cambio, a cualquier trastorno, a cualquier modificación: la gente disfrutaba de la inmovilidad; la anquilosis y la petrificación podrían tomarse como ideales.

Ahora era todo lo contrario; la plasticidad era la esencia de la dieta; su equilibrio lo obtuvo por su extrema movilidad; gracias a este perpetuo devenir, la sociedad estaría en constante transformación, en indefinido progreso.

De esta saturación del nuevo entorno por la tendencia a la variabilidad, fluyó un ideal de vida más elevado que nunca.

La igualdad de bienestar no había engendrado la despreocupación y la desfachatez y, lejos de haber secado las fuentes de la emulación, las había purificado. Quienes,

en el pasado, habían calculado que si desapareciera de la sociedad el atractivo de la ganancia, el espíritu de investigación, de empresa, del gusto por el conocimiento y el descubrimiento, se vería afectado, podían ver cuán erróneas eran tales aseveraciones.

XXVI. COMPLICACIONES EXTERNAS

La profunda conmoción social que transformó tan completamente la fisonomía de Francia había tenido repercusiones en toda Europa. Los pueblos, alentados por el ejemplo de la clase obrera francesa, aspiraban a seguir sus pasos.

Entre las naciones latinas, la realeza había sido abatida, y españoles e italianos se esforzaban en saltarse las etapas, para que su revolución no se redujese a una simple modificación gubernamental y adquiriera el carácter social que, por sí solo, podía hacerla. En los países sajones, siendo menos ardiente la fe en la huelga general, el pueblo vaciló en embarcarse en la aventura.

Los gobiernos que aún estaban en pie, temiendo no poder reprimir indefinidamente el impulso emancipador, odiaron

tanto más la revolución por ello, que entre ellos y el nuevo régimen que se instauraba en Francia habían establecido relaciones diplomáticas. Difícilmente podía haber contactos y relaciones entre los organismos económicos nacidos de la revolución –que eran la negación de todo gobierno– y las excrecencias políticas que eran los Estados, tanto monárquicos como democráticos.

Existía, en efecto, en Francia, en la cúspide de la red sindical, el Comité Confederal, formado por los delegados de las organizaciones federadas. Sólo que a uno le hubiera gustado que no hubiera ambigüedad posible: este comité no podía actuar como gobierno. Sin embargo, fue ante él que surgió la cuestión de las relaciones diplomáticas con gobiernos extranjeros. ¿Los mantendríamos? Se concluyó en la negativa. Por otro lado, se acordó fortalecer y desarrollar las relaciones previamente existentes entre las federaciones y confederaciones de trabajadores de todos los países. Estas decisiones habían recibido la aprobación unánime del congreso confederal.

Esta solidaridad internacional entre los pueblos era una necesidad tanto más apremiante cuanto que los gobiernos extranjeros pensaban en intervenir en los asuntos internos de Francia. El pretexto había sido fácil de encontrar; ¿No tenían el deber de salvaguardar los intereses de sus nacionales? En primer lugar, ¿de los establecidos en Francia,

y cuyos negocios e industrias se arruinaron, y también de aquellos, titulares de títulos franceses (renta vitalicia del Estado, acciones de ferrocarriles, minas y otros) que la quiebra perjudicó financieramente?

Los gobiernos, por lo tanto, estaban movidos por la solidaridad capitalista, al igual que en 1792 sus predecesores habían sido movidos por la solidaridad dinástica. Como en 1792, la revolución los eclipsaba y soñaban con ahogarla en sangre, para acabar con su acción proselitista.

El Emperador de Alemania, que contaba con el apoyo de una patronal poderosa, sólidamente organizada y muy combativa, tomó la delantera de la nueva coalición, con tanto mayor entusiasmo cuanto que sintió que el burbujeo se apoderaba de los grandes sindicatos obreros alemanes. Por otro lado, fue incitado a esta ofensiva contra la Revolución Francesa por los emigrantes que habían tomado Estrasburgo como punto de reunión, y que se entregaron a maniobras reaccionarias, implorando la ayuda de todos los gobiernos contra su "patria". Contra ella, fueron especialmente Alemania e Inglaterra las que intentaron mover y movilizar; soñaban con cercar la revolución y se las ingeniaron para conciliar la invasión por tierra y el ataque por mar con una nueva Vendée.

Así, la historia comenzó de nuevo: ¡Estrasburgo repitió Coblentz! ¡La burguesía del siglo XX imitó a los aristócratas del XVIII!

Muchos habían sido los capitalistas que, en los primeros incidentes revolucionarios, se habían refugiado en la ciudad del Rin; hubo también muchos fugitivos que, después de la destrucción del campamento de Châlons, se instalaron allí. Allí había grandes financieros que estaban vinculados con sus colegas del otro lado del Rin; estaban los fideicomisarios metalúrgicos y mineros, también asociados con sus homólogos alemanes; luego estaba el personal gubernamental y parlamentario, así como las familias dinásticas de la república. Detrás de ellos se reunió una horda de aventureros, apaches de varios mundos, oficiales de fortuna, emigrantes de todo tipo, que prefirieron seguir viviendo allí como parásitos que dedicarse al trabajo.

A todos ellos, esta ciudad, desligada de Francia, les pareció el mejor refugio: se sintieron a gusto allí, bajo los pliegues de la bandera alemana, y en adelante les pareció que el mejor aliado sería Alemania, el emperador germánico.

Así como los emigrantes de 1792 habían puesto la fidelidad a su rey por encima de la nación, así, en la actualidad, para los nuevos emigrantes, la idea de patria fue eliminada por la idea de clase, los capitalistas franceses

encontraron que lo normal es apelar a la Alemania capitalista, contra la Francia obrera.

A los primeros rumores de amenazas de intervención extranjera, el Comité Confederal, que no tenía autoridad para tomar una decisión, apeló al pueblo mismo, por conducto de sus órganos corporativos: convocó un Congreso General de todos los sindicatos.

Esta consulta popular, que fue la segunda desde el nuevo régimen, se llevó a cabo rápidamente. A los pocos días se eligieron los delegados y se reunieron en París. Había allí delegados de todas las ramas de la actividad humana. Todas las profesiones estaban representadas, agrupadas en lo sucesivo en federaciones y sindicatos, y todas tenían autoridad para discutir y decidir sobre intereses generales.

Todos los delegados aborrecieron la guerra con intensa pasión. La odiaban y también les horrorizaba. La temían, no sólo por los terribles males que la acompañan, sino también, ¡y sobre todo! por sus perniciosas consecuencias. Vieron en ella un torrente de barbarie que corría el riesgo de asolar la hermosa armonía naciente.

¡Y sin embargo, la revolución no pudo ser aplastada!
¡Teníamos que defenderla!

¿Pero cómo?

Luego de angustiosas discusiones, el Congreso rechazó el proyecto de defensa militarizada, que habría implicado un regreso al antiguo régimen. Consideró que sería comprar demasiado cara la victoria si se la debía a un ejército regular, reconstituido para la ocasión. No quería, para evitar un peligro exterior, crearse un formidable peligro interior.

Por lo tanto, se decidió no recurrir al antiguo sistema, que consistía en enfrentar a masas armadas entre sí. Se acordó enfrentar los ataques externos con una guerra en orden disperso, que no sería una guerra de guerrillas ordinaria, sino una lucha inexorable y despiadada. Se trataba de aprovechar, para la defensa, los últimos descubrimientos científicos, desconociendo, sin escrúpulos, el llamado derecho de gentes.

Partían del principio de que cuanto más terribles fueran los expedientes a los que recurrieran, más eficaces serían y más corta sería la guerra. Comisiones especiales, formadas por técnicos enérgicos y audaces, se pusieron a trabajar. Se les dejó la mayor libertad y se aprobaron por el Congreso los medios a que iban a recurrir, cuyos datos fijaron.

Después de haber esquivado las medidas de seguridad pública impuestas por las amenazas de la reacción exterior, el Congreso se propuso afirmar su confianza inquebrantable en el futuro con una decisión que probaría la fecundidad de la revolución. Una investigación precisa, habiendo

demostrado que teniendo en cuenta las reservas necesarias, el nivel de producción superaba con creces el nivel de consumo y que el consumo podía satisfacerse con un tiempo de trabajo mucho más reducido, la tarifa media del día se redujo a seis horas, en cambio de ocho

Esta decisión, en tal momento, demostró cuán seguros estaban los confederados de sí mismos; qué fe tenían y qué poco los conmovían los preparativos de invasión que, en pocos días, tal vez iban a poner en peligro su obra.

Con una actividad impuesta por la posibilidad de los hechos, las Comisiones de Defensa iniciaron sus labores. Además, tenían poco que innovar. Les bastaba preparar la aplicación de descubrimientos ya conocidos, incluso por el antiguo gobierno, que no se había atrevido a pensar en su aplicación, porque los consideraba demasiado formidables.

Una de estas comisiones se ocupó del uso de las ondas hertzianas. Ya en 1900, Gustave Lebon había señalado todas las formidables ventajas que podían extraerse de sus propiedades: este científico anunciaba entonces que, en un futuro próximo, sería posible dirigir, a distancia, sobre buques de guerra, rayos eléctricos suficientemente potentes provocar espontáneamente la explosión de proyectiles y torpedos acumulados en sus costados; que también sería posible obtener –siempre desde un punto lejano– la deflagración de la provisión de pólvora y granadas

contenida en una fortaleza; la de los parques de artillería de un cuerpo de ejército y la de los cartuchos metálicos de los soldados en sus petacas. Unos años más tarde, tras el desastre del acorazado *Léna*, un científico de La Seyne, M. Naudin, pasó de la teoría a la práctica y, en nombre del gobierno, fue el primero en llevar a cabo las previsiones de Gustave Lebon: en 1908, logró detonar una caja de pólvora desde la distancia.

Por ese camino habíamos llegado a logros de un poder incomparable: conseguimos detonar, con precisión matemática –y a distancia– montones de materiales explosivos, enterrados en el suelo o encerrados en bodegas de barcos. La comisión popularizó este formidable descubrimiento y, de inmediato, se construyeron en cantidad suficiente los aparatos de radio–detonación, a fin de estar preparados para cualquier evento.

En el mismo orden de hechos, la comisión aplicó a los torpedos aéreos los métodos de dirección, por ondas hertzianas, ya aplicados a los torpedos submarinos. Se construyó una flotilla de aviones, cada uno capaz de transportar unos cientos de kilos de explosivos que, por disparo radioautomático, serían arrojados al suelo en el punto deseado.

Estos torpedos aéreos eran operados por un motor de gasolina y dirigidos al aire con el teclado Gabet: el operador,

instalado a varios kilómetros del objetivo a alcanzar, lanzaba el avión telemecánico y, presionando las teclas del radio-combinador, lo hacía maniobrar, girar, avanzar, retroceder. Cuando el aparato había llegado al punto fijo, el operador presionaba una tecla especial en el teclado y se desconectaba el suministro de explosivos del torpedo aéreo.

Esta máquina tenía una superioridad formidable: cuando se cernía sobre un campamento, la mayor imprudencia, para el ejército al que amenazaba, era intentar detener su marcha... lo que sólo podía tener un resultado: ¡acelerar la catástrofe explosiva!

Una comisión de estudios químicos y microbianos se dedicó a trabajos de protección, en otro orden, pero de los que cabía esperar resultados aún más aterradores: se trataba de infectar a los ejércitos invasores, bestias y gente; inocularlos con la peste, el tifus, el cólera... y esto, contaminándolos gracias a formidables preparados, saturados de los bacilos patógenos de estas virulentas enfermedades epidémicas. Se tomaron todas las precauciones para evitar repercusiones desafortunadas, gracias a los sueros conservantes y curativos disponibles.

La puesta en práctica de este espantoso medio de exterminio se combinó de diversas formas, ya sea vertiendo en las aguas, que necesariamente tendrían que beber los

ejércitos invasores, productos gelatinosos u otros sembrados de bacilos, o arrojando sobre el ejército enemigo, desde la parte superior de aeronaves montadas, o por medio de aviones radiodirigibles, bombas de vidrio que explotarían y esparcirían violentamente finas agujas cuyo aguijón inocularía los bacilos infecciosos.

Estos métodos de defensa y exterminio eran, como hemos dicho, previamente conocidos. Pero los gobiernos siempre se habían negado a considerar seriamente su aplicación. Pretendían mantener, incluso en los campos de batalla, apariencias de civilización... ¡solo apariencias! Porque había más barbarie real en lanzar a miles de hombres unos contra otros que en emplear estos métodos formidables.

¡Gracias a estos medios, la guerra se había vuelto imposible! Ahora bien, los gobiernos se empeñaban en mantener la guerra, pues el miedo a la guerra era para ellos el mejor método de dominación. Gracias al miedo a la guerra hábilmente cultivado, pudieron erizar el país con ejércitos permanentes que, bajo el pretexto de proteger la frontera, en realidad solo amenazaban al pueblo y protegían solo a la clase dominante.

El día en que se hubiera sabido que un puñado de hombres decididos podía oponerse a la violación de una frontera, ese día, la opinión pública habría impuesto la supresión de los ejércitos permanentes. Para no ser forzados a esta

alternativa, los gobiernos mantuvieron en secreto y sofocaron tanto como pudieron los inventos que habrían permitido a un pueblo proteger su independencia territorial, gracias a la ciencia, y mejor que con el ejército.

Lo que los gobiernos se habían negado a contemplar, los confederados iban a intentarlo: ¡sin ejército, sin lucha –sólo por la acción de una pequeña minoría– iban a hacer inviolables sus fronteras!

Los métodos de defensa a los que iban a recurrir, los confederados decidieron no ocultarlos. Al hacerlos públicos, los gobiernos se darían cuenta de la recepción preparada a los invasores. Había, además, otra ventaja de esta publicidad: la de dar a conocer a las masas populares en el extranjero que aceptaran cooperar en el crimen de invasión a qué riesgos se exponían.

Por ello, se lanzaron manifiestos, en todos los idiomas, advirtiendo que en adelante la frontera francesa se había constituido como una zona peligrosa, que estaba prohibido cruzar a cualquier banda armada bajo pena de muerte.

XXVII. LA ÚLTIMA GUERRA

Tres cuerpos de ejército penetraron simultáneamente en territorio francés: uno se desbordó sobre las llanuras de Flandes, el otro avanzó sobre Nancy, el tercero sobre Vesoul.

Estos cuerpos de ejército estaban formados por soldados alemanes, austríacos e ingleses, hordas de cosacos y algunos batallones abastecidos por los reinos balcánicos y del norte.

Los gobiernos aliados estaban tan seguros de aplastar la revolución sin esfuerzo que no se habían apresurado a actuar contra ella. Pretendían dar solemnidad a la represión. Querían que fuera ejemplar. Querían que el castigo infligido a la clase obrera de Francia fuera tal que congelara de terror a todos los pueblos y sofocara en ellos, y para siempre, cualquier deseo de rebelión. Y fue para traer a la devastación de la Francia revolucionaria un espectáculo más

lúgubre que los aliados habían insistido en que debería ser el trabajo colectivo de los ejércitos de Europa.

La concentración de las tropas había sido larga. Los soldados que tenían la dirección de las operaciones no se conmovieron; no consideraban el tiempo precioso, tan convencidos estaban del éxito. Se habían reído mucho de las deliberaciones del Congreso Confederado, y la labor del grupo de eruditos que pretendía detener la marcha de los guerreros más famosos de Europa les daba ocasión de continuas bromas. No ignoraban los descubrimientos que depositaban la confianza de los confederados; pero, orgullosos de su oficio, consideraban que nada era superior a un ejército fuerte.

Cuando juzgaran la hora adecuada, anunciaron con altivez que darían la señal para la invasión: en unos pocos paseos entrarían en París y, después de haber purgado la capital de los revolucionarios, restablecerían el antiguo régimen.

Comenzada la invasión, los estados mayores del ejército aliado se rieron al principio. ¡Habían cruzado la frontera! ¡Acamparon en la famosa zona de peligro! Y no estaban peor por eso... ¡La muerte no los había golpeado!

Esta bravuconería pronto dio paso al asombro, teñido de una pizca de ansiedad, que iba a aumentar considerablemente. Aunque habían sido advertidos, los generales les habían inculcado tanto los métodos habituales

de guerra que esperaban encontrar resistencia, por débil que fuera... ¡Pero nada! Nada! se puso delante de ellos. Ninguna tropa se interpuso en su camino. Los fuertes que una vez guardaron la frontera permanecieron en silencio: ¡la mayoría de ellos habían sido desmantelados por los mismos revolucionarios!

Por otro lado, la marcha hacia adelante se vio frustrada y dificultada por varios obstáculos. No era necesario pensar en utilizar los ferrocarriles; además de que los puentes estaban cortados, los túneles obstruidos, se había aprovechado todo desnivel –corte o terraplén– para hacerlos aún más impracticables. Los caminos no habían sufrido menos: de un lugar a otro, las explosiones los habían aplastado o abarrotado, ya sea con rocas o troncos de árboles apilados.

Faltaba el agua. Los pozos y manantiales estaban infectados; arroyos y ríos fluían con agua cargada de productos químicos nauseabundos y nocivos.

Toda la población había retrocedido, no sin quitarles el ganado y destruir las provisiones y las cosechas que no podían tomar.

¡Era peor que el desierto! Delante de ellos, los invasores no encontraron más que ruina y devastación. Les era imposible penetrar profundamente en el país; antes de ir

lejos y rápido, tenían que asegurar sus comunicaciones y suministros.

¡Esta guerra iba a ser extraña!

Tan extraña que, al cabo de unos días, sin haber visto enemigo, ni disparado un tiro, –simplemente bajo el peso de la incertidumbre y la ansiedad– los soldados se encontraron más desmoralizados que si hubieran soportado el susto de una batalla, escuchado el silbato de balas y el estallido de obuses y metralla.

Además, las condiciones sanitarias de los campamentos comenzaban a deteriorarse. Los caballos habían sido los primeros afectados por enfermedades epidémicas, que rápidamente los abrumaron. En cuanto a la salud de los hombres, dejaba cada vez más que desear; a pesar de las severas medidas de higiene prescritas, se observaron muchos casos de envenenamiento.

Una mañana, en el gris del amanecer, aviones sobrevolaban los campamentos, dorados por los primeros rayos del sol naciente. Rápidamente se dio la alarma; los cañones les apuntaban y los dirigibles aliados se preparaban para perseguirlos. Sin preocuparse por estos peligros, las tripulaciones esparcieron miles de manifiestos, escritos en varios idiomas. Este fue el ultimátum confederal: se concedieron veinticuatro horas a los ejércitos aliados para levantar sus campamentos y batirse en retirada; luego, se

instruyó a los estados mayores, en caso de aceptación de las condiciones confederales, a izar la bandera blanca al amanecer siguiente... De lo contrario, se iniciaría la obra de destrucción por los medios indicados por el ultimátum.

Durante todo el día funcionó el aparato de telégrafo inalámbrico entre los ejércitos invasores y los gobiernos aliados. Estos se indignaron de que se pudiera pensar en desarmarse y batirse en retirada ante la revolución y ordenaron que se impulsara más activamente la penetración.

Cuando la tropa supo que la invasión iba a continuar, el desasosiego que se apoderó de ellos fue sucedido por una postración de terror; ¡Se sentían condenados a muerte! Hubo indignación y enojo entre muchos soldados. Pero, como en su país la propaganda antimilitarista había sido muy inocua, estos sentimientos se exhalaban en maldiciones y no se condensaron en revuelta. Prevaleció la disciplina, y los desdichados, asustados, estupefactos, aguardaron los hechos, que no tardaron en ocurrir.

Por la mañana, los globos cautivos que vigilaban los campamentos, señalaron la presencia, a pocos kilómetros, de instalaciones insólitas, que recuerdan a las de la telegrafía sin hilos. Esto fue referido a los oficiales superiores; pero antes de que fuera posible tomar medidas

de reconocimiento o protección, comenzó la acción destructiva.

Sin que ninguna perturbación atmosférica hubiera dado aviso, formidables explosiones arrasaron el suelo. ¡La tierra tembló, fue sacudida, destripada! Parecía un volcán vomitando hierro y llamas. Fueron los parques de artillería y los depósitos de municiones los que explotaron espontáneamente, casi simultáneamente. Las detonaciones de los proyectiles se mezclaban con el crepitar de la metralla y el crepitar de los cartuchos. Al mismo tiempo, se veía, ágiles y esbeltos, avanzar en el aire los aviones telemecánicos; con perfecta facilidad. Cuando hubieron llegado al tope de la tropa, y en el momento juzgado favorablemente por los operadores instalados a lo lejos, el disparador radio-automático vertió sobre la llanura bombas asfixiantes, cargadas de ácido prúsico y venenos sutiles, así como bombas y explosivos y proyectiles de tremendo poder aplastante.

Un huracán de hierro y fuego se abatió sobre el campamento, trayendo terror y muerte por todas partes. Las víctimas fueron innumerables. Los muertos y los heridos estaban esparcidos por el suelo, de donde surgían estertores y gritos de dolor. Los soldados ilesos, enloquecidos de miedo, aguantando y sin escuchar nada, ni los gritos de piedad de los heridos, ni las órdenes de

reagrupamiento de unos pocos oficiales que habían mantenido la calma, corrieron, se lanzaron de frente, un único pensamiento sobrenadante en sus ojos y su cerebro trastornado: ¡huir! huir rápidamente de esta escena de desolación.

¡Era la liquidación! La estampida, la derrota... En un tumulto desordenado, lo que quedaba de los ejércitos rodó hacia la frontera. El instinto de conservación había abolido, en estas multitudes, todos los demás sentimientos. Eran sólo gritos salvajes, oleadas de ira. ¡Ay de cualquiera que intente detener o parar esta debacle! El pánico aumentó aún más, llegando al paroxismo del terror cuando los fugitivos vislumbraron los aviones confederados sobrevolando sobre ellos. Surgieron locos clamores, aullidos de angustia, –en la angustia de que estas aeronaves estaban allí para sembrar las terribles epidemias anunciadas...

Habría sido crueldad y barbarie inútiles. ¡La lección fue suficiente!

Mientras en tierra estas dramáticas catástrofes pusieron fin a la guerra, en el mar la destrucción de las flotas unidas se produjo por idénticos procesos.

Estas flotas habían tardado tanto en concentrarse como los ejércitos terrestres. Además, cuando llegaron a la vista de los puertos franceses, estos estaban a la defensiva, provistos de equipos de explosión de radio.

Las escuadras aliadas fueron llamadas, como los ejércitos, a retirarse. Sus almirantes se negaron a cumplir el ultimátum confederal, con tanto más desdén cuanto que sabían que estaban bien equipados: ¡tenían torpedos radioautomáticos a su disposición y los enormes cañones de sus acorazados alcanzaban lejos!

Todavía necesitaban un enemigo para atacar. Sin embargo, ni acorazados, ni torpederos, ni submarinos llegaron a bloquear el camino a los atacantes...

Las flotas aliadas recrudecieron el bloqueo. Fue entonces cuando su destrucción se llevó a cabo sin piedad.

Uno tras otro, sin ninguna onda en el aire que denotara el paso de las olas exterminadoras, los colosales acorazados, cruceros y torpederos fueron golpeados por una fuerza invisible. Las temibles descargas radioeléctricas, concentradas en sus bodegas, detonaron los explosivos allí acumulados. Con el estruendo de un trueno, los costados de los barcos se agrietaron y se abrieron, de los cuales brotaron colosales gavillas de fuego.

Luego, después de la luminosa fulguración de las explosiones, todo volvió al silencio y los restos de los barcos, así como sus desafortunadas tripulaciones, se hundieron.

Ante el anuncio de esta gigantesca destrucción, que los golpeó en tierra y mar, los gobiernos quedaron

horrorizados. Sintieron pasar sobre ellos el escalofrío de la muerte, mientras sobre los pueblos, consolados y alentados, soplaban un cálido viento de rebeldía.

Mejor que en la tarde de Valmy fueron entonces las proféticas palabras de Goethe: "Aquí comienza para la historia una nueva era..."

XXVIII. PRODUCTOS DE LUJO

La preocupación por resistir los embates de los reactores, así como la de hacer frente a los peligros que venían desde el exterior, no había deprimido a los individuos, no les hacía ignorar o desdeñar las preocupaciones del orden intelectual.

A pesar de la amargura de las luchas y a pesar de los obstáculos, la revolución se afirmó como atractiva.

Cuando se adquirió la certeza de que las necesidades serían cubiertas, que todos tendrían para comer, la gente volvió a pensar en el placer de la vida que es el lujo. Había sido descuidado en las primeras horas. Los trabajadores del arte habían abandonado sus profesiones para dedicarse a tareas de utilidad más inmediata. Pasada la crisis, regresaron a sus ocupaciones, a medida que surgían las demandas.

Naturalmente, había en estos oficios –grabadores, orfebres, joyeros, decoradores– una mayor fluctuación en el nivel de producción que en aquellos que debían satisfacer necesidades primordiales. En éstas, las estadísticas estimaban, con suficiente aproximación, cuál sería la cantidad de los pedidos, mientras que, en las industrias del lujo, había un margen de imprevistos, consecuencia del posible enamoramiento por determinados objetos. Las organizaciones sindicales de estas diversas ramas se enfrentaron a estas condiciones particulares, bien recurriendo al envío de ejemplares, a los almacenes de distribución, bien mediante la elaboración de catálogos. Luego, las solicitudes fueron ejecutadas, cuando fueron recibidas.

Entre estas producciones de segunda necesidad, había objetos –relojes, lámparas, etc.– que entraban en la categoría de libre consumo y que, sin embargo, podían incorporarse a la categoría de producción racionada, ya fueran de metales raros, o si requerían un tiempo de trabajo tan largo que no había posibilidad de producirlos en abundancia. En este caso, estos objetos adquirirían un valor que se establecía según la cantidad del metal raro y el tiempo de trabajo que incorporaran. Solo llegamos a una aproximación, pero se consideró satisfactoria, porque ya no teníamos que preocuparnos por obtener una fijación exacta

del valor. Este era un problema de la antigüedad, al que se había sumado la búsqueda de la piedra filosofal.

Además de estas industrias, que aún conservaban un fondo de utilidad, los artesanos se dedicaban, según la demanda, a los trabajos de lujo, trabajando para el placer de la vista, para satisfacer los variados gustos de una población más refinada.

Los objetos de producción racionada se entregaban, a quienes los adquirirían, a cambio de vales de consumo de lujo a los que, como hemos indicado, por simple conveniencia, se había conservado la división numérica en francos –aunque ya no respondía a nada.

Esta fabricación de objetos de lujo y racionada no suponía, para los trabajadores que colaboraban en ella, una retribución distinta de la que correspondía a todos: recibían, como los demás trabajadores, su tarjeta gratuita y su talonario de vales de consumo racionada.

Las relaciones de productor a consumidor eran, por lo tanto –aquí como en todo lo demás– relaciones de igualdad y solidaridad: había un simple intercambio de servicios. El "cheque social" sólo intervenía para fijar la importancia del intercambio efectuado, para señalar el punto de equilibrio; pero no establecía, como antes lo hacía el dinero, una ganancia para una de las partes contratantes, ganancia que

tenía como contrapartida un déficit soportado por la otra parte contratante.

Este mecanismo de organización, que dosificaba el uso según las posibilidades del momento y, gracias al racionamiento, establecía un equilibrio en el disfrute del lujo, se aplicó a diversos servicios, entre otros, al funcionamiento de los teatros.

Los artistas y el personal de todo tipo, que colaboraban en cualquier grado en la vida del teatro, se habían organizado y federado y, como en cualquier rama social, la entidad corporativa aseguraba el funcionamiento de los teatros.

Allí, como en ninguna profesión, había prerrogativas atribuidas al talento: la remuneración era, para todos, igual a la que había en las demás corporaciones. Esta igualdad de trato, esta nivelación social que elevaba a los desfavorecidos a la facilidad, ofendió a ciertos profesionales de la escena, que se habrían acomodado a cualquier régimen, siempre que los actores fueran allí estrellas y privilegiados; se indignaron, proclamaron que comenzaba la era de la barbarie y, poniéndose del lado del "ci-devant", emigraron. Estos cabotins y cabotines, empapados de vanidad, estaban más interesados en la ganancia que en la pasión artística. En cuanto a los verdaderos artistas, los que vieron en el teatro no la exhibición más o menos popular, sino el arte simple y

verdadero, se quedaron con el pueblo: sacrificaron el oro y se asimilaron al nuevo medio.

La antigua organización de los teatros fue, por supuesto, completamente modificada. Directores, patrocinadores, accionistas, eran productos del sistema capitalista; colapsaron con él. Con el comercialismo desapareció una especie de espectáculo que se tragaba la palabra arte y no tenía otro objetivo que alcanzar el éxito económico por medios poco menos que toscos. Tan pronto como ya no jugamos por los ingresos y tan pronto como el público dejó de ser atraído a los teatros por las maniobras publicitarias, su gusto, hasta entonces artificialmente desviado, se hizo más claro.

Se formaron las siguientes compañías de artistas, géneros y espectáculos –músicos, dramaturgos, cantantes– reclutándose unos a otros por afinidad y formando equipos que vivían una vida común y hacían campaña en un escenario determinado. Los teatros, que se habían convertido en propiedad social, se pusieron a su disposición de forma gratuita, al igual que todo el *atrezzo*, los decorados y el vestuario. Cuando se trataba de renovar material, de montar un nuevo espectáculo, el grupo de teatro –ya sea directamente o a través de su sindicato– se ponía en contacto con grupos de profesiones competentes y obtenía lo que necesitaba. Al menos, fue así cuando se adquirió toda

seguridad para el futuro. Antes, en el período de incertidumbre y transición, cuando temíamos la falta de lo necesario, descuidábamos lo superfluo, y los teatros tenían que autoabastecerse con las existencias en las tiendas.

Las actuaciones estaban sujetas a impuestos, pagados en "bonos" de lujo. Esta "receta" no era para remunerar a la compañía; siendo estos "vales" unilaterales, nunca fueron más que un medio de consumo y no de intercambio; dadas las circunstancias, actuaron como boletos de teatro, no como monedas. Sin embargo, esta "receta" tenía una utilidad: marcaba la cantidad de agrado que el público encontraba en tal o cual espectáculo y se consideraba para compensar la remuneración percibida por el personal del teatro. Hubiera sido anormal, en efecto, que este personal trabajara en el vacío y se dedicara a una tarea cuya inutilidad habría marcado la indiferencia de la gente.

Junto a estas compañías teatrales, que organizaban representaciones con regularidad y hacían de ellas una profesión, se desarrolló lo que en su día se denominó teatro de aficionados. Poco a poco se fue generalizando y, quizás, lograría aniquilar el teatro profesional.

Fue la consecuencia de la reducción de la jornada laboral. Con su duración, ya reducida –y que tendía a serlo aún más– cada uno disponía de tiempo libre y lo utilizaba según sus gustos, sus aspiraciones, sus aptitudes.

La falta de medios, la falta de habitaciones y de decoración que antes había inferiorizado a estos grupos de aficionados ya no existían; disponían de las mismas instalaciones para montar un espectáculo que las compañías profesionales. Además, no había pequeñas rivalidades entre estos diversos grupos; erradicado radicalmente el germen del conflicto, el mercantilismo, sus relaciones fueron tan cordiales como lo permitían las vanidades artísticas aún traspasadas; los profesionales no temían la competencia de los aficionados y, ayudándose unos a otros, vivían en camaradería.

Las producciones literarias estaban aseguradas por procesos del mismo orden: se habían formado sindicatos de escritores y periodistas que también participaban en pie de igualdad en la nueva vida.

Durante el período de transición, los periódicos habían sido una excelente herramienta de divulgación, que los revolucionarios habían utilizado ampliamente. En sus manos, los diarios habían sido saneados y habían cumplido francamente la función para la que estaban destinados: difundir noticias, transmitir informaciones y sucesos.

Esta función, en la sociedad capitalista, la habían cumplido los periódicos de una manera casi siempre nefasta, algunos incluso habían llegado al pináculo de la maldad; creados por el capital, vivían de él y para él; los reyes de las finanzas la

usaban para sus especulaciones y su mal menor era engañar al pueblo.

Terminado el período de transición, los diarios ya no tenían ninguna razón de existir en su forma anterior. Su multiplicidad era una anomalía, pues ya no había negocios que sostener, ni publicidad que difundir, pues sólo se trataba de informar honestamente a la población, de someterse a su apreciación y juicio los hechos que se desarrollaban día a día. Por tanto, el mecanismo de los diarios se revolucionó de arriba a abajo: el periódico se hizo uno con las agencias de noticias telegráficas y telefónicas, que se unificaron y fusionaron con él.

Gracias a las instalaciones telegráficas y telefónicas, combinadas con la impresión y fotografía a distancia, el servicio de noticias transmitía en todas direcciones las noticias que le llegaban.

En las salas de espera de las estaciones, en los restaurantes, en los lugares de reunión, en los clubes, en los cruces de caminos –donde se consideró útil– se instalaron aparatos de recepción y, paulatinamente, los hechos fueron impresos, fotografiados, luminosamente inscritos, pregonados por la voz de los teléfonos. Era el diario ininterrumpido.

Además de esta gaceta permanente, que a cualquier hora, en cualquier minuto, ponía los hechos a la vista de todos,

aparecieron las ediciones impresas, cuyo servicio gratuito se hacía a todas las organizaciones sociales, bibliotecas, clubes, salas públicas.

Los particulares podían, gastando en "bonos" de lujo, suscribirse a las ediciones impresas o a la gaceta permanente. En este último caso, se instalaban receptores en sus domicilios y continuaba sin interrupción la transmisión impresa y fotográfica, mientras que la transmisión oral se interrumpía o establecía, a opción del suscriptor, mediante la operación de conmutadores.

Además de esta publicación, aparecieron muchos periódicos y revistas, literarias, filosóficas, científicas, sociológicas u otras, editadas por personalidades o colectivos. La cuestión de la libertad de prensa no se planteó: el campo de la crítica era ilimitado. El mecanismo de estas publicaciones era sencillo: los iniciadores captaban suscriptores, que se suscribían con vales de lujo –o bien, con su parte personal de "vales" cubrían los primeros gastos–. Si hubiera suficientes suscriptores para equilibrar el costo de la publicación, continuaría. Sucedió incluso que el director o directores de este periódico o revista se dedicaban por completo a la administración de su obra, si el número de suscriptores crecía lo suficiente. Luego abandonaron su sindicato y se unieron a los sindicatos de periodistas o escritores. Su remuneración social no varió con este cambio,

ni siquiera con el éxito de su publicación; a lo sumo podían obtener el reembolso de los vales de lujo que habían adelantado personalmente para garantizar los primeros números. Lo único que podían hacer, si el número de suscriptores crecía más allá del margen de "cuota", era mejorar la publicación. Pero, si los iniciadores de estas publicaciones particulares no recibieron una remuneración más alta que nadie, tuvieron el placer de difundir sus ideas, de entretener, de interesar, de emocionar a sus contemporáneos.

La publicación de obras misceláneas, novelas, poesías, obras de ciencia, historia y otras se realizaba de la misma manera: los sindicatos del libro se encargaban de la edición y estas obras, además de una amplia distribución gratuita en los colectivos y bibliotecas, se ponían a la venta, en tiendas y almacenes sociales, como artículos de lujo. A menudo, el autor tenía que cubrir el costo de imprimir el trabajo de su "buen hacer", incluso si eso significaba recibir un reembolso en caso de éxito. Por otro lado, también sucedía que pudo, por un tiempo proporcionado a la importancia de este éxito, abstenerse de su función inicial, lo que le permitió dedicarse por completo a la elaboración de una obra nueva.

Gracias a esta organización de la producción literaria, artística y de lujo, aparecieron nuevas obras sin que sus autores tuvieran que luchar contra la hostilidad ambiental;

sin que tuvieran que superar la rutina y los prejuicios, sin calvario al que escalar. Es que, ninguna barrera se interponía entre ellos el público. Había en los individuos y en los grupos una flexibilidad y una amplitud de miras que los abría a ideas originales, a nuevos alientos; a la discordia sucedió la camaradería y de todas partes emanó una serena benevolencia.

Hubiera sido un error concluir de esto que hubo una mejora considerable en el ser humano. Este cambio fue una cuestión de entorno. Los hombres no eran ni mejores ni peores; eran, como antes, ni buenos ni malos. Mientras habían evolucionado en la sociedad donde el interés propio alentaba las malas acciones, donde el bien de uno se tejía con el mal del prójimo, la vida había sido una lucha amarga, y toda la maldad de la bestia humana había pinchado de punta. En adelante, hubo transposición: el ambiente social era tal que el interés de cada uno encontraba satisfacción en la satisfacción de sus semejantes; cuanto más feliz era cada uno, más felices eran todos. Por lo tanto, era natural que los buenos gestos dominaran, ya que eran los únicos creadores de bienestar, alegría y placer.

Así, cada vez más, todos gastaban sin contar el costo, sin preocuparse por el rendimiento que obtendrían en compensación por su esfuerzo.

Esta evolución estuvo marcada por el desarrollo de grupos de afinidad que –como hemos indicado a propósito del teatro– se formaron junto a los grupos profesionales y al margen de las tareas corporativas de las que no dispensaban. Nacieron cantidades de ellos, que fueron creados para los más diversos fines. Algunos se adhirieron a una tarea artística o literaria; otros se dedicaron a las más variadas investigaciones: científicas, lingüísticas, históricas, arqueológicas...

Estos agregados abundaban tanto que se podía prever el momento en que, gracias a la iniciativa, a la actividad, al esfuerzo de sus afiliados, la mayor parte de las funciones del arte y de la ciencia perderían el carácter profesional y quedarían aseguradas, una vez el trabajo social fuera realizado, por asociaciones de voluntarios que encontrarían allí placer, esparcimiento y satisfacciones intelectuales.

Esta tendencia era tanto más lógica cuanto que el límite de la edad laboral, en torno a los cincuenta años, liberaba al ser humano en un momento en que sus facultades, lejos de extinguirse, aún conservaban frescura, lucidez y vigor.

Una nueva vida se abría para los jubilados. Aunque exentos de sus funciones corporativas, no podían llevarse a la inactividad; sus músculos, sus células cerebrales necesitaban, para evitar la anquilosis y mantener el organismo en perfecto equilibrio, dedicarse a los ejercicios,

tanto físicos como intelectuales. Estaban abiertos a satisfacer esta necesidad, ya sea participando en el trabajo de los grupos de afinidad que mejor correspondían a sus temperamentos e inclinaciones, o involucrándose más en la gestión sindical.

Esto, en efecto, se hizo de libre consentimiento, por delegaciones aceptadas en asambleas generales, en los diversos comités sindicales, federales y confederales, sin que estas delegaciones implicaran dispensa de trabajo. Habíamos evitado cuidadosamente toda reconstrucción burocrática, que hubiera tenido el inconveniente de inmovilizar a cierto número de personas aislándolas de la actividad productiva y hubiera corrido el riesgo de cristalizar el organismo social, en lugar de mantenerlo en permanente evolución y progreso. Por lo tanto, las funciones sindicales no implicaban una remuneración particular. Se complacía en ellas el que tenía una pasión por ellas.

Todos estaban en mejores condiciones para hacer frente a las tareas de estadísticas, de coordinar los datos de producción, circulación y consumo, ya que el trabajo corporativo aumentó el ocio. Así pues, había sido posible, sin crear una categoría especial de funcionarios, ocuparse de las tareas de gestión social, y quienes, voluntariamente, aceptaban el cargo se absolvían con facilidad, con la necesaria continuidad y regularidad.

XXIX. ARTES Y RELIGIÓN

La revolución había realizado un prodigio que, hasta su triunfo, había parecido tan fantástico como la cuadratura del círculo: la fusión de las opiniones.

La reconciliación se había logrado en el terreno económico y el colapso de toda la superestructura estatal había cimentado este acuerdo, lo había hecho indisoluble. Los hombres vinieron a reírse de su locura pasada. Se asombraban de haber podido odiarse tanto, de perseguirse tan enconadamente, bajo el vano pretexto de concepciones políticas discordantes.

El mismo fenómeno se observó en materia religiosa. El apaciguamiento había tenido lugar. El desacuerdo de las creencias individuales ya no enfrentaba a los hombres entre sí. Habían dejado de gritarse el uno al otro sobre divergencias filosóficas y metafísicas; ya no se execraban a

sí mismos porque sus concepciones del universo y del problema de la vida y la muerte eran opuestas.

También, aún más atrás que las querellas políticas, más profundamente enterradas en la nada de la historia, aparecieron las épocas de barbarie durante las cuales los hombres se habían matado unos a otros en nombre de la religión.

Esta armonía ideológica, esta pacificación intelectual brotaba del conjunto social y no de las voluntades individuales. La revolución, después de haber aplastado fórmulas y dogmas, no había impuesto otros. Se había limitado a limpiar el terreno y arrancar la mala hierba, para que creciera la buena semilla. El principio del respeto humano y del egoísmo purificado, que era el espíritu y la fuerza de atracción de la revolución, al mismo tiempo que había creado el bienestar, había logrado esta calma serena, en el campo intelectual y moral, una calma que no excluía la variada eflorescencia de las doctrinas.

La revolución, como hemos visto, atacó principalmente a las instituciones. En esto se diferenció de las revoluciones anteriores, y esto es lo que le dio su carácter social.

Había considerado a los privilegiados, una vez libres de sus privilegios, inofensivos, tan poco peligrosos como las serpientes de cascabel a las que se les han arrancado los colmillos del veneno.

Había golpeado al Estado en sus organismos, y había olvidado el papel nocivo de su personal, cuando habían aceptado alinearse, regenerarse a través del trabajo.

También golpeó a la Iglesia en sus obras vivas, en los monumentos donde cristalizó su obra de maldad y perversidad. Se actuó con él como con todos los poderes del pasado: su riqueza volvió al pueblo, y sus sacerdotes tuvieron que ponerse a trabajar, siendo su parasitismo tan incompatible como cualquier otro con la nueva organización.

Ciertamente, cuando estalló la revolución, la Iglesia parecía haber perdido su poder; el régimen de separación parecía haberla debilitado. La indiferencia en materia religiosa impregnaba a las generaciones más jóvenes. A pesar de esto, el pueblo recordó que ella era la fuente original de toda servidumbre, que el Estado sólo había sido su hermano menor, por lo que no tuvo la imprudencia de tratarla con desdén.

Sin embargo, había dos corrientes entre los revolucionarios, no en cuanto a la actitud que convenía observar hacia la Iglesia como casta privilegiada, –en este punto el acuerdo era unánime, pero no en qué se debía hacer con respecto a los monumentos religiosos.

Algunos consideraban que las iglesias, las catedrales, podían utilizarse de diversas maneras, ya sea como salas

públicas o como museos; recordaron que en 1793 los *sans-culottes* los transformaron en salas de reuniones –y hasta en graneros de forraje y establos; agregaron que, en la Edad Media, una época de fervor religioso, sin embargo, las iglesias servían para muchos propósitos: allí se realizaban mercados y también eran teatros. En consecuencia, tanto por utilidad como por sentimiento artístico, favorecieron la conservación de los monumentos religiosos.

Contra esta tesis se alzaron vigorosamente otras. Se declararon a favor del derribo sin piedad de todos los edificios religiosos. Y los que propugnaban esta destrucción estaban lejos de ser hombres de espíritu bárbaro. Por el contrario, eran los más cultos. En ellos no había odio al monumento, sólo odio a la superstición de la que era símbolo. Proclamaron que la crítica no mata las religiones; que en vano se puede, de generación en generación, demostrar su absurdo... ya que siguen teniendo fieles, mientras el centro de atracción magnética que es la Iglesia permanece en pie. Y añadían que los primeros cristianos lo sabían: prueba de que, como verdaderos revolucionarios, desde su triunfo, se habían ocupado de derribar los templos del paganismo, cuando les hubiera resultado tan sencillo purificarlos y limpiarlos. Los cristianos, observaron, entendieron que una nueva fe requería nuevos monumentos, ¡y esta era su fuerza!

Este sentido revolucionario que tenían los cristianos del siglo IV, los partidarios de la demolición de las iglesias no lo encontramos en los revolucionarios de 1793–94: "Pobres revolucionarios que, para descristianizar Francia, se limitaron a derribar, las puertas de las iglesias, y se creían que eran de la más escandalosa audacia en la transformación estos en graneros o salas de reuniones. ¡Cuánto mejor hubieran logrado guillotinando a menos sacerdotes y derribando más iglesias!... Así, unos años después, vimos la consecuencia de este error: cuando Napoleón I quiso restaurar la religión cristiana, nada fue más sencillo: sólo había que reabrir las iglesias y purificarlas. Y concluyeron: "Aprendamos de la lección del pasado". ¡No volvamos a caer en los errores de nuestros mayores!

Contra esta táctica se indignaron los amantes de las piedras preciosas; abogaban por el respeto a las catedrales en que estuvo incrustada el alma de nuestros padres, que no siempre fue muy cristiana.

Entre estos dos argumentos contradictorios, después de acaloradas discusiones, el acuerdo se hizo a menudo mediante un compromiso: se acordó respetar los monumentos que simbolizaban una época, su arte, y no tener piedad de los edificios espantosos, construidos por arquitectos que habían carecido tanto de arte como de fe.

Así, en muchos centros se preparaba la descristianización: Pero en estas circunstancias, como en todas, se manifestaba el espíritu de la revolución: pretendían modificar al hombre transformando el medio ambiente. Y por eso, mientras odiaban las supersticiones y derribaban iglesias, los revolucionarios respetaban la fe de todos.

Este respeto por las creencias dio lugar a un cambio en el catolicismo, cuyos primeros síntomas ya se habían manifestado bajo el capitalismo, tras la separación de Iglesia y Estado. Cierta número de sacerdotes –principalmente en el campo– habían logrado recuperar su salario dedicándose al trabajo. Algunos se habían convertido en apicultores, otros en fabricantes de conservas vegetales, frutas, o incluso ebanistas, encuadernadores. De este modo, más o menos, habían dejado de ser parásitos para seguir siendo sacerdotes. Por lo tanto, estaban algo preparados para la vida de la nueva sociedad, de la que se eliminaron los seres parásitos. Asimismo, mientras los obispos y sacerdotes de los grandes centros, acostumbrados a la vida artificial que hasta entonces había sido la suya, se encontraban desamparados, los curas de aldea, medio laboriosos, se adaptaban sin dificultad al nuevo medio; mientras tanto, continuaron cumpliendo sus funciones religiosas. Y esto, sin que nadie se interpusiera en el camino del que quisiera ir al sermón.

Además, la indiferencia religiosa iba en aumento. Ya antes de la revolución, el espíritu de examen sacudió internamente al catolicismo: los sacerdotes que se habían puesto a trabajar se sentían más independientes de la autoridad episcopal y, volviéndose audaces, expresaban sus dudas a los absurdos del catolicismo. Se opusieron a la palabra del Evangelio y se deslizaron imperceptiblemente a un cristianismo vago, muy poco ortodoxo. Este movimiento, lo aceleró la revolución.

Lo importante era que se rompieran irrevocablemente todas las castas religiosas; que nadie, alegando ser sacerdote, ministro protestante o rabino, pudiera pretender estar exento de trabajar y vivir sin hacer nada, a expensas de sus semejantes. Ese era el punto principal. Adquirido esto, cada uno era libre de creer o no creer; ser cristiano o espiritista, budista o teósofo. Era un asunto individual, sin posibles repercusiones sociales.

Además, con el aumento del bienestar –aún más que con la educación– la fe decayó entre la gente. Antes, muchos buscaban el consuelo de las miserias de la vida en la aniquilación al pie de los altares, como otros esperaban encontrarlo en el fondo de un vaso de alcohol. La religión y el alcoholismo cumplían entonces el papel de los estupefacientes –uno más material, el otro más intelectual– a los que recurrieron muchos desesperados, eligiendo uno

u otro, según sus condiciones morales, su grado de desarrollo.

La seguridad material, asegurada en lo sucesivo, había contribuido a frenar estos lamentables fracasos. El alcoholismo desapareció y la superstición perdió terreno.

Ciertamente, aunque la vida prometía ser cada vez más radiante, el camino no estaba limpio de zarzas y espinas. Más allá de la comodidad que ahora se extendía a todos, el problema de la felicidad escapa a las previsiones sociales, siendo una cuestión enteramente de moralidad, enteramente de sentimiento.

A pesar de ello, en este dominio psicológico –como en todo– los efectos de la transformación fueron perceptibles; los dolores morales, los dolores sentimentales, las angustias intelectuales eran menos ardientes, menos intensas: ya no duplicadas por la miseria y las dificultades de la existencia, se encontraban atemperadas y embotadas en parte por la extensión del bienestar social.

Las costumbres estaban cambiando rápidamente. Su evolución, ya esbozada antes de la revolución, no hizo sino aumentar.

Bajo el capitalismo, la lucha de las organizaciones sindicales contra el alcoholismo había sido activa y eficaz. Para citar sólo un ejemplo, baste recordar que antes de

1906, la corporación de peones, hasta entonces muy poco organizada, incluía un porcentaje considerable de alcohólicos. Ahora, unos años más tarde, cuando el sindicato de los peones parisinos reunía a la mayoría de los miembros de las corporaciones, el alcoholismo había bajado considerablemente, mientras que, gracias al esfuerzo sindical, los salarios habían subido un 25 por ciento. Los peones bebían menos, porque habían adquirido bienestar y porque, al mismo tiempo, habían aumentado su conciencia y respeto por sí mismos.

Esta acción templada no había sido peculiar de los peones. Se había visto en otras corporaciones. Además, gracias a la propaganda sindical, los establecimientos de bebidas habían visto disminuir su clientela.

Con la revolución, los comerciantes de vino, cuyas tiendas habían sido apodadas "salones de los pobres", estaban destinados a desaparecer. Y eso tanto más rápido cuanto que habían dejado de satisfacer una necesidad.

Mientras los trabajadores tuvieron que obligarse a un trabajo intensivo y excesivo, pidieron al alcohol que les diera un empujón contra el exceso de trabajo; en cambio, después de un largo día de fatiga, o para volver lo más tarde posible a su hogar, a menudo miserable, era en las salas de juego donde estaban demasiado acostumbrados a buscar la relajación. Allí, a diferencia del tipo de sus ocupaciones

profesionales, se absorbían jugando a las cartas o estirando las piernas en una partida de billar. Además, el salón era para ellos un lugar de encuentro, sede de diversas sociedades y grupos de los que formaban parte.

Como ya no quedaban pobres, lo normal era que desaparecieran los establecimientos que les habían servido de "salones".

Los hábitos cambiaron, por lo tanto, al mismo tiempo que el medio ambiente, ¡y al menos tanto!

En primer lugar, se vivía más la vida familiar, cosa que el industrialismo capitalista había dificultado –e incluso aniquilado en ciertos países– al esclavizar no sólo al hombre, sino también a la mujer, y también al niño al trabajo. Como ya no había chozas insalubres, como todas las viviendas estaban decoradas con comodidad, se sentía el encanto de vivir en la “casa”.

En cuanto a los lugares comunes de reunión, que reemplazaban a las bodegas, cafés, bares, tenían una relación lejana con los antiguos clubes: allí se podía consumir, pero eran centros de charla, de lectura, de reunión, más que de bebida. Muchos habían sido instalados en los viejos cafés y establecimientos similares y –además de que las bibliotecas habían destronado en parte a la bodega– se distinguían por su disposición artística.

Algunas de estas salas estaban decoradas con muebles, pinturas, esculturas, baratijas de las más diversas épocas, mientras que otras eran hábiles reconstrucciones de una época determinada: algunas evocaban épocas medievales; otros recordaban la época de Molière, o la de Diderot; otros al estilo de 1793, ya sea al estilo de 1830 o Segundo Imperio.

Estas reconstrucciones, –que mostraban el gusto seguro de los obreros que presidieron su instalación–, se habían realizado a bajo coste, con los restos de las colecciones de los "ci-devant" que no había podido encontrar sitio en los museos. Había allí obras modernas que burgueses, ricos en dinero y pobres en espíritu, habían comprado a precios desorbitados, creyéndolos antiguos. La autenticidad de estas falsificaciones, que denotaban la habilidad y el conocimiento de los trabajadores que las habían ejecutado, había sido, en la medida de lo posible, restituida a sus autores, y algunas de estas obras llevaban su nombre, o el del taller de quien fueron realizadas.

Era una crítica irónica a los caprichos y vanidades de la sociedad capitalista que, al mismo tiempo, subrayaba cuánto en esta era de mercantilismo, el engaño, la duplicidad y la mentira estaban de moda.

Fue una revisión burlesca la que hicieron los revolucionarios cuando se apoderaron de las colecciones privadas, amasadas por las clases privilegiadas del capital,

por esnobismo o por ostentación –a veces con un motivo ulterior de especulación– y no por verdadera pasión por el arte. Obreros y artistas, cualificados por su conocimiento y su competencia, recorrieron estas colecciones y, en las más famosas, notaron la abundancia de trucos. Se hizo una elección juiciosa y, mientras parte de estas obras enriquecerían museos y bibliotecas, el resto se utilizó para decorar salas públicas, residencias de ancianos, o los lugares de reunión.

Es superfluo añadir que los museos dejaron de ser montones incoherentes de riquezas artísticas, incomprensibles para las masas –y siendo para ellas sólo poco educativos y apenas más entretenidos– de lo que habían sido antes. Fueron reelaborados, transformados, no por bandas de cuero, sino por hombres enamorados del arte y del buen gusto.

El cuidado con que estas operaciones se hacían denotaba el nuevo ímpetu que iban a tomar el sentimientos del arte: a medida que se generalizaran se afinarían, ganarían en sencillez, verdad y pureza, y ya no se verían alterados por las preocupaciones del arte del mercantilismo que, en el pasado, los extraviaron o incluso los dominaron.

En esta operación de traslado de colecciones privadas, que era sólo la aplicación de los principios de expropiación

social, la revolución no innovaba: sólo imitaba, siguiendo el ejemplo de los regímenes anteriores.

En efecto, ¿cómo se enriquecieron los museos nacionales en el siglo XIX? Primero, gracias a las redadas realizadas sin vergüenza, en sus cabalgadas por Europa, por los generales de la república y del primer imperio; quienes tomaron por derecho de conquista, sin vergüenza, tanto lo que encontraron en museos como en casas particulares.

Los museos también se enriquecieron, gracias a las expropiaciones del clero, de las congregaciones y gracias a las que siguieron a la separación de las iglesias del Estado...

Ahora la operación era del mismo orden, pero más vasta: era la propiedad capitalista la que se devolvía a la fuente común.

En la mayoría de los casos, los suntuosos palacios de los millonarios habían sido transformados en asilos o residencias de ancianos. Y, sin embargo, sin desmantelarlas, era natural que las obras de arte que las adornaban se reservaran para los museos. Allí serían entregadas a su destino, pues no habían sido diseñadas para ser enjauladas, sino para deleitar la vista, para evocar emociones, para ser admiradas.

Antes de la revolución de 1789–1793, el arte era ante todo un privilegio real. Luego se convirtió en el monopolio del

capital. Con la nueva revolución se iba a universalizar, humanizar.

Sucesivamente, había dominado el arte de los sacerdotes, el arte de los reyes, el arte de los capitalistas: ¡sonaba la hora del arte de la humanidad!

El arte, unido a la ciencia, llenaría el vacío dejado en las almas por la muerte de las religiones. Éstas habían maldecido la vida, maldecido la belleza, condenado los sentidos y su gozosa expansión, exaltado el abatimiento y la renuncia.

¡La vida estaba a punto de vengarse! Los seres humanos ya no estaban atados a la cadena del trabajo asalariado; el fin de su esfuerzo iba más allá de la adquisición de sus medios de subsistencia. La industria ya no era su amante, sino su sirviente. Libre de todos los obstáculos, podría florecer sin restricciones.

Y no había razón para temer que el nivel del arte bajara a medida que se universalizaba. Lejos de ello, ganaría en amplitud y profundidad. ¡Su dominio sería ilimitado! Permearía todas las producciones. No se limitaría a pintar grandes superficies, esculpir mármol, fundir bronce. ¡El arte estaría en todo! Estría en el cántaro de agua, tanto como en las grandes decoraciones de un Puvis de Chavannes; en los objetos cotidianos más pequeños, como en un grupo escultórico de Constantin Meunier.

Y ya no veríamos grandes artistas asfixiados por la miseria, empantanados por la indiferencia, ¡como sucedía con demasiada frecuencia en el pasado!

¿Quién podría contar a los artistas de alto y admirable valor que, como los inventores, sufrieron la sociedad capitalista, murieron sin ser reconocidos, asesinados por el hambre, o desaparecieron sin dejar rastro, por falta de circunstancias favorables?

¿Y cuántos, entre los que se abrieron paso, tuvieron que luchar horriblemente, sufriendo los peores sufrimientos físicos y morales? ¡Además, estos tuvieron suerte!... ¿Cuántos otros, después de haber luchado en la angustia y la dificultad, después de haber soportado todos los dolores, murieron con dificultad, y fueron coronados grandes artistas sólo después de su muerte?

XXX. LIBERACIÓN FEMENINA

Ciertamente, si se hubieran sondeado los corazones, muy probablemente, se habrían encontrado bastantes antiguos beneficiarios de la sociedad capitalista que, en el fondo de su corazón, maldecían la revolución –y que se sometían a ella, porque no podían hacer lo contrario: arrastrados por la corriente, demasiado débiles para vencer las fatalidades sociales, y no estando de humor para rebelarse contra ellas, se abandonaron, no intentaron resistir.

Esto había sucedido en todas las revoluciones anteriores. ¡Así ocurrió de nuevo! Hay, en todo el mundo, una serie de seres pasivos que se adaptan sin dudar, que siguen a los pioneros, ¡siempre que sean los vencedores!

Esta plasticidad de la multitud, que en tiempos de explotación y opresión había asegurado el triunfo de las clases dominantes, ahora se encontraba al servicio de la

revolución. Gracias a ella, los esfuerzos de los revolucionarios tuvieron un desenlace más feliz y fácil. Con el mínimo de enfrentamientos, los hábitos, las costumbres, las formas de ser se transformaron profundamente.

Una de las manifestaciones características de esta transformación fue el movimiento de evacuación de las grandes ciudades. Rápidamente, las enormes aglomeraciones humanas se descongestionaron y las poblaciones se aglomeraron hacia sus periferias.

Esta tendencia hacia la descentralización ya se notaba antes de la revolución; los suburbios de las ciudades en expansión –principalmente París– se habían llenado de viviendas y chalets que la población obrera anhelaba, feliz de disfrutar un poco del aire libre y de adquirir un "hogar" que no estuviera a merced de los amos. Las necesidades del trabajo, el alto costo de las comunicaciones –y también las imposibilidades financieras– habían obstaculizado esta descentralización, frenado su crecimiento. Ahora que estos obstáculos ya no existían; ahora que, por la abolición del comercio, del agio y de todas las complicaciones de la sociedad capitalista, la vida se simplificó y aligeró, la razón de ser de la centralización urbana desapareció en gran medida. También aumentó el éxodo al campo.

Paralelamente a este ascenso hacia una existencia más individualizada, más aislada, semicampesina, se

desarrollaron costumbres de vivir más en común, con una industrialización cada vez más acentuada del cuidado del hogar.

La aparente contradicción que, a primera vista, se podía descubrir entre estas dos tendencias, era superficial; en ambos casos se manifestó el ardiente deseo de independencia que todos sentían necesitar. Sólo que esta independencia, cada uno la buscó y la encontró en las condiciones de existencia que más le agradaban.

En los centros urbanos, bajo el impulso de las mujeres, ansiosas de liberarse de las tareas del hogar, se desarrollaron muchas industrias que antes permanecían embrionarias, por falta de condiciones favorables, ya sea porque estas industrias no podían remunerar suficientemente el capital invertido, o porque el público encontraba sus servicios demasiado caros.

Estos inconvenientes ya no existían: sólo entraba en juego la utilidad. Además, se realizaron trabajos y se aplicaron descubrimientos que hubieran sido imposibles bajo el capitalismo, porque se habrían considerado demasiado costosos en comparación con el rendimiento obtenido.

En el orden doméstico, se hizo un esfuerzo por industrializar las tediosas tareas que, antiguamente, eran encomendadas a la domesticidad por las clases ricas y que, entre los proletarios, eran realizadas por mujeres.

Así, la limpieza de los zapatos se realizaba mecánicamente, por máquinas inventadas hace mucho tiempo, y que ahora abundaban en lugares públicos y grandes edificios. También se podía descargar en máquinas –también conocidas desde hace mucho tiempo– la monotonía de limpiar los apartamentos. Del mismo modo, la tarea de lavar los platos y limpiar la ropa ya no recayó en el trabajo humano. Estas tareas se industrializaron, al igual que el lavado de ropa blanca; en cada calle, o cada bloque de casas, había un servicio de limpieza mecánica y los empleados se encargaban de recoger y llevar a casa todo lo que había que limpiar. Además, había en los grandes almacenes, toda una serie de máquinas, cuyo uso no había podido extenderse bajo el capitalismo, y que ahora se habían vuelto comunes.

Preparar la comida ya no requería de los insípidos raspados de antaño: podías hacer que te trajeran a casa los platos que habías pedido desde las cocinas públicas; o mejor, ir a comer en compañía, o solo, a los restaurantes públicos que, muy cómodamente instalados, eran de fácil acceso.

En este orden de hechos, muchas comodidades y arreglos, que es superfluo enumerar, se habían puesto en práctica, y otros estaban en proceso de realizarse.

Por lo tanto, la mujer ya no estaba obligada a ser, en las brutales palabras de Proudhon, "ama de casa o cortesana";

tampoco tuvo que perseguir el mantra infantil de las sufragistas que habían visto la liberación para ellas sólo en ganar las urnas. La mujer podía seguir siendo mujer –en el sentido más femenino y más humano de la palabra– sin tener que imitar al hombre, sin pretender suplantarle en las tareas de las que era responsable.

Muchos oficios permanecieron dentro de la competencia de las mujeres, y lo seguirían estando durante mucho tiempo. Sólo que, cada vez más, se vieron liberadas de todas las tareas a las que habían sido sometidas, en la sociedad burguesa, no por sus aptitudes, sino porque su trabajo se pagaba con un salario inferior al de los hombres.

En la nueva organización se había considerado inútil fijar para las mujeres –como se había hecho para los hombres– la obligación moral de proporcionar un horario fijo de trabajo. Se había considerado que su alta función de maternidad posible las liberaba de todos los demás deberes sociales. La mujer era, pues, enteramente libre para disponer de sí misma, para trabajar o no, consintiera o no en la maternidad. Ella no abusó de esta libertad más de lo que los hombres abusaron de ella. Se reservó para sí misma las funciones relacionadas con sus habilidades. Además, se ocupó de diversas tareas, como la educación de los niños pequeños y el cuidado de los enfermos. Naturalmente, trabajaba menos y descansaba más que el hombre, y por

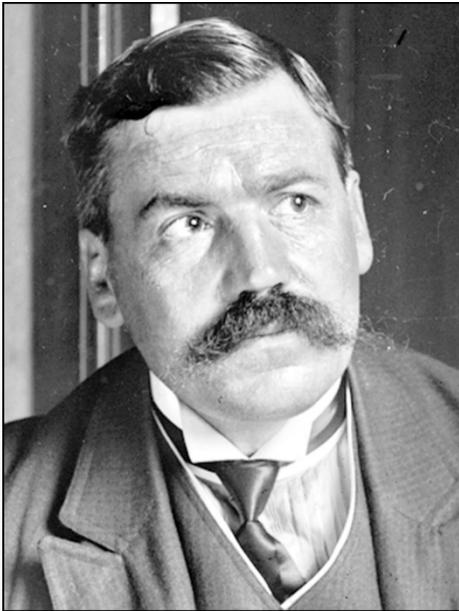
regla general dejaba el trabajo ante los primeros síntomas de la maternidad.

La mujer no había renunciado, bajo el pretexto de la sencillez, a los hermosos tejidos, adornos y volantes. No le desagradaba, después de haber adornado su mente, adornar su cuerpo. Pero ya no era esclava de la moda. La desaparición del comercio había conducido a la ruina de ésta, en beneficio del gusto. En adelante se vistió con esmero, razonó sus adornos, supo armonizarlos. En esto consistía su elegante superioridad, y ya no en la exhibición de costosos trapos que exteriorizaban la riqueza, no el gusto.

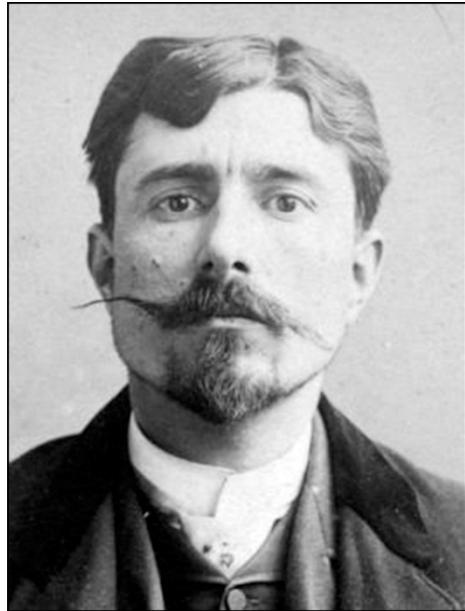
La mujer, agrupada como el hombre, en sindicatos profesionales, estaba en pie de igualdad con él y, como él, participaba en la administración social. Esta independencia material y moral de la mujer había tenido como efecto primordial la purificación y el ennoblecimiento de las relaciones sexuales. En adelante, las atracciones mutuas fueron el resultado de la simpatía y el amor, y no de combinaciones más o menos enfermizas. Los odiosos mercados, antes tan comunes, se estaban volviendo desconocidos. ¡El hombre ya no buscaba la dote! La niña ya no buscaba un mantenedor, ¡legal o no! Todas las mentiras, todas las bajezas, todas las promiscuidades y villanías que engendraban el apetito por la riqueza y el miedo a la

pobreza –flores pestilentes de la desigualdad– habían desaparecido, ahora que la comodidad era el destino común.

La maternidad ya no era temida. La mujer, educada, consciente, lo aceptó en el momento de su elección... ¡El niño podía nacer! La madre sería libre de criarlo ella misma o de confiarlo al cuidado casi maternal de sus compañeras. De lo que estaba segura era de que el niño sería bienvenido: había un buen lugar para él en el banquete social.



Émile Pataud



Émile Pouget

ACERCA DE LOS AUTORES

ÉMILE PATAUD

Pataud fue un sindicalista revolucionario francés nacido el 16 de junio de 1870 en París donde murió el 17 de enero de 1935. Fue secretario del Sindicato General de Industrias Eléctricas que creó con unos amigos y que rápidamente viró hacia el anarcosindicalismo.

Los movimientos huelguísticos que dirigió entre 1905 y 1910 le valieron una notoriedad de corta duración,

convirtiéndolo en un actor importante en la escena política. Sus acciones marcaron los inicios de las organizaciones obreras en el movimiento obrero, especialmente en las huelgas y la acción directa.

Comienzos

Pataud nació en una familia muy pobre en París en 1870. Después de una buena educación primaria, dejó el sistema escolar a los quince años para trabajar en las fábricas de Cail. Fue entonces cuando participó en grupos de estudios sociales y frecuentó los círculos socialistas blanquistas y guesdistas. Luego se alistó como mecánico en la Marina, donde adquirió sus ideas antimilitaristas, trabajó en varias empresas de iluminación y se convirtió en secretario de Emmanuel Chauvière, elegido socialista por el distrito 15 de París.

Participación en el movimiento sindical

En abril de 1899, Pataud fundó, con unos pocos trabajadores y empleados pertenecientes a varios grupos socialistas, el grupo de estudios sociales L'Émancipation. Con el decorador Georges Crépin y el empleado de comercio Pinac, está convencido de la insuficiencia de la acción política para liberar al proletariado y que debe ser reforzada

por la acción económica -cooperativa y sindical- y por la acción intelectual en los grupos de educación social mutua. Tras la incorporación de jóvenes trabajadores y bajo el impulso de Marie Baertschi, el grupo de estudios sociales se transformó en una universidad popular antes de finales de año.

En 1902 Pataud se unió a la Compañía de Distribución de Electricidad de París (CPDE) y tuvo la idea de crear un sindicato de electricistas.

En 1903 participó en la creación del Sindicato de Trabajadores de la Industria Eléctrica (STIE) donde ocupó el cargo de subsecretario. Este sindicato tiene la ambición de aglutinar a todos los empleados del sector, pero sólo se afilian mil de los 15.000 trabajadores sindicalizables. Los sindicatos de la energía se separan entonces en reformistas y revolucionarios: Pataud conduce a los electricistas por el camino de la acción directa trazado por la Confederación General del Trabajo (CGT), mientras que Louis Larrige anima a los operadores de gas a la conciliación y al compromiso en sus negociaciones. Rompiendo con la Federación del Gas, la STIE se sumó en diciembre de 1903 a la Federación de Metales de la CGT.

En marzo-abril de 1909, realizó una gira de conferencias, en particular por el Norte y por Burdeos, que condujo a la

constitución de la Federación de conductores, mecánicos, electricistas y automovilistas.

Pataud se da cuenta entonces que es necesario fortalecer y hacer más coherente el sindicalismo de la profesión que sigue siendo principalmente parisino. En marzo de 1910, escribe en *El trabajador eléctrico*:

“Todos nuestros esfuerzos deben converger en una organización seria capaz de realizar finalmente una verdadera huelga general [...]. Sin embargo, salvo el departamento del Sena, Francia no cuenta con 400 sindicalistas en las centrales eléctricas [...]. Una federación que reúna a todos los que contribuyen a la producción de energía en todas sus formas pronto será considerada indispensable por todos aquellos que no se dejen cegar por cuestiones personales”.

Influencia de Pataud

Siendo Pataud una figura destacada en la CGT sindicalista y revolucionaria de principios del siglo XX, su papel va mucho más allá del movimiento sindical de electricistas. Desdeñando los partidos políticos, afirma una decidida oposición al estado burgués y preconiza la huelga general como arma absoluta del "Grand Soir". Combinando palabras agudas, sin compromisos ni concesiones, con una acción

huelguística realista que tiende a mejorar las condiciones de trabajo, se convierte en un líder huelguista eficaz.

Inicia el uso de los cortes de energía como técnica de golpe que impacta y negocia acuerdos que interrumpen estos conflictos, convirtiéndose rápidamente en una figura pública bastante sulfurosa llamada por la prensa el "Rey de las sombras", el "Príncipe de las tinieblas". El "Extintor de estrellas", el "Rey Pataud" o incluso el "Ciudadano Pataud".

También interesó a ciertos intelectuales como el filósofo Alain, a quien permitió reflexionar sobre los medios de acción de los empleados y jefes, y sus respectivos derechos, así como el papel del Estado en los conflictos sociales.

El Estado también reaccionó rápidamente para contrarrestar los cortes de energía en Pataud estableciendo un sistema en 1908 que preveía el uso de ingenieros para reemplazar a los electricistas en caso de huelga. Sin embargo, gracias a los cortes de energía, Pataud logró involucrar a las autoridades públicas en la búsqueda de resultados favorables, como en la huelga de marzo de 1907 donde es recibido por el prefecto del Sena y al día siguiente por el presidente del consejo municipal del Ayuntamiento de París antes incluso de que comience el movimiento, buscando así asegurar el éxito de las demandas a través de la negociación mientras realiza acciones radicales directas.

Huelgas

A partir de 1905, Pataud organiza varias huelgas duras acompañadas de cortes de energía. En febrero de 1905, la corriente se interrumpió durante 45 minutos en un barrio cercano a la Ópera, provocando la reacción del prefecto. Los electricistas parisinos obtuvieron entonces mejoras significativas en sus condiciones de trabajo.

El 7 de marzo de 1907, Pataud desencadena una huelga sorpresa donde los electricistas de París sumergen en la oscuridad los barrios de la capital ya electrificados (excepto les Halles). A las 18:00 horas, Clemenceau, entonces presidente del Consejo, llamó a los ingenieros destinados en Versalles a sustituir a los electricistas, lo que indignó a los diputados socialistas y provocó que el gobierno fuera cuestionado por Jaurès. El 9 de marzo, una delegación de huelguistas es recibida en el Ayuntamiento y obtiene satisfacción en sus demandas.

El 6 de agosto de 1908, se organizó un corte de energía inesperado de dos horas en París para apoyar las demandas del personal. Mansuelle, un artista lírico, presenta una denuncia contra Pataud que le impide actuar en el escenario. Este último fue condenado a pagarle 8 francos por daños y perjuicios.

El 6 de marzo de 1909, René Viviani, entonces Ministro de Trabajo, fue sumido en la oscuridad durante su banquete en el Hotel Continental por Pataud que exigía un aumento de salario para los trabajadores electricistas. Es nuevamente procesado por esta acción.

Hacia el olvido

Tras el paro del personal electricista de la Ópera de París de 29 de noviembre de 1909 durante una gala en honor al Rey de Portugal, donde también se atacó el Elíseo, el gobierno acabó advirtiendo que cualquier nuevo ataque de este tipo sería considerado un intento insurreccional.

En 1910, escribió un número de *L'Assiette au beurre*, "Le grand soir": modernizó un tema mesiánico asociándolo con la huelga general que hundiría a Francia "en la oscuridad". En octubre de 1910, durante la huelga de los ferroviarios, mientras Pataud intenta provocar un corte de luz en todo el departamento del Sena, el ejército interviene y hace fracasar la operación. Se dicta orden de arresto en su contra por incitación al sabotaje y se despide a 350 empleados. Se refugió en Bélgica y acabó regresando en enero de 1911.

Las iniciativas, el autoritarismo y el gusto por el poder de Pataud en la Federación del Metal terminaron por cansar: desafiado, renunció a la secretaría del sindicato en junio de

1911. Pataud pasó algún tiempo en los círculos antisemitas y antimasónicos de la Action française con Émile Janvion y fue expulsado de la CGT en 1913 por ello. Charles Maurras y Henri Dutrait-Crozon le dedicaron su folleto *Si le coup de force est possible*. Contratado en el CPDE, se reincorporó a la CGT (sindicato de los empleados de la electricidad) y siguió activo en este sindicato durante la guerra de 1914. Después de la Primera Guerra Mundial se convirtió en electricista en el barrio parisino de Clignancourt y murió en 1935.

En 1920 se producen grandes huelgas pero las amenazas de los electricistas no se cumplen. *La ilustración* de 29 de mayo comentó: «La educación burguesa ha avanzado desde el día, no muy lejano, en que uno se estremecía ante la idea de ver el actual M. Pataud, que hoy olvida su antigua realeza en la piel de un activo comerciante que ha de convertirse en un "buen" jefe.»

Pataud acabó cayendo en el olvido, sin embargo, durante sus años de militancia activa, fue un modelo del sindicalismo de la Belle Époque, alentado por su profesión y su confederación en su oposición a la patronal y al Estado para adelantar la condición salarial. Durante un tiempo, dio vida a las ideas de "aumentar el bienestar de los trabajadores mediante la realización de mejoras inmediatas" mientras apuntaba a "la emancipación integral que sólo puede

lograrse mediante la expropiación capitalista" , pilares de la Carta de Amiens.

Obras

Émile Pataud y Émile Pouget, *Cómo haremos la revolución*, París, Éditions Tallandier ,1909, 298 págs.

Émile Pataud (Texto) y André Hellé (Ilustraciones), "Le Grand Soir", *L'Assiette au beurre* , nº 475 , 7 de mayo de 1910

ÉMILE POUGET

Pouget (Pont-de-Salars, Aveyron, 12 de octubre de 1860 - Lozère, hoy parte de Palaiseau, Essonne, 21 de julio de 1931) fue un anarcocomunista francés, que adoptó las tácticas del anarcosindicalismo. Fue el vicesecretario de la Confederación General del Trabajo francesa entre 1901 y 1908.

Biografía

Pouget nació en 1860 cerca de Rodez, en el departamento de Aveyron. Su padre, que se desempeñaba como notario, murió joven. Su madre volvió a casarse. Fue a la escuela secundaria en Rodez, donde comenzó sus estudios,

iniciando allí su pasión por el periodismo a los 15 años. Fundó allí un periódico, *Le Lycéen républicain* (El estudiante republicano).

En 1875, murió su padrastro y Emilio se vio obligado a abandonar la escuela secundaria para ganarse la vida. Luego de cumplir con su horario de trabajo, comenzó a frecuentar las reuniones públicas y grupos progresistas y rápidamente se encontró totalmente comprometido con la propaganda revolucionaria.

Ya en 1879, participó en la fundación en París del sindicato de obreros textiles, *Syndicat des employés du textile*. Allí logró publicar su primer panfleto antimilitarista. En 1881 se unió a un grupo de anarquistas franceses en el Congreso Internacional de Londres, que siguió a la disolución de la Primera Internacional. El 8 de marzo de 1883 la unión de ebanisteros invita a los desempleados a una reunión al aire libre que se celebrará en la Esplanade des Invalides. La policía irrumpió, y los manifestantes se dispersaron y saquearon tres panaderías. En la plaza Maubert el grupo que integraban Louise Michel y Pouget se enfrentó a una fuerza significativa de la policía. Cuando la policía se abalanzó para arrestar a Louise Michel, Pouget hizo lo que pudo para liberarla, pero también fue detenido. Fue condenado a 8 años de prisión por "robo a mano armada",

y permaneció en la prisión de Melun hasta 1886, gracias a una amnistía concedida tras la presión de Rochefort.

Publica *Le Père Peinard*

El 24 de febrero de 1889 se publicó la primera edición de *Le Père Peinard* un pequeño folleto, con reminiscencias de *La Lanterne* de Rochefort y escrita en el estilo pintoresco de Père Hubert Duchene, aunque un poco más proletario. Desde los primeros números de *Le Père Peinard*, se alababa a los movimientos de huelga y las manifestaciones del 1 de mayo. Luego del asesinato en 1894 del presidente Sadi Carnot y la consiguiente represión del movimiento anarquista, se exilió en Inglaterra a fin de evadirse del Juicio de los treinta. Volvió a Francia en 1895 debido a la amnistía otorgada por el presidente Félix Faure.

En 1896, Pouget preconizaba la idea del sabotaje como medio de lucha contra los capitalistas, punto de vista expresado a través de numerosos panfletos y artículos periodísticos. Entre 1901 y 1908 fue elegido vicesecretario de la Confédération générale du travail (CGT), representando la tendencia anarcosindicalista del sindicato. Pouget también participó en la *Charte d'Amiens* de 1906, que estableció las bases del sindicalismo francés. Al año siguiente dirigió el periódico *La Voix du Peuple*, que era

editado por la CGT desde el 1 de diciembre de 1900. En 1909 se distanció del movimiento sindicalista.

Obra

Almanach du Père Peinard, París, 1894

Almanach du Père Peinard, París, 1896

Almanach du Père Peinard, París, 1897

Almanach du Père Peinard, París, 1898

Comment nous ferons la Révolution, en colaboración con Émile Pataud, París, J. Taillandier, 1909

L'action directe, Nancy, Édition du "Réveil ouvrier", coll. «Bibliothèque de documentation syndicale»

La Confédération générale du travail, Bibliothèque du Mouvement Prolétarien, Librairie des sciences politiques et sociales Marcel Rivière, París, 1910

Le Parti du Travail

Le Sabotage, Mille et une nuits, coll. «La petite collection», París, 2004

Les Caractères de l'action directe

Les lois scélérates de 1893-1894, en colaboración avec Francis de Pressensé, París, Éditions de la "Revue blanche", 1899.